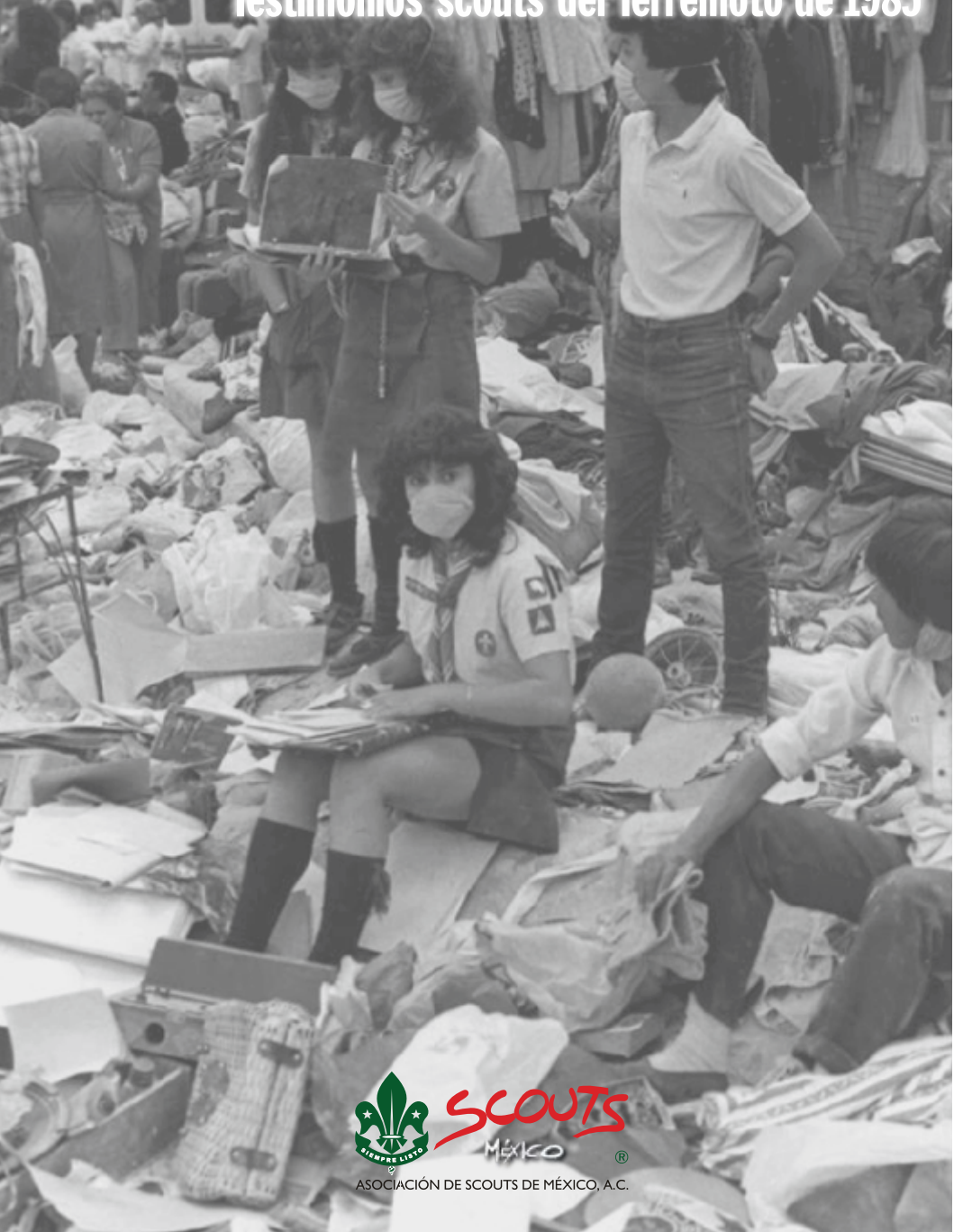


No hubo dragones

Testimonios scouts del Terremoto de 1985



SCOUTS
MÉXICO®

ASOCIACIÓN DE SCOUTS DE MÉXICO, A.C.

No hubo dragones

Testimonios scouts del Terremoto de 1985

MÉXICO, 2015

Primera edición: septiembre 2015

®Asociación de Scouts de México, A. C.
Córdoba 57, Roma, México, Distrito Federal
www.scouts.org.mx

Edición:

ARTURO REYES FRAGOSO

Fotografía de portada:

ANDRÉS GARAY NIETO,
ex integrante del grupo 44, provincia Distrito Federal

Diseño de portada:

LUIS ALFONSO HERRERA AGUILAR

Diseño digital:

ÁNGELES LÓPEZ HERRERA

EDICIÓN NO COMERCIAL

Se permite la reproducción parcial de la obra, citando la fuente
y créditos de sus autores.

Llegaron los scouts y uno de ellos, al ver una rendija bajo la losa en medio del montón de escombros, dijo:

—Yo me meto.

Se oía un llanto. Entró el scoutito y sacó al niño. Al salir dijo: “Hay otro”.

Se volvió a meter y se cae la losa.

ELENA PONIATOWSKA,
Nada, nadie. Las voces del temblor

Magnitudes y reacciones

La vida de millones de personas se trastocó el 19 de septiembre de 1985 cuando, a las 7:19, un terremoto de 8.1 grados de magnitud en la escala de Richter arrasó con infinidad de edificaciones en la ciudad de México; al día siguiente, una réplica terminaría por colapsar numerosas construcciones dañadas, sumaría nuevas víctimas y sembraría el pánico entre los sobrevivientes del peor desastre natural registrado en la historia contemporánea de la capital del país. Nunca se sabrá con mediana precisión la cantidad de muertos, cuyas cifras oscilan entre 4 mil y 50 mil.

Sobrepasado el estupor inicial, aquella mañana de jueves miles de integrantes de diversas agrupaciones scouts se uniformaron de manera espontánea y, a la par de lo que después se conocería como “sociedad civil”, salieron a acordonar calles, dirigir el tráfico, recabar víveres, ropa y medicinas, improvisar albergues, remover escombros e introducirse dentro de las construcciones en ruinas, a la búsqueda de sobrevivientes y cadáveres.

Sirvan los testimonios reunidos en las siguientes páginas como constancia de sus acciones; júzuelos el lector como mejor los crea convenientes.

Antes

En 1957, yo tenía dieciséis años y era scout con la tropa del grupo VII del Distrito Federal. Nos tocó ir a hacer valla para que los mirones no se acercaran a tocar al Ángel, caído y destrozado; cuando las autoridades tomaron el control, fuimos a los multifamiliares Benito Juárez, donde el acceso a los edificios se hacía por escaleras exteriores, que con el temblor se derrumbaron. Ayudamos a los bomberos a bajar a los inquilinos por las escaleras de los camiones de bomberos e instalarlos en tiendas de campaña en el parque de los mismos multifamiliares.

• Enrique Cosío Pascual, entonces tropero del grupo VII, provincia Distrito Federal

A la hora del temblor, mis padres nos sacaron al patio a mi hermano y a mí. La maniobra tuvo su dificultad porque había que bajar una escalera que se meneaba como si estuviera en un barco en la mar bravía. En la casa de junto vivía Fernando Taxböck (*Tacospocos*), mi carnal en los scouts y en la vida, una especie de bestia primigenia: las sacudidas del temblor lo tiraron de la cama sin darse cuenta porque siguió durmiendo como si nada.

Ya de día llegó una llamada telefónica, a la que respondimos todos los habitantes de ambas casas con la enloquecida fabricación de tortas y limonada. Uniformados, llevamos nuestra preciosa carga en el auto de mi jefa al multifamiliar Juárez, en la Roma —cerca de nuestro domicilio, en la colonia Del Valle—, para repartirlas entre una multitud de bomberos y rescatistas agradecidos. Cuando llegamos, ya no había personas en los edificios pero no faltaba quien mirara con ansiedad hacia arriba pidiendo auxilio para su gatito atrapado. Terminada nuestra misión fuimos, como lo hiciera media ciudad, a ver el Ángel caído. Impresionante! Tema de conversación durante semanas, junto con la admiración por la resistencia de la Torre Latinoamericana; por desgracia, aquel parloteo borró el recuerdo de los damnificados y muertos.

• Ricardo Loewe Reiss, entonces tropero del grupo 8, provincia Distrito Federal

Tuve muy mala suerte con los temblores. Yo entré al movimiento scout cuando tenía trece años, pocos meses antes del terremoto de 1957, cuando se cayó el Ángel de la Independencia. A mí me tocó ir a la esquina de Álvaro Obregón y Mérida a detener el tráfico porque, también, se había caído un edificio completito, en la esquina de Álvaro Obregón y Frontera: ahí me tocó ver cómo un trascabo sacó entre los escombros un colchón con los cadáveres de una pareja.

- Antonio Pozzi Pardo, entonces tropero del grupo III, provincia Distrito Federal

Casualmente el 16 de septiembre de 1985 fue el cierre de mi curso de Insignia de Madera en Meztitla: ese día tembló en el Tepozteco. Fue la premonición de la tragedia.

- Héctor Toledo Toledo, entonces clanero del grupo 124, provincia Iztacalco

Jueves 19 de septiembre

Desde hacía poco vivía con mi familia en un departamento donde podía observarse buena parte del sur del Distrito Federal: luego del terremoto, la mitad del paisaje era humo y polvo. Alguien dijo que se habían caído un hotel y una escuela de la esquina de Tlalpan y Miguel Ángel de Quevedo, lo cual sonaba inverosímil.

Fui a mi secundaria a recoger un documento; por supuesto, ya no me atendieron. De camino vi un edificio de mi colonia convertido en un monstruo de concreto, losas y cortinas. Regresé a ponerme mi uniforme para ir a ayudar con mi tropa; cuando los alcancé ya estaba organizándose sin los guías de patrulla ni el jefe de tropa. Recuerdo que estaba Marco Tulio Martínez y Gonzalo Esteban Córdova Fuente de mi patrulla, la Halcones, así como otros patrulleros de la Jaguares. Había un caos alrededor de la construcción de siete pisos, reducida a un absurdo montículo de cuatro metros de altura.

Tomamos la iniciativa de rodear las entradas y desviar el tráfico: niños de doce años dirigían a la perfección el desvío de automóviles. Llegó la policía a la que le explicamos lo que hacíamos; incrédulos ante lo bien que funcionaba, nos pidieron seguir haciéndolo. Ahí teníamos unos cinco scouts, el resto hacíamos valla para restringir el acceso a la gente. Al retirar un tanque de gas alejamos a un centenar de personas que rodeaban el “espectacular suceso”; sólo permitíamos el paso a obremos, policías y soldados, y hacíamos lo que ellos nos pedían: mover, cargar y retirar escombros.

A mis quince años, con la autoridad que me daba el uniforme scout, toda la gente seguía mis indicaciones. Pero había una persona que no quería retirarse, además de no apagar su cigarro como lo solicitaron los bomberos. Me acerqué a resolver la situación, encontrándomelo con la mirada perdida sobre los escombros. Me advirtió que no se movería hasta que sacaran a su esposa e hijo, sepultados en el edificio en ruinas.

Yo sólo atiné a decirle: “Disculpe usted”.

•Ángel Martínez Herrera, entonces tropero del grupo 128, provincia Coyoacán

Yo tenía nueve años y me estaba bañando cuando sucedió el terremoto; vivíamos a unas cuadras de la delegación Benito Juárez donde, por cierto, mi madre, Marina Landero Uriarte trabajaba. Me llevaron a la escuela pero, obviamente, el recorrido hasta allá fue devastador. Algunos padres y maestros recibieron la noticia en una televisión que estaba en la escuela; en ese momento, mi madre regresó a casa conmigo, y me dijo:

—Yuri, cámbiate y ponte tu uniforme scout, vamos a trabajar.

En la mente de una gacela no alcanzabas a vislumbrar la magnitud de la tragedia, pero sabía que algo serio estaba pasando.

•Isadora Yurina Pimentel Landero,
entonces gacela del grupo 154, provincia Benito Juárez

Ese mismo día, ya que todas las escuelas habían cerrado sus puertas, los scouts iniciaron diversas labores, como ayudar a sacar a los supervivientes entre los escombros de los edificios derruidos, y los muertos de los edificios caídos, atención en los albergues de los damnificados preparando alimentos, repartiéndolos, ayudar a dirigir el tránsito en los lugares en los que por falta de energía eléctrica no estaban funcionando los semáforos, etcétera.

La televisión mexicana no pasó las escenas en las que aparecían los scouts, pero las cadenas extranjeras sí dieron el merecido crédito a la Asociación. Esta labor no fue solamente en los primeros momentos, sino que en muchos lugares se prolongó por mucho tiempo.

•Fernando Soto-Hay y García [1933-2010]. Tomado de
Los scouts en México a través de los años (Asociación de Scouts de México, 2010)

De regreso a casa me encontré con Sergio Pérez Delfín, scout de la patrulla Jaguares, quien volvió de su escuela muy alterado. Me preguntó si íbamos a prestar servicio y le respondí que lo estaba considerando y les avisara a los de la Corte de Honor de la tropa Eengonyama que los esperaba en mi casa; a su vez les empecé a hablar a los del clan Doukhobors Perviver, para reunirnos.

Unos nos organizamos para ir a ver dónde podíamos ayudar dentro de nuestras posibilidades, otros para seguir reuniendo a los integran-

tes de nuestro grupo, otros más hicieron base y estuvieron al pendiente de las llamadas para reunir el equipo que pudiera servirnos para prestar el servicio.

•Javier Ibarra Martínez, entonces jefe del grupo 281, provincia Coyoacán

Encontramos un verdadero caos en la colonia Espartaco, donde vivíamos, al sur de la ciudad. No podíamos ubicar un taxi, ni mucho menos autobuses que nos trasladaran. Nos dimos a la tarea de caminar sobre División del Norte hacia el Centro Médico Nacional: no podíamos comunicarnos con algunos de nuestros familiares, por lo que fui con mi hermano Gustavo a buscarlos a sus hogares. Hasta llevar avanzado un buen tramo de camino me percaté que no traía calcetines.

En el primer semáforo, en la esquina de calzada de Tlalpan y Museo, encontramos un scout uniformado dirigiendo el tráfico con su silbato, lo hacía bien; cuerdas más adelante, volvimos a ver la misma imagen. Apenas eran las ocho cuarenta y cinco de la mañana. Me llamó la atención la rapidez de respuesta ante la emergencia, sin necesidad de realizar llamados de “Siempre listos”. Me pudo en mi interior no haberme puesto mi uniforme porque la preocupación por mis familiares era demasiado intensa. A la altura de avenida Popocatepetl empezamos a encontrar edificios cuarteados, otros ladeados peligrosamente y algunos, de plano, destruidos; en alguno de ellos había un scout evitando que se acercara la gente, para protegerla.

•Raúl Olivier Grande, entonces director nacional de la Asociación Mexicana de Scouts

Una por una se localizan las zonas más afectadas. La colonia Roma es, según todos los testimonios, “perímetro del bombardeo”. Cables caídos, edificios cuarteados o derrumbados, personas a la deriva, ambulancias, soldados, vallas de scouts y policías, familiares en plena angustia...

•Carlos Monsiváis [1938-2010].

Tomado de *“No sin nosotros” Los días del terremoto 1985-2005* (Era, 2005)

Me uniformé, pensando en el equipo que podría ser útil para llevarlo conmigo, y me enfilé a prestar ayuda; descubrí que a dos cuadras de mi casa empezaban a haber derrumbes. Escuchaba los comentarios de la gente diciendo dónde se había caído tal o cuál edificio, y así caminé hacia la esquina de San Luis Potosí y Tonalá, en la colonia Roma, donde eran las oficinas de la Compañía de Luz. Arriba existía un edificio y todo estaba colapsado. Me puse a las órdenes de los policías que estaban en el lugar y empezamos a hacer una cadena humana para mover pedazos de cascajo, tratando de saber si había gente con vida o detectar algún cadáver.

Trabajamos cerca de cinco horas en diversas maniobras. Cuando sentíamos cansancio en los brazos, cambiábamos de actividad apilando tablas o artículos que iban apareciendo. Era una coordinación silenciosa, donde todos percibíamos un ambiente de altruismo, y a la vez un dolor en el alma similar al experimentado al morir un familiar cercano. Un ambiente de desesperante camaradería, en el que deseábamos que no hubiera nadie dentro de los escombros, y a la vez con la esperanza de encontrar vivo a quien pudiera estar atrapado. Aquel día salieron de los escombros cuerpos de personas adultas. La búsqueda siguió con ahínco y, como a las once de la noche, en medio de la casi completa oscuridad regresé a mi casa. Ya estaban allá todos mis familiares quienes, al igual que yo, fueron a otros sitios a tratar de ayudar.

• Héctor Lauro Guisa de Alba, entonces subcomisionado de Manadas de la provincia Benito Juárez

Llegué a mi casa como a las siete de la noche del jueves, ya con poca luz del día, soltándome a llorar al platicarle a mi mamá lo que había visto en Tlatelolco; en eso llegaron dos compañeros de los scouts: Rafael (*el Oyuky*) y Pedro, mi subguía, quienes me avisaron que teníamos un “Siempre listo”. Me fui con ellos, todos portando sólo nuestras pañoletas de grupo; yo contaba con diecisiete años cumplidos y pertenecía a la Asociación Mexicana de Scouts, A. C., conocidos como los verdes o *chícharos*.

Al reunirnos en el local, nuestro jefe de grupo, el señor Nicolás Garibay —en ese entonces jefe de la guardia presidencial— dio instrucciones y formó equipos de trabajo, lo cual como militar sabía ha-

cer; nos ordenó acudir con los vecinos a recolectar víveres y ropa. Por la noche nos visitó en el local el jefe delegado en Gustavo A. Madero, quien nos comentó que el Ejército tomaría el control de desastre y el deportivo Los Galeana sería un albergue donde se necesitarían muchas manos para apoyarlo. Dejamos las cosas recolectadas en el local de grupo y nos retiramos a nuestras casas.

• Daniel Avedaño Ortega, entonces
tropero del grupo 13 de la ciudad de México, Asociación Mexicana de Scouts

Me encontraba en clase de Anatomía cuando comenzó a temblar. Nunca imaginé lo sucedido fuera de aquella preparatoria de hermanos maristas en la colonia Del Valle. Fue hasta que comenzó la siguiente clase cuando la maestra de historia universal nos relató lo que había visto en su camino: edificios que se vinieron abajo, calles colapsadas por los automóviles en su carrera frenética por ir a casa a revisar que todo estuviera bien. No podíamos creer lo que oíamos; en nuestras mentes no cabía la imagen de una ciudad de México destruida.

Terminada esa clase, el director de la escuela anunció que no seguirían las clases por el resto del día, y al terminar la siguiente hora todos podríamos irnos a casa. Fue entonces que algunos compañeros se dedicaron a pasar salón por salón a pedir a quienes fuésemos scouts reunirnos en el asta bandera de la escuela, donde nos organizamos para ir a nuestras casas a ponernos nuestros uniformes, traer palas e ir a ayudar en alguno de los edificios cercanos.

Tras revisar que en casa todo estuviera bien, me puse mi uniforme y regresé al colegio. Ahí unos quince compañeros, todos scouts de varios grupos, nos organizamos en los automóviles disponibles para dirigirnos a diversos lugares de la ciudad para ayudar en lo que se requiriera. Nuestra sorpresa fue mayúscula al ver edificios colapsados, mucha gente rodeando aquellos lugares y poca organización. Nosotros nos abocamos a ayudar en las cadenas humanas formadas para remover los escombros. Fueron horas de pasar trozos de concreto de mano en mano. Poco a poco, se hicieron presentes los servicios de emergencia y maquinaria para romper las pesadas losas de hormigón. Llegó la noche y tuvimos que regresar a casa, pues sabíamos que nuestros padres estarían preocupados al no saber sobre nosotros.

Ya en casa esa noche, las imágenes que veíamos en las noticias confirmaban la magnitud del desastre. Mientras veía la televisión, relatando a mis padres y hermanos lo vivido aquel día, llegó una llamada telefónica: mis compañeros de la tropa scout se estaban organizando para acudir al día siguiente a ayudar a los multifamiliares Juárez.

•Raúl Sánchez Vaca, entonces tropero del grupo 77, provincia Benito Juárez; actual director de la Región Scout Interamericana

Al llegar a nuestro local de grupo —ubicado en el parque La Pera, en la parte central de la Unidad Tlatelolco— encontramos tiendas de campaña montadas y un centro de información organizado por la familia Peña Jaramillo, cuyos hijos e hijas eran tanto scouts de nuestro grupo, el 31, como integrantes de la Séptima compañía de Guías de México. Preguntamos si sabían algo de la familia Marca y estaban igual que nosotros, entonces quedamos de comunicarnos cuando alguien supiera cualquier cosa y partimos hacia el Eje Central Lázaro Cárdenas, mientras veíamos cómo del edificio 11 del ISSSTE [Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado] bajaban familias enteras rumbo al estacionamiento.

En el pórtico Antonio Caso, acceso principal a la zona arqueológica de la plaza de las Tres Culturas, encontramos un centro de acopio con una docena de camastros, varios de ellos ocupados por personas mayores con heridas y contusiones. Ahí vimos algunos muchachos de las tropas de los grupos 5 y 31 organizando las cosas que les traían, mientras algunas personas uniformadas de blanco revisaban a la gente instalada en los camastros. Nosotros continuamos nuestro camino, no sin sorprendernos por la rapidez con que se estableció aquel refugio.

Durante el recorrido entre el Hospital General de zona número 27 del IMSS [Instituto Mexicano del Seguro Social] y la plaza de las Tres Culturas vimos cómo familias y scouts levantaban algunas tiendas de campaña en los prados, escena que se volvería común durante los siguientes dos días que se produjo un éxodo de los edificios de la Unidad Tlatelolco a sus zonas verdes. Mientras caminaba hacia Paseo de la Reforma pensaba en el Nuevo León: el edificio estaría muy dañado, quizá derrumbado; en algunos lados, habría que ayudar a evacuar a sus habitantes y, quizá, se perderían bienes y algunas vidas. No tenía idea de la verdadera magnitud de las consecuencias del sismo, al menos todavía.

En la plaza de las Tres Culturas, las tropas de los grupos 327, 5 y 31, apoyados por personal civil y del Pentatlón ya habían montado otro centro de acopio, más grande que el del pórtico, y no permitían el paso a nadie que no fueran autoridades o estuviera uniformado. Nosotros saludamos a un scouter de nuestra tropa y seguimos adelante; detrás del edificio Chihuahua corrían tres andadores que salían hacia el edificio Nuevo León y optamos por tomar el de la izquierda, del mismo lado del departamento donde vivían los Marca. El andador parecía una caricatura: el techo, después de unos cuarenta metros, se clavaba en el piso y había demasiada luz proveniente de un cielo azul límpido y brillante, que muchas personas que vivían ahí no volvieron a ver aquel día.

Los rovers mejor preparados ya estaban ingresando al interior del edificio y ayudaron a sacar algunas personas. Lo más difícil era ubicarlas primero: gritaban al interior y la gente atrapada les contestaba de manera simultánea en diferentes direcciones. Conforme avanzó el día las voces fueron apagándose.

Cuando al fin descansamos, sentados en el pequeño césped del edificio Yucatán, le pregunté a Alfredo Ávalos Navarro, mi padrino rover:

—¿Cómo la ve, padrino?

Quien siempre fuera muy docto para sus comentarios sólo bajó los ojos, y me dijo con una voz seca:

—Muy cabrón que esté bien.

Y en lo que nos daban agua, pasaron unas enfermeras que nos pidieron bajarnos los pantalones para inyectarnos gamma globulina, para protegernos de posibles infecciones por los cuerpos en descomposición.

•Raúl García Díaz, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Yo viví antes en Tlatelolco y recibí como un golpe en la cabeza la noticia de la caída del edificio Nuevo León. Por medio de mis amigos me enteré que la familia Marca, quien vivía ahí, había perecido: el señor Marca, Mónica, su hermano y su mamá. Todos eran scouts.

•Ángel Martínez Herrera, entonces tropero del grupo 128, provincia Coyoacán

Por influencia materna, en mi familia nadie grita ni corre despavorido a la calle, por lo que nos quedamos dentro de la casa, calladitos, hasta que se pasó el temblor. Repuesto del susto, y al no haber luz eléctrica para escuchar las noticias por la radio o ver la televisión, me fui a la oficina donde laboraba: en el ADN familiar tampoco existe el concepto de faltar al trabajo. Al llegar a la calzada de Tlalpan para tomar el metro, la encontré colapsada por el tráfico. Regresé a mi casa a hacer tiempo antes de volver a intentar irme y, al llegar a la puerta, escuché en la radio a todo volumen de un coche el famoso relato de Zabludovsky que daba cuenta de la devastación de la ciudad.

Después de meditarlo con mi hermano Adrián, quien también era rover de nuestro clan y el jefe de grupo, tomamos la decisión de ponernos el uniforme y reunirnos en el local. Se comenzó a pasar la voz —todavía no había celulares—, y entre los claneros que nos juntamos estaban Beto Vélez, Juan Manuel, Guillermo Gally, Germán *el Cochinón* Celis y Memo *el Muppet* Ramírez Díaz [1963-2001]. Alguien comentó que se había colapsado un edificio de condominios sobre la avenida Vértiz, muy cerca de donde estaba entonces la fábrica de yakults. Encontramos un edificio de seis pisos roto por la mitad y al dueño de uno de los *pent houses* que salió, literalmente, caminando directo al nivel de la calle. Nunca había visto un tipo tan pálido.

Escarbamos con las manos todo el día —no teníamos ni una pala—, guiándonos por los gritos de la gente atrapada bajo los escombros. Logramos sacar a varios heridos y, también, algunos muertos. Ni nos acordamos de comer, sólo los empleados de la empresa Yakult, amablemente, nos llevaron una cubeta llena de su producto que, por la sed y la tierra que tragamos, bebimos en su totalidad; aunque no me gustan los lactobacilos y mi digestión a la fecha es impecable, debí tomarme como diez o más.

•Armando Reyes Fragoso, entonces jefe de clan del grupo 230, provincia Benito Juárez

Por la tarde, sin ponernos de acuerdo, todos los de mi grupo llegamos uniformados al local; después, me pregunté, ¿cómo mi mamá nos dejó ir a mí y a Iliana, mi hermana menor? Su respuesta siempre fue: “No me pidieron permiso, sólo se fueron”.

Al atardecer, llegamos al cruce entre Reforma y avenida Juárez: recuerdo la oscuridad, el silencio y, de pronto, gritos y sirenas de ambulancias. Yo sentí que hacer valla no era de gran ayuda, y junto con otra de las guías de patrulla nos fuimos a Tlatelolco; las otras dos guías de patrulla se quedaron organizando un albergue. Llegamos al edificio Nuevo León. Otra vez la terrible oscuridad, ahora con una nube de polvo y un fuerte olor a gas. Lo que alguna vez fue un imponente edificio estaba frente a nosotras aplastado, con cortinas, camas y mil cosas colgadas en cada una de sus capas de ruinas.

Nos pusimos a la orden de alguien que parecía dirigir, quien nos dio un montón de sábanas para ir a cubrir los cuerpos que iban sacando, los cuales tenían tendidos sobre la banqueta, en una larga fila. La otra guía, llamada María Victoria, y yo, nos volteamos a ver, percatándonos que no podríamos soportar algo tan fuerte, isólo teníamos dieciséis años! Dejamos las sábanas y regresamos al albergue con las otras scouts.

•Gabriela Martínez Peña, entonces
guía de patrulla del grupo 149, provincia Miguel Hidalgo

Estaba fuera de mi casa, en la zona norte del Estado de México, después de haber ido a entrenar por estar de vacaciones en la escuela; como a las nueve de la mañana llegó Juan Manuel a decirme que había temblado en la ciudad de México, que era muy grave y necesitaban ayuda, por lo que me dijo si deseaba ir a apoyar para pasar por mí ya uniformado, mientras iba por más compañeros del clan Mercenarios de San Jorge para irnos todos juntos.

Nos fuimos a Chapultepec en camión, por el Periférico; llegamos al paradero que está a la salida del metro, de donde caminamos hacia la colonia Roma. Casi no había transporte ni gente, y la ciudad se veía vacía pero, al acercarnos, empezamos a ver movimiento de ambulancias y gente corriendo hacia todos lados, así como edificios en ruinas que hicieron darnos cuenta de la gravedad de la situación.

Conseguimos que nos llevara una camioneta, subiéndonos todos en la parte de atrás; nos fuimos por Insurgentes hacia el sur, para salir por la avenida Álvaro Obregón y caminar hasta el Hospital General, frente al cual había un amplio parque con dos condominios de unos diez pisos, uno inclinado y el otro convertido en una monta-

ña de escombros. Por todos lados había tierra, polvo, documentos oficiales, zapatos y cuerpos en el piso tapados con una sábana blanca.

Nos llamaron para ir a la parte superior de las ruinas a ayudar a quitar las piedras y losas de lo que quedaba del edificio. Me dieron un tapabocas y, al subir el montículo a ponernos en fila para irnos pasando todo lo que obstruía, fue impresionante ver a las personas sepultadas, inertes y llenas de polvo y sangre; lo único que uno podía hacer era ayudar a bajarlas en una camilla. A un lado estaban las personas que lograron salvarse, las veías en un estado en el que ya no lloraban, con la mirada perdida, rezando con angustia de que rescataran con vida a sus seres queridos.

Estuvimos toda la jornada completa, hasta la hora en que todavía había luz natural; entonces empezaron a poner esas lámparas que alumbran desde una máquina, diciéndonos que, por el momento, ya no se podía hacer nada, aunque muchos se quedaron a seguir escarbando.

•David Vargas Bastida, entonces clanero del grupo 160, Cuautitlán Izcalli

El día comenzó de repente en mi departamento del séptimo piso del edificio Presidente Juárez, en Tlatelolco: mi cama en la litera se movía intensamente y en mi cabeza la idea de “un temblor más” tomaba comodidad. De inmediato, me asomé a la ventana para reírme de los que siempre salían corriendo para colocarse abajo del edificio, en paños menores y con sus cobijas, a esperar que pasara el suceso. Pero había algo raro en esa clásica vista a la ventana que no logré entender en aquel momento, y las noticias confirmaron “que no era un temblor más”. Tomé mi uniforme y pañoleta y bajé para enfrentar la hasta entonces “no conocida situación”. Empecé a oír rumores de un edificio por Reforma que se vino abajo; comencé a correr mientras el entorno empezaba a mandar información incoherente a mi cerebro. Algo estaba mal, ¿qué era?

Sí, faltaba algo en mi entorno de cientos de andares: faltaba un edificio.

El horror saltó sobre mí al ubicar que era el edificio donde vivía mi jefe de clan; corrí desenfrenado al lugar para, tristemente, darme cuenta de que sólo era ya una masa de escombros, un piso sobre otro como naipes caídos. Me interné en la construcción derruida: vi una

guitarra colgando; seguí avanzando hasta que un brazo sin vida detuvo mi camino. La intensidad del escalofrío que recorrió mi cuerpo me hizo reconocer que, ahí dentro, estorbaría más que ayudar. Salí para dedicarme a socorrer a las personas que estaban afuera.

Los scouts de mi grupo que algo sabíamos de cuerdas y trepaderas subimos al edificio derrumbado para cooperar, con la ayuda de un martillo hidráulico, en la separación de los pisos para llegar a más personas atrapadas. Pasé horas alentando a una persona que solo asomaba la cara a través de dos varillas mientras su cuerpo permanecía bajo una placa de hormigón, hasta que el cansancio físico y mental hizo que me relevaran del lugar. Nunca supe si lograron sacarla o no.

•Gil Peña Jaramillo, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Por la Segunda Sección de Valle de Aragón, no pasó nada, sólo el teléfono se fue por unas horas. Nosotros éramos un grupo muy grande, de niños teníamos no menos de cien, y estábamos muy unidos con los padres de familia y colonos. Seríamos en total unas quinientas personas que empezamos a juntar en nuestra zona alimentos, agua hervida, mamilas y medicamentos que empezamos a clasificar. Lo más impresionante era ver la disposición con que la gente te prestaba sus vehículos para trasladar lo reunido. Contactamos a unos centros de acopio para mandarles gente con las cosas que reunimos en un camión de redilas que nos prestaron: mandamos cosas a la Guerrero, para el rumbo de Tlatelolco, para la Roma. Por teléfono empezamos a contactar a los demás grupos, y todos hacían lo mismo.

Luego, a mis dirigentes me los pidieron para ir al Centro Médico y al Hospital Juárez, mientras con otro grupo me fui a la Guerrero a improvisar letrinas para apoyar a los doctores y gente que prestaba auxilio en las calles. Levantábamos las coladeras y con sábanas o lo que podíamos les poníamos unas carpas encima. Había soldados pero ninguno movía un dedo.

•Irma Reyna Sosa, entonces
directora de la Agrupación Mexicana de Escultismo

Tenía trece años de edad y vivía en Pachuca, distante unos noventa kilómetros de la ciudad de México. Fue hasta el mediodía que entró el

profesor Villarreal a nuestro salón de clases del Instituto Hidalguense: el calvo, regordete y entrado en años marista que nos impartía catecismo nos pidió orar por los muertos en la ciudad de México. Nos unimos en oración, pero al salir al receso la preocupación de mis compañeros y yo radicó en si cancelarían el Mundial de fútbol, pues alguien aseguró que se había caído el estadio Azteca.

No fue sino hasta que llegué a casa de mi abuela, como todos los días, que encendí el televisor y cobraron sentido las palabras del profesor Villarreal: la repetición de la transmisión hecha por Jacobo Zabłudovsky, acompañadas de las imágenes en la televisión del hotel Regis, del Centro Médico, del conjunto Pino Suárez, de Tlatelolco, eran realmente dantescas. Me quedé impactado. Y en ese momento recordé mi divisa: “Siempre listos”.

Levanté el teléfono y traté de llamar a mi guía de patrulla, pero no había línea. Mi abuela me lo confirmó:

—No hay teléfono desde en la mañana, hijo, por el terremoto —y comenzó a platicarme, entre sollozos, lo que había visto en la televisión.

La consolé y, acto seguido, mi hermano y yo salimos de su casa con rumbo a la de mi jefe de tropa, muy cerca de ahí. No se encontraba, pero su mamá nos dejó pasar y ahí me encontré con el guía de mi patrulla, la Leones, así como con algunos elementos de las patrullas Búfalos y Delfines.

Comenzamos a planear nuestras acciones: al día siguientealtaríamos a la escuela para apoyar en las labores de rescate, para lo cual trataríamos de llegar a la Oficina Nacional Scout a ponernos a las órdenes de quien estuviera al frente; llevaríamos mecahilo, nuestros bordones, las palas y cuerdas de ixtle de la tropa, y nuestras tiendas de campaña. Después de una hora, ya teníamos resueltos los temas de agua, alimentos y transporte.

Sin embargo, al llegar nuestro jefe de tropa nos dijo que no hiciéramos nada, que al día siguiente acudiéramos normalmente a clases. Nos avisaría qué haríamos para cuando celebráramos nuestras respectivas juntas de patrulla de los viernes. Pero el aviso nunca llegó.

•Carlos Arturo Rivero Verano,
entonces tropero del grupo 2 de Pachuca, provincia Hidalgo

También en Toluca se sintió el sismo, leve pero se sintió; incluso, si no mal recuerdo, aquí se dijo que sólo se cayó una barda de adobe y provocó algunas cuarteaduras en edificios. Nada que lamentar.

Los scouts de la provincia empezaron a hablarme para saber qué haríamos y cómo. Utilizamos todos los medios a nuestro alcance: un scout que trabajaba en la televisión mexiquense puso anuncios del lugar de acopio montado por los scouts; un gran amigo, periodista y scout, consiguió que todos los diarios de la ciudad publicaran nuestra petición de apoyo y la dirección de nuestro centro de acopio; grandes hermanos scouts pusieron a nuestra disposición su oficina en el centro para recibir los apoyos de la ciudadanía, así como camionetas para cargar lo recopilado y llevarlo a la Cruz Roja, etcétera.

Para el mediodía ya había recibido un comunicado de la Oficina Nacional Scout para, de ser posible, trasladarme a la ciudad de México esa misma noche a una reunión para coordinar esfuerzos y no desgastarnos tratando de hacer mucho y lograr poco.

•Carlos Salim Abraham Jalil, entonces presidente de la provincia Toluca

Yo aún vivía en casa de mi padre. Los minutos que duró el movimiento de la tierra fueron largos, muy largos; cuando llegó la calma, mi papá y yo revisamos la casa. Gracias a Dios no presentó daño alguno. De inmediato me puse mi uniforme scout y me dirigí a la avenida Montevideo, donde las sorpresas comenzaron: algunas estatuas de los ángeles que coronaban la cúpula de la iglesia de San Cayetano se desprendieron para caer estrepitosamente a la calle; el edificio de la antigua Sears, sobre avenida Politécnico, sufrió graves daños y su torre, de aproximadamente treinta metros de altura, cedió al movimiento y cayó hacia el sur, bloqueando casi por completo Montevideo.

Después de observar estos daños, mi primera reacción fue dirigirme al centro de la ciudad. Un automovilista detuvo su marcha y me preguntó hacia dónde me dirigía, le contesté que al centro y me dijo: “Sube, yo te acerco”. Llegué a la colonia Roma aproximadamente a las nueve de la mañana y el destino me llevó a las ruinas de los multifamiliares Juárez. Los edificios colapsaron como si hubieran sido derribados por una explosión controlada: cada piso descansó sobre su inmediato inferior, quedando una gran masa de concreto de escasos diez metros de altura.

No salía de mi azoro cuando un rescatista, de los muchos que se encontraban en la parte superior de las ruinas, me gritó:

—¡Tú, scout, sube y ayúdanos a bajar esta camilla!

Llegué a la cima como pude y tomé la camilla ensangrentada para llevar no sólo el cadáver que transportaba sino muchos otros al nivel de calle donde quedaron apilados. Veinte, treinta, no sé cuántos fueron. Ayudé ahí hasta antes de la puesta del sol y volví a casa para reportarme. La ausencia de teléfonos celulares requería de la comunicación directa de las personas. Al llegar, mi papá me comentó que no se sabía nada de mi prima Roxana, en aquél entonces dirigente de manada del grupo 120, provincia Gustavo A. Madero. De inmediato nos fuimos a casa de mi tía, que se convirtió en el “centro de operaciones” familiar.

Mi prima tenía veintiséis años, recién había terminado los estudios de Medicina en la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México], y estaba cursando su especialidad en el Centro Médico Nacional, sobre la avenida Cuauhtémoc. Ella no debía haber estado ahí al momento del terremoto, pero Dios sabe por qué hace las cosas: una amiga le pidió intercambiar las fechas de sus guardias y Roxana amablemente aceptó, sin saber que sería su última buena acción en la vida. La confusión era tremenda, pues nadie en la familia sabía a ciencia cierta si estaba en el hospital al momento del sismo. Lo cierto es que no teníamos noticias de ella y las probabilidades de que hubiera estado ahí eran muy altas. Sobra decir que el edificio del Centro Médico Nacional se derrumbó, dejando sepultados entre sus escombros a pacientes y personal médico.

La familia se dividió esa noche en grupos para ir a buscar noticias de ella. Unos fueron al edificio en ruinas, otros al estadio de béisbol del Seguro Social, ubicado en Viaducto y Cuauhtémoc, habilitado como morgue temporal, y otros más a diversos hospitales, pero las noticias no llegaron.

•José Gaspar Gaitán Yáñez,
entonces jefe del grupo 120, provincia Gustavo A. Madero

En la explanada de la delegación Benito Juárez estaban levantando carpas para iniciar labores de atención de emergencia; ahí nos informaron que la Asociación nos pedía reunirnos en sus oficinas de Córdoba; con otros dos scouts, creo que del grupo 77, nos fuimos para allá en el *vochito* de uno de ellos. Las avenidas estaban hechas un caos y se complicaba más conforme nos aproximábamos al rumbo de

la colonia Roma; en un punto del camino, un taxista nos pidió llevar a una doctora que traía como pasajera al Hospital Juárez. Para abrirnos paso, saqué mi silbato y me senté en la ventanilla del coche a soplar lo más fuerte, imitando el sonido de las sirenas de los vehículos de emergencia franceses, el *wuí uuú, wuí uuú*, o como se escriba. No sé si fui el primero en hacerlo, pero la imagen se repitió por toda la ciudad.

•Juan Carlos Pérez Cruz, entonces clanero del grupo 13, provincia Benito Juárez

Tuve que moverme hacia la Santa María la Rivera, donde vivían la mayoría de los muchachos del grupo; conforme visitaba las casas de cada uno de ellos, me contaban lo que estaban viviendo y cómo les estaban siendo afectadas sus vidas por el temblor. Aunque todos nos preguntábamos cómo podríamos ayudar, por la inmediatez de la situación no estábamos seguros de qué hacer. Fueron algunos miembros del clan quienes llegaron a la conclusión que de un hospital sería el medio ideal para ayudar.

El Rubén Leñero fue el destino lógico, por la cercanía y porque lo conocíamos bien. La tarde-noche de aquel día, tres miembros de clan se fueron al lugar también conocido como el hospital de la Cruz Verde. El tiempo que estuvieron allá fue muy movido y, sobre todo, con gran desorden al no tener clara la magnitud de la situación. Les asignaron la labor de dirigir a las personas que necesitaban ayuda para ingresar al hospital: nombres, personal que trabajaba ahí, etc. Hasta la medianoche regresaron a sus casas.

•Hugo Santiago González,
entonces jefe de tropa del grupo IV, provincia Miguel Hidalgo

La curiosidad de adolescente me hizo llegar hasta Tlatelolco, donde las brigadas de rescate ya trabajaban en el edificio Nuevo León. Vi a tres scouts del grupo 13 de la provincia Benito Juárez y, aunque ya no estaba activo en mi grupo e iba sin uniforme, me acerqué a ellos indicándoles que era del grupo 132 de Tlalnepantla. Me permitieron ayudarlos por unas horas a remover escombros hasta que me despedí para regresar como pude a mi casa; el nombre de uno de ellos era Juan Carlos Pérez.

•Humberto Villafuerte Álvarez,
entonces ex tropero del grupo 132, provincia Tlalnepantla

Mi sueño era muy pesado por lo que no sentí el sismo en toda su magnitud, pero mi familia se despertó al instante y, aunque mantuvimos la calma, de inmediato nos dimos cuenta que no había sido igual a otros temblores. Desde la ventana de la sala pudimos ver el edificio de Comunicaciones parcialmente destruido, con humo saliendo de su interior. Al prender el radio para saber más sobre el siniestro, escuché la voz de mi jefe de grupo, Gustavo Alcocer Mota, que daba un llamado de “Siempre listos”, solicitando la ayuda de todos los scouts para contactarse con sus dirigentes y formar brigadas de ayuda.

•Adriana Mancilla Cruz, entonces clanera del grupo 107, provincia Iztacalco

Mi papá, Gustavo Alcocer Mota [1923-2011], tenía entonces a su cargo Meztitla y la Comisión de Operaciones, pero también llegó a participar en rescates alpinos y, desde el año ochenta, era voluntario de SOS y Cruz Verde, donde también estaba Miguel Ángel Tena, Miguel Martagón y Paco Ávila, entre otros scouts que recuerdo. Aquel día mi papá estaba en su casa, en la Jardín Balbuena. Luego del terremoto subió a su auto, tomó Lorenzo Boturini, y al encontrar bloqueado Cuauhtémoc se regresó a casa de una hermana suya, en Doctor Velasco. Desde ahí habló por teléfono con Juan José Bravo Monroy [1939-2012], quien era papá de varios scouts del grupo 107 de Iztacalco, donde mi papá fue jefe de grupo; el profesor Bravo Monroy era el director editorial de Radio Mil y atendía la fuente de la presidencia. En ese momento estaba en su casa de la calle de Playa Cancún, en la colonia Reforma Iztaccíhuatl, y se fue a las instalaciones de Núcleo Radio Mil en Insurgentes Sur, en la colonia Florida, para dar un aviso a las ocho y veinte, dentro del programa Batas, Piyamas y Pantuflas, que oía todo mundo, y se repitió en otras estaciones. Dijo al aire: interrumpimos el programa para lanzar un aviso. Tengo un mensaje de Gustavo Alcocer Mota, de la Asociación de Scouts de México, haciendo un llamado a todos los rovers y dirigentes para que acudan uniformados al Centro Médico, con cuerdas y mosquetones, a realizar labores de rescate. Presumiblemente en ese momento todos los convocados tenían la capacidad de hacer rescate.

Mi papá se trasladó a Oncología, donde llegó media hora después del llamado a coordinar a todos los que llegaron; por lo que me

platicó, calculo que habrán sido entre trescientos y quinientos scouts. Él iba sin uniforme, aunque todos lo reconocían. Habrá estado como hasta las seis de la tarde, de donde se trasladó al edificio de la Asociación de Scouts de México en la calle de Córdoba, a tratar de seguir ayudando hasta como las doce de la noche; ahí durante toda la mañana estuvieron sin teléfono, eso lo supe porque luego mucha gente me dijo que estuvo llamando a la Asociación sin que nadie le contestara.

De ahí algunos scouts se dirigieron a otros lugares como los vecinos multifamiliares Juárez, donde se colapsaron varios edificios; entonces avenida Cuauhtémoc era de un solo sentido, y mi papá les dijo: saquen las banderas scouts y métanse al revés. Se hizo un desfile en sentido contrario y así otros llegaron hasta la torre Latinoamericana, donde se hizo otro punto de control.

Luego llegaron los soldados a acordonar el Centro Médico, aunque sin permitir que se siguiera sacando a la gente, lo cual molestó a muchos scouts; luego alguien me haría el comentario que era increíble ver cómo llegaban algunos soldados a cuadrarse ante los rovers uniformados con sus charreteras, para recibir instrucciones.

•Gustavo Alcocer Peralta, entonces
ex dirigente nacional de la Asociación de Scouts de México

El Centro Médico se evacuó en menos de tres horas. Muchos boy-scouts llegaron con una rapidez sorprendente y empezaron a ayudar con las camillas y a cargar a los enfermos.

•Miguel de la Madrid Hurtado [1934-2012], entonces
presidente de México. Tomado de *Cambio de rumbo. Testimonio de una
presidencia, 1982-1988* (Fondo de Cultura Económica, 2004)

Eran mis primeros días en la universidad Anáhuac: ese año obtuve una beca deportiva y decidí estudiar Medicina. Desde las Arboledas, el pesero recorría todo el Periférico hasta el metro Chapultepec, pero el tráfico era imposible. Desde las torres de Satélite se veían varias columnas de humo hacia el centro del Distrito Federal; el chofer de la combi hacia maniobras por llevarnos lo más rápido posible, pero sus esfuerzos eran infructuosos. El trayecto terminó en el Monumento a la Revolución, donde la Cruz Roja montaba carpas que servirían como centros de atención de primeros auxilios.

—¡Hasta aquí llego señores, ya no puedo más! —anunció el chofer, al tiempo de abrir las puertas del pesero para que lo desalojáramos. La imagen que me recibió en esa zona de la ciudad fue impresionante: gente corriendo para salvar su vida; el hotel De Carlo, derrumbado; el letrero del hotel Regis, que lucía en lo alto del edificio, había quedado sobre sus propios escombros, todo doblado. Mi ayuda en ese momento era nula puesto que yo mismo no alcanzaba a digerir lo que sucedía.

Cuando tomé el pesero, los pasajeros hacían comentarios sobre el temblor. La radio era nuestro único contacto con la realidad. En Radio Mil, mi papá, el profesor Juan José Bravo Monroy, hacía sentir que estaba en un centro de operaciones donde se veía todo. Se encontraba desde las cinco de la mañana preparando su programa y, a partir del terremoto el formato de su noticiario cambió para funcionar como una estación de servicio social.

—En la zona centro y la colonia Roma se reporta el mayor daño en cuanto a casas y edificios. Y a continuación, leeré una lista de personas que se han reportado vivas en las zonas de conflicto; antes, nos pide Gustavo Alcocer Mota, de la oficina de los Scouts de México, que todos los scouts deben reportarse en las oficinas de Córdoba y Durango, en la colonia Roma. Lleven su uniforme para ser distinguidos en las labores de ayuda y rescate de damnificados por el terremoto que nos acaba de sorprender. Su colaboración será importante para los ciudadanos que, en este momento, necesitan ayuda. Así que repito, todos los scouts deben reportarse: éste es un llamado de “Siempre listos”. Ahora, ésta es una lista de gente que se ha reportado con vida en las instalaciones del Núcleo Radio Mil...

•Ricardo Alberto Bravo Mercado,
entonces clanero del grupo 107, provincia Iztacalco

Vivía con Miriam y otra amiga frente a la Torre de Comunicaciones, y estaba en un taxi cuando ocurrió el terremoto. Yo pensé que era una guerra porque sólo veía humo. Recorrí Hidalgo, Reforma y la colonia Roma en el taxi pues el conductor dijo que me llevaría hasta mi casa, pero no podíamos pasar. En el camino vi un edificio colapsado arriba de un camión: la gente sacaba las manos por las ventanillas y otros la jalaban desde fuera. Pensé que los ayudaban pero en realidad les qui-

taban sus anillos y relojes. De un Sanborns salía gente corriendo con aparatos electrónicos, otras personas rezaban hincadas en la calle y, otras más, corrían llenas de sangre. Había ambulancias por todos lados y no funcionaba el metro. El conductor del taxi, a quien le agradezco no haberme dejado sola, dijo que no me cobraría.

Cuando llegué a la calle donde vivía estaba irreconocible. Mi casa se había abierto por la mitad y la gente robaba todo de su interior: muebles, espejos, ropa. Algunos tomaron mi teléfono para hacer llamadas. Ya habían pasado cinco horas y yo estaba en shock, sin entender lo que ocurría. Vi a Miriam, con quien entré a la casa sin que la gente que estaba dentro nos hiciera caso. Pensábamos que podíamos repararla y tratamos de pedir algunas maderas o algún otro material. Nos decían que con polines. Después entramos a revisar todos los cuartos y fue cuando nos dimos cuenta que no podríamos hacer nada. Terminamos por acostarnos en la cama al sentir mucho sueño: nos quedamos dormidas por el gas que escapaba de una pared caída que daba a la cocina. Después de eso no supimos nada hasta que abrimos los ojos y dos scouts, lo supe por sus uniformes, nos reanimaban sobre una banqueta, mientras la demás gente nos miraba. Minutos después, el tanque de gas explotó.

Cuando estuvimos conscientes la gente nos explicó que los chicos nos sacaron cargando; los scouts se fueron a buscar a quién más ayudar. Dijeron que irían a la Torre de Comunicaciones.

Nunca supe quiénes fueron nuestros ángeles.

•Martha Patricia Salgado Condado,
actual integrante del grupo 320, provincia Cuauhtémoc

Los militares sólo permitían el paso a zonas más delicadas a los scouts. Llegamos a un edificio cuyo primer piso estaba en el sótano: a uno de mis scouts le ofrecieron mil pesos de aquel entonces por sacar un sobre con dólares de la guantera de un coche ubicado en aquel sótano, que se veía a través de un oscuro agujero. No lo permití, obviamente.

•Gerardo Castillo Rotuno,
entonces jefe de tropa del grupo 170, provincia Tlalpan

Durante todo el día, en el trabajo y la escuela, se vertieron un sinfín de comentarios por el temblor que se sintió en Toluca, sin saber la magnitud de lo ocurrido en la ciudad de México.

Cuando regresé a casa, me habló Juan Rivera para que lleváramos una pequeña despensa a la Cruz Roja; sin pensarlo me puse mi uniforme, saqué unas cuantas latas de la despensa y me enfilé al encuentro de mi amigo. Al encontrarnos en la Cruz Roja, me comentó:

—¿Y ahora, tú?, ¿qué te pasó? ¿Por qué el uniforme? Si sólo vamos a entregar las latas, ni que fuéramos al Distrito Federal.

Cuando regresé a casa, le marqué a un gran hermano scout, Roberto Baca Barrueta, para comentarle cómo veía lo de México; lo único que me respondió, fue:

—“Siempre listos”: a las nueve en la terminal.

•Juan Bernardo Pastrana García, entonces jefe de tropa del grupo 14, provincia Toluca

Mi oficina de Seguros América estaba sobre la avenida Revolución y me mandaron a ver unos edificios asegurados por nosotros: la sucursal Alameda de Banamex, H Steele y Compañía, el hotel Regis, el cine Regis y Salinas y Rocha. Pero antes, como a las diez y media de la mañana, le hablé de mi oficina a Gustavo Alcocer Mota para decirle que se hiciera cargo del equipo de emergencia de la Asociación.

Por la tarde me fui al edificio de la Asociación: yo ya había visto que la colonia Roma estaba bien tocada y pensé que éste también lo estaría o se habría ido de un lado; afortunadamente, no le pasó nada. Costó mucho trabajo entrar con coche, el cual tuve que ir a dejar a otro lado; en éste tenía siempre mi uniforme y ya me había cambiado en el estacionamiento de la compañía. Llegué como a las tres de la tarde a coordinar con Gustavo, Javier Fernández, quien era el subjefe scout nacional y otras gentes. Estábamos en la sala Baden-Powell, donde sesiona el Consejo Nacional; la Asociación estaba llena y ya empezaba a haber cajas con agua y latas. En muchos lugares había scouts pero sin ninguna guía y había que hacer que trabajaran ordenadamente y bajo un mando. Me acuerdo que buscábamos dónde había scouts y se les decía que había una coordinación al mando de Gustavo Alcocer, que había que dar informes, ir bien uniformados y, si era necesario, quitarse el

uniforme quedándose solo con la pañoleta; que tenían que informar lo que habían hecho o estaban haciendo. Ese primer día estuve allá como hasta las ocho o nueve de la noche.

•Antonio Pozzi Pardo, entonces presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Los turnos que tuvimos para ayudar eran como desde las nueve de la mañana hasta la medianoche; acabábamos muy cansados y todos blanqueados por el polvo de los escombros. Los scouts de la tropa Eengonyama estuvieron en la colonia Narvarte, donde pusieron una casa de campaña sobre el camellón de avenida Universidad; ahí se quedaron para turnarse y apoyar a quitar escombros, poner vacunas, distribuir alimentos y ropa a las personas que lo necesitaban.

Se cuidó en nuestra organización la seguridad de los muchachos: quedaba claro que no debía exponerse a quien no tuviera experiencia ni equipo adecuado, y debía apoyarse siempre las indicaciones de los expertos y autoridades. Durante dos semanas estuvimos presentes ayudando a nuestro pueblo. Fue sorprendente ver el espíritu scout en los miembros de nuestro grupo: desde lobatos —tuvieron oportunidad de participar en servicios como la distribución de alimentos y la clasificación de la ayuda que llegaba, para llevarse a la Cruz Roja—, tropa, clan y hasta padres de familia.

•Javier Ibarra Martínez, entonces jefe del grupo 281, provincia Coyoacán

Por medio de la radio nos enteramos de lo sucedido en toda la ciudad y en especial en el Hospital General, donde había muchos bebés recién nacidos y estaba cerca de la casa. Luego de ver que todo estuviera en orden, me uniformé junto con mis hijas, Claudia y Ruth, quienes estaban en tropa. Tomé una cuerda y nos fuimos allá con la intención de ayudar. Había gran cantidad de escombros y mucho polvo, así que por precaución los coordinadores de la emergencia no impidieron acercarnos a la zona y nos enviaron a coordinar el tránsito en la avenida Cuauhtémoc.

•Martha Zamudio Díaz, entonces dirigente del grupo 100, provincia Benito Juárez

Tenía entonces diecinueve años y no me encontraba activo en algún grupo scout; cuando me enteré del desastre, le comenté a mis padres que quería ir a ayudar. Lógicamente se opusieron al principio, pero les recordé que era scout y nuestra misión era ayudar al prójimo; con ese argumento me dejaron ir. Me puse mi uniforme y pañoleta que tenía guardados, y salí hacia la colonia Roma. Llegué a donde se encontraban los Televiteatros: la zona estaba cercada al estar casi por caerse. Ahí me encontré con otros scouts, no recuerdo de qué grupo eran.

Caminamos hacia el sur, donde encontramos una ambulancia que necesitaba ayuda para trasladar heridos al Centro Médico. Nos ofrecimos como voluntarios, pero le dijimos al chofer que si nos traía de regreso a la Roma. Nos contestó que sí. Subimos a cuatro heridos llenos de tierra a la ambulancia, dentro de la que tuvimos que ir parados; al llegar al hospital los ingresamos para que fueran atendidos y, al regresar a la ambulancia, ya se había ido.

No nos quedó de otra que regresarnos a pie; empezamos a caminar sobre la avenida Cuauhtémoc cuando alcanzamos a ver que varios de los multifamiliares Juárez se habían venido abajo. Por varios segundos nos quedamos en silencio al ver tres edificios de ocho o diez pisos reducidos a una altura de dos pisos. Nos acercamos y unas personas con cascos nos pidieron ayuda para romper una losa bajo la que se encontraba un grupo de personas que murieron abrazadas al caerles encima el techo. Nos proporcionaron picos y empezamos a tratar de romper la gruesa placa de concreto; después de varias horas llegó ayuda internacional, eran rescatistas de Francia, flacos güeros y muy altos. Nunca olvidaré las cajas que llevaban con la inscripción SAMU94, ni sus cascos plateados.

Seguimos trabajando cuando, de repente, todos empezaron a gritar:

—¡Silencio, silencio!

Eran los franceses, quienes llevaban un equipo de ultrasonido y acababan de encontrar una persona con vida atrapada en el baño. Todos gritamos de alegría: ¡Una persona con vida!

Ya no seguimos rompiendo la losa al poder provocar un derrumbe y perjudicar más al sobreviviente.

•Uriel Sánchez Flores,
entonces ex integrante del grupo 182, provincia Gustavo A. Madero

Después de llamar a los miembros de clan, con quienes decidimos encontrarnos en el Monumento a la Revolución, nos pusimos la camisola y pañoleta mi primo Francisco Javier y yo. Llegar a la Villa de Guadalupe y caminar hasta la Insurgentes no fue tanto problema, pero no había transporte hacia el sur de la ciudad, en parte por los bloqueos impuestos por la policía para evitar más aglomeraciones que impidiesen transitar a las unidades de emergencia. Logramos llegar en aventones de particulares quienes, al llevarnos como scouts, aprovechaban para poder pasar por las calles.

Bajamos en Insurgentes para caminar al Monumento, pero nos interceptó una combi de la Cruz Roja con personal de Juventud, al que conocíamos por los servicios que prestábamos el 12 de diciembre en la Basílica de Guadalupe. Subimos al vehículo y nos comentaron que iríamos a una guardería que se cayó cuando ya había niños adentro. Llegamos a la avenida Juárez, muy cerca de Reforma y casi frente al hotel Regis, derrumbado e incendiado; entramos al edificio donde nos informaron que la guardería estaba en el cuarto piso; al tratar de pasar hacia allá descubrimos que estaba derrumbado hacia la derecha, como si lo hubiesen empujado. Un solo piso ocupaba el espacio que abarcaban del primero al cuarto.

Logré llegar a la azotea sin encontrar por dónde ingresar; como pude, quité los ductos de aire para entrar a tientas; de pronto, sentí algo viscoso, como cabello con algo que aparentaba ser piel. Me hicieron llegar una lámpara y logré identificar el brazo de una persona que protegía a una niña, los dos aplastados por un mueble con libros y el techo del edificio. Me salí para dejar ingresar un bombero que iba detrás de mí; aquella visión me superaba por completo.

Afuera encontré a un grupo de médicos entre quien se encontraba un antiguo jefe scout: estaban frente a una grieta en el techo derrumbado donde alcanzaban a verse varios cadáveres atrapados entre los lockers que, a su vez, aprisionaban a una persona viva. Para sacarla le cubrimos el rostro, diciéndole que estaba atrapada por un sillón, mientras le cortaban el brazo a uno de los muertos para liberarla.

•Luis Eduardo Santiago Arroyo,
entonces jefe del grupo 100, provincia Gustavo A. Madero

Nos asignaron diversas tareas a lo largo del día: lo mismo quitábamos escombros que cargábamos heridos o dábamos primeros auxilios, muy elementales, cuando era necesario; ayudábamos en la instalación de albergues, clasificando ropa y diferentes artículos donados por la gente para ayudar a los damnificados. Ayudábamos en la evacuación de inmuebles, controlábamos tráfico y hasta ayudamos a instalar una cocina para alimentar a los damnificados y todos los que se hicieron presentes para ayudar aquel día.

De la misma manera, la gente era generosa con nosotros y nos llevaba agua, comida o una silla para descansar, aunque fuera un momento. Para mí, lo más importante fue que nos respetaron sin importar que fuéramos unos mozalbetes; en su mayoría, seguían nuestras indicaciones de dónde circular y dónde no; ponían en nuestras manos, sin dudar, cualquier donación que estuviera a su alcance para ayudar a los demás, o nos ofrecían su casa por si necesitábamos comer, descansar o llamar por teléfono a nuestras familias cuando funcionaban las líneas telefónicas. Era una formidable cadena de ayuda que se generaba entre todos.

•Rafael Águila Villasana,
entonces tropero del grupo 165, provincia Benito Juárez

Aún no sé cómo me contacté con mis hermanos scouts del grupo 3 Ollin Calli de Iztapalapa, para quedar de reunirnos a las nueve de la mañana en punto en el local del grupo; de inmediato saqué de la ropa sucia mi uniforme, el cual se encontraba todo arrugado. No había tiempo para lavarlo ni plancharlo. Salí corriendo al punto de reunión, no sin antes tener la bendición de mi madre y tomar un poco de licuado de plátano.

Empezamos a recorrer la ciudad en el auto de nuestro jefe, sin imaginarnos lo que encontraríamos. Nuestro primer destino fue un edificio habitacional, o lo que quedaba de él, a la altura del metro Xola. Dios mío, qué impresión al ver las jaulas de tendido de ropa que siempre se ven en las azoteas, entonces tan cerca del suelo. Y lo peor de todo era que abajo se encontraban muchas familias atrapadas en sus propios hogares. Al momento empezamos a mover piedra por piedra de aquella montaña de escombros, hasta que llegó un momento que

mis ojos se toparon con cuerpos inertes, llenos de polvo y sangre. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y pensé en claudicar de aquella tarea tan difícil; sin embargo, entonces más que nunca tuve que aplicar el espíritu scout y de servicio que me inculcaron desde lo-bato, y en ese momento como jefe de tropa.

Posteriormente, nos dirigimos a la calle de Querétaro, en la colonia Roma, a otro edificio habitacional aplastado como sándwich; afuera estaba una muchacha, con una hoja de papel y lápiz en las manos, diciéndole a la gente de alrededor los nombres de las personas fallecidas que iban sacando de aquellas ruinas. Sin pensarlo le pregunté:

—¿No debe ser una tarea fácil dar los nombres, verdad?

—No, no es fácil —me contestó—. Y más porque toda mi familia aún se encuentra dentro. Yo había salido a la escuela y por eso no estaba en casa.

De aquella muchacha, que entonces tendría, quizá, quince años, tomé el valor y coraje para emprender de nuevo mi labor de mover piedras; encontré fotografías, muebles, comida, ropa, adentrándome en la intimidad de aquellas familias que, horas antes, dormían en la seguridad de un hogar que ya no existía.

•Ricardo González Lojero,
entonces jefe de tropa del grupo 3, provincia Iztapalapa

El temblor no se sintió tan terrible en Coyoacán, por donde vivía: la parte más fea fue ver cómo se caía una barda sobre una casa, frente de la mía. Fueron como quince ladrillos. ¿Qué hacer? Pues ir por Gabriel, para quitarlos; al terminar, cosa de veinte minutos, cada quien se fue para su casa. Y, aunque parezca extraño, no teníamos ni idea de lo que había pasado en la ciudad, a pesar de que en Tlalpan y Miguel Ángel de Quevedo se cayó un edificio del Instituto Cultural.

Luego habló mi abuelita a casa de mi cuñada: que Gabriel me estaba buscando. Me fui corriendo a la casa para uniformarme y de ahí a casa de Gabriel; sería como mediodía y ya estábamos enterados de todo lo que pasó y veíamos qué hacer. Fuimos a casa de Javier Ibarra, y de ahí a varios lugares. Recuerdo que en los multifamiliares encontré un cofre de vidrio con billetes: era mucho dinero que, al pasar algunos rescatistas, me lo pidieron para juntar lo que podría servir. Se los di y nunca más los volví a ver. “La rapiña”, diría Sergio.

No recuerdo la hora que regresamos a casa de Javier; Gabriel y yo andábamos muy desosegados y, si ya estábamos en eso, pues queríamos continuar, así que nos fuimos a buscar dónde más podíamos ayudar. Llegamos al Hospital Juárez a clasificar medicinas, y ya en la madrugada, como no queriendo, a acomodar difuntos. Terminamos al amanecer y regresamos a Coyoacán caminando, cual era nuestra costumbre.

• Ramón Romahn, entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Posterior al temblor, salí a la calle a buscar a mi mamá que acababa de salir hacia el trabajo; no la encontré, pero sí a Javier Ibarra (*Tatú*), en ese entonces nuestro jefe de grupo. Comentamos lo sucedido, y me pidió que les hablara a los demás integrantes de la gloriosa tropa Engonyama para reunirnos en su casa. Los teléfonos de casa no servían, por lo que las llamadas que logré realizar fueron de un teléfono público; contacté a Gabriel Isidro, a quien le pedí que corriera la voz para convocar a los demás, mientras yo también seguía intentándolo; creo que localicé a Guillermo Pérez, *el Confi*; su hermano, Chucho, y a Pedro Vallejo.

Eran aproximadamente las diez de la mañana, cuando nos encontramos en casa de Javier, en la calle de Monrovia —no recuerdo quiénes éramos, ¿quién se acuerda?—, ya uniformados y listos para la acción. Al primer lugar que fuimos fue al centro SCOP, en la esquina de avenida Universidad, Xola y Casas Grandes, donde se encuentra la Secretaria de Comunicaciones y Transportes; ahí se habían colapsado los pisos superiores de dicho edificio y, a una cuadra, se cayeron las instalaciones del Imer [Instituto Mexicano de la Radio]. En este lugar fue donde empezamos el servicio de remoción de escombros; estando en esa labor, nos comentaron que prestáramos ayuda en los multifamiliares Benito Juárez, donde había más edificios colapsados; de hecho, estaban partidos por la mitad. Nos presentamos ante quien coordinaba las actividades y, de inmediato, nos pusimos con las demás personas a extraer y transportar escombros. Se formaron cadenas y, con cubetas y cajas de plástico, de mano en mano hacíamos la extracción de piedras, bloques de ladrillos, muebles rotos y escombros de todo tipo, con el afán de buscar sobrevivientes o cuerpos entre las ruinas. A algunos de nosotros nos tocó cargar camillas con cadáveres. Chucho, estando entre dos losas, dio aviso a los rescatistas de que había algo o alguien al fondo, pero en vez de que fueran a investigar le llamaron la atención

por estar ahí metido aunque, a final de cuentas, sí encontraron a una persona en aquel sitio.

• Sergio Pérez Delfín Landeros,
entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Como *socoscout* o *scoutorrista* de Cruz Roja, me sumé a los esfuerzos de organizar la ubicación y rescate de las personas atrapadas en el montón de escombros que fue el Hospital Juárez; los más delgados nos escurríamos por las cavidades formadas en medio de losas, ladrillos y varillas hasta encontrar gente con vida. Yo pude llegar hasta una que me permitió sentarme y gritar:

—¿Hay alguien aquí?!

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —me contestaron por todas direcciones.

De todos aquellos gritos, se escuchó más fuerte el de una mujer, quien me insistió:

—¡Aquí estoy!

—¿Dónde?!

—¡Aquí, frente a ti! ¡Ahí está mi dedo, lo estoy moviendo!

Sentí que un hilo frío subía por mi espalda al ver el dedo gordo de un pie derecho sobresalir de un espacio lleno de escombros.

• Juan Carlos Pérez Cruz, entonces clanero del grupo 13, provincia Benito Juárez

Vivía en San Juan de Aragón, donde realmente no pasó nada; por la tarde, entre caminando y aventones, llegamos cinco integrantes de mi grupo al Hospital General, a Ginec Obstetricia. Los siete u ocho pisos del edificio estaban caídos, con una abertura entre piso y piso como de medio metro. No había ahí más scouts, sólo doctores, enfermeras, personal del propio hospital; la caldera estaba haciendo mucho humo —según decían, iba a explotar; después, alguien que sabe de calderas me dijo que las calderas no explotan— y asfixiaba a los voluntarios subidos en los escombros, quienes tenían que bajarse a los cinco minutos.

Primero empezamos a ayudar, luego a traer tambos con agua para remojar trapos y sábanas, con los que improvisaron máscaras para soportar el humo, y después comenzamos a ayudar a bajar a la gente rescatada del edificio derruido, porque quienes lo hacían estaban agotados.

Me tocó integrarme a una cadena humana para sacar a una señora que acababa de tener a su bebé; antes de ponerla en una camilla improvisada con una escalera, la envolvimos en unas cobijas, y al hacerle los nudos me percaté que no tenía una pierna. No estaba inconsciente pero sí en shock. No sé a dónde se la llevaron, con todo y la escalera como camilla.

• José Luis Cárdenas Cortés, entonces tropero del grupo 96, provincia Gustavo A. Madero; actual jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

No hizo falta saber que tenía que encontrar a la gente de mi clan y de mi consejo del grupo; como pude, me trasladé a casa de unos amigos en la colonia Del Valle. No había celulares en aquél tiempo, por lo que aposté a deducir dónde se reuniría la gente de mi grupo. Recorrimos la colonia Roma el primer día para ver en qué podíamos ayudar. Llegamos al conjunto habitacional Juárez, atrás del Centro Médico: el edificio era muy grande y cayó como si fueran fichas de dominó. Lo que más me impresionaba era la gente con cubetas armando filas para quitar escombros y las solicitudes de silencio de la gente que intentaba localizar personas vivas. Ese silencio expectante, solidario, esperanzado, siempre me habrá de acompañar.

Ya había mucha gente por lo que no había mucho qué hacer ahí. Nos dirigimos entonces a los alrededores, donde constaté que al menos había un edificio caído en cada manzana de la colonia Roma; en uno de ellos, que habrá sido de unos seis o siete pisos, subimos a la azotea a ayudar a bajar las jaulas y lavaderos. La losa de la azotea estaba partida y un hombre intentaba cortar las varillas con una segueta; cuando recuerdo este pasaje caigo en cuenta que estaba en una especie de negación de lo sucedido, traducido en mi imaginación en que por alguna suerte del destino no habría nadie bajo los escombros. Pero fue un quejido lo que me regresó a la realidad: había gente viva y, seguramente también muerta en las ruinas de aquel edificio. Una persona de la Cruz Roja nos indicó que debíamos bajar enseguida, porque se podía terminar de colapsar, cuestión que para mi estado de pánico que ya tenía en ese momento, cumplí de inmediato.

• Luis Lach Herrera, entonces clanero del grupo 92, provincia Benito Juárez

Moni, Vero, Laura, Nelly y yo estuvimos en una iglesia por Polanco, separando víveres y acomodándolos en cajas, por clasificaciones, así como cobijas y ropa; en la Cruz Roja estuvimos en un área donde se recibían llamadas de ayuda para enviar apoyo. Y en los alrededores de la SCOP juntamos provisiones.

•Mónica Angélica González Loza,
entonces tropera del grupo 281, provincia Coyoacán

En cuanto supe lo que pasó me uniformé para salir a integrarme con los voluntarios; mi primera parada fue en el multifamiliar Juárez, donde colaboré en la remoción de escombros durante todo el día y parte de la noche. Por la tarde me encontré con Ricardo; para la una de la mañana, ya habíamos rescatado a tres personas vivas y unos quince cuerpos. En ese momento, Ricardo y yo decidimos apoyar más a los vivos que a los fallecidos, y nos dirigimos a la explanada de las Tres Culturas donde, con toldos y tiendas de campaña, se habilitó un albergue temporal para los damnificados de Tlatelolco y del edificio Nuevo León. Ahí comenzamos a revisar algunos de los edificios cercanos para cerciorarnos que no hubiese nadie en los departamentos. El Ejército también patrullaba los edificios, para evitar la rapiña —nos detuvieron en dos ocasiones, al entrar a revisar los departamentos que estaban abiertos—, pero no tuvimos mayores problemas al estar bien identificados con nuestro uniforme y unos gafetes de voluntarios.

•Eduardo Guillermo Bravo Suárez,
entonces jefe de tropa del grupo 355, provincia Coacalco

Nuestro uniforme nos permitía acceso franco al área de desastre, ante los policías y militares que acordonaron la zona para los civiles; hasta el escudo de grupo podía interpretarse como el distintivo de una unidad esculta coordinada con la benemérita institución de la Cruz Roja. La especialización en actividades de escalada y espeleología, así como la posesión del equipo requerido, nos permitió llegar a los sitios de difícil acceso y trabajar con un martillo neumático para abrir algún acceso entre los escombros.

Las secciones scouts con poca fortaleza muscular ayudaron a colocar campamentos, organizar distracciones para los niños, juntar ropa y víveres, hacer lo posible por alimentar a los rescatistas y re-

confortar a las familias afectadas. La gente comenzó a tomar papeles activos al emular, y después coordinar, acciones y recursos con los scouts, pues nuestra experiencia, organización y equipamiento les brindaba confianza. Sorprendía ver su solidaridad en el centro de acopio instalado en la plaza de las Tres Culturas, donde había tiendas de campaña con gente que perdió su casa.

La organización de un grupo scout en aquellas circunstancias permitió el despliegue de un campamento de damnificados que incluía, aparte del grupo con su equipo —tiendas, carpas, mesas y cocietas—, el liderazgo legítimo ante la comunidad, lo que permitió la recepción y administración de los recursos de alimentación y abrigo ofrecidos por las instancias públicas y privadas. Tiempo después, llegaron brigadas médicas con las que se colaboró en la donación de sangre y la aplicación de vacunas antitetánicas.

• Daniel Peña Jaramillo, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Mi hermano Óscar y yo pertenecíamos a la tropa Panteras, y nuestro jefe de tropa era Ramón García Cobos. Nuestra primera reacción fue ir por nuestro uniforme y alistar lo que teníamos a la mano para irnos al local. Mi mamá alcanzó a decirnos que sabía que no podría detenernos y sólo nos pedía regresar con bien, cuando debiéramos regresar. No había transporte y lo mejor fue caminar para observar cómo se veían las cosas calle a calle.

Nuestro local estaba en la mitad de la segunda sección de Tlatelolco, rodeada de edificios y un par de hospitales. Fue escalofriante observar lo que aún estaba en pie y el aroma de la desolación que se respiraba.

Lo primero que acordamos los integrantes de la Corte de Honor reunidos —llegamos por instinto al no haber forma de comunicarnos— fue salir a ayudar donde se requiriera, fuese en la cercana área del edificio Nuevo León, sobre Paseo de la Reforma, o en las colonias Guerrero o Peralvillo. Si alguien nos hubiera visto, seguramente diría que éramos mucho corazón y poco cerebro porque no teníamos equipo, ni capacitación ni, mucho menos, edad para hacer todo lo que hicimos.

Cada patrulla tomó una zona con la única idea de ayudar en lo que fuera posible; la mía fue a Reforma, donde el caos y la desesperación fue algo presente en el ambiente durante todo el día. Se había caído un gran edificio y todos trataban desesperadamente de buscar sobrevivientes. Todo el día estuvimos removiendo escombros y escuchando rumores sobre cosas sucedidas en otras partes de la ciudad y el número de muertos que, se decía, había provocado el terremoto. Acordamos reunirnos de nueva cuenta en el local de grupo por la noche; fue de regreso, al cruzar la plaza de las Tres Culturas, cuando nos dimos cuenta que había pasado todo el día y no tuvimos oportunidad de comer nada.

Reunidos todos, comenzamos a intercambiar noticias de lo que cada uno había visto y oído; digno de un cuento de terror, nos fuimos dando cuenta de la dimensión de la tragedia, y de la oportunidad que teníamos de seguir todos juntos. Nadie llevaba comida, y decidimos buscar en la cercana colonia Guerrero a algunos conocidos para allegarnos algo de comer; justo al pasar por la parroquia de Los Ángeles, sobre la calle de Lerdo, el sacerdote nos invitó a pasar para cenar algo. Nunca había entrado a esa iglesia, cuyo acceso a la oficina era por un estrecho pasillo pintado de color blanco, frío y húmedo. Continuamos nuestro camino alrededor de las tres de la mañana por las calles de la Guerrero, una de las zonas más peligrosas de la ciudad que, por increíble que parezca, en ese momento era la más amigable y solidaria que jamás hubiera visto. Todos los vecinos salían buscando indicaciones de qué hacer, pidiendo auxilio para mitigar la tristeza.

—Ustedes son scouts, y un scout siempre sabe qué hacer —nos decían.

•Jorge Antonio Cordero Jiménez,
entonces tropero del grupo 233, provincia Cuauhtémoc

La noticia corrió como reguero de pólvora: el edificio Nuevo León se colapsó.

Buscábamos a nuestros hermanos scouts y a los sobrevivientes que pudiera haber entre los escombros; conforme los removíamos, empezamos a encontrar gente enterrada. También realizamos trabajos de apuntalamiento con los bomberos y personal de rescate, aunque éstos no querían que lo hiciéramos.

La gente recurría a los scouts para solicitar ayuda y orientación; a las tres de la tarde, el Ejército nos retiró de la zona, para luego acordarla y quedarse sólo mirando el edificio en ruinas. Desesperadas, las personas increpaban a los militares, y de nuevo los scouts empezamos a trabajar para sacar escombros y más personas, algunas aún con vida. Había scouts en las esquinas dirigiendo el tráfico, repartiendo víveres, rescatando a otros hermanos scouts.

•Carlos Miguel Ortega Ramírez,
entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Sin teléfono, la comunicación con la tropa se hizo imposible, lo mismo con el clan. Fui a buscar a algunos guías de patrulla: solo uno se había quedado en casa. Todos los demás se fueron quién sabe a dónde.

—¡A los multifamiliares Juárez! —dijo alguien. Y hacía allá nos fuimos.

Al caminar sobre Orizaba vimos un cerro de escombros a la altura del parque Ajusco. Había una columna humana acarreando escombros a mano y con cubetas.

Y entonces nos pusimos a ayudar.

Ya entrada la noche, unos gritos de sobresalto nos distrajeron de la monotonía de cargar cascajo.

—¡Rápido, una ambulancia!

Sacaron a una señora y a una niña de siete años, ambas muertas. Todavía estaban calientitas.

—Las protegió el colchón —decían los hombres que las sacaron. Unas mujeres lloraban.

Fue mi primer encuentro con la muerte de otro ser humano.

•Alan Israel Estrada López,
entonces jefe de tropa del grupo 320, provincia Cuauhtémoc

Salí uniformado rápidamente pues, como decía el manual, siempre tenía mi uniforme preparado y listo para el servicio. Me fui a la casa del señor Javier Velázquez Nápoles, nuestro jefe de grupo, donde llegaron los demás scouters y la mayoría de mis muchachos de tropa. Terminamos por ir al Hospital Juárez; lo que encontramos al llegar fue desolador pero, olvidándonos de miedos, decidimos prestar el mejor servicio que pudiéramos.

Preguntamos en qué podíamos ayudar y nos informaron que había que abrir el paso de los vehículos que llegaban a prestar ayuda y llevarse a los heridos. Nos repartimos en grupos y empezamos a quitar escombros y mover automóviles estacionados, hasta que un bombero nos enseñó cómo abrirlos sin romperles sus cristales —primero tratamos de cargarlos entre varios—; hecho esto, ingresamos a los pasillos del hospital. Mucha gente colaboraba, muchos civiles y ya había llegado el Ejército, dedicado a la labor de hacer valla y resguardo.

Solicitaron a mis muchachos para transportar herramientas e implementos de rescate; estaba yo en ver que se realizara todo con orden, cuando por el pasillo donde nos encontrábamos empezaron a pasar voluntarios con camillas que transportaban a gente rescatada. Al final venían cargando a una mujer, al parecer con fracturas en las cuatro extremidades, quejándose fuertemente; en eso, un fotógrafo de no sé qué periódico le pidió a los camilleros detenerse. Me acerqué para impedirlo, pues no veía bien que solicitara eso, por lo cual me ofendió gritándome que no era asunto mío; en el acto, un soldado que estaba a nuestro lado le gritó que obedeciera y no fuera necio. La camilla ya había pasado y el fotógrafo se alejó por el pasillo.

•Juan Alberto Rubio Vázquez, entonces jefe de tropa del grupo 2 de Azcapotzalco, Asociación Tradicional de Scouts de México

Hacia las cinco de la tarde un muchacho me avisa que se escuchan voces y gritos en un hoyo lateral del edificio correspondiente al tercer piso, pero su paso está obstruido por un muchacho muerto. Le comento que lo saque y me responde que no puede; le digo entonces que trate jalarlo y vuelve a responderme que no puede.

Subo al lugar y un aroma a muerte dentro del hoyo me hace también pensar que tampoco puedo hacerlo, pero los llamados de auxilio de las personas atrapadas me deciden: amarro el cadáver con una cuerda y le pido a más personas me ayuden a jalarla. Gracias a eso logré encontrar un muchacho vivo, tirado hacia el frente y sostenido sobre su brazo derecho. Tenía una piedra en la espalda y otro compañero muerto recargado en él; sus piernas estaban atrapadas por unas rocas a la altura de las rodillas y se apreciaba una fractura expuesta. Lo liberé de la piedra en su espalda y busqué un cojín para aliviar su posición; liberar sus piernas se antojaba imposible por todo el peso del techo que te-

nían encima. Como hasta a las diez de la noche llegaron con un Porto Power y logramos liberarlo; de inmediato lo subieron a la ambulancia con la esperanza que no entrara en shock.

•Luis Eduardo Santiago Arroyo,
entonces jefe del grupo 100, provincia Gustavo A. Madero

Por la tarde por fin tuve la oportunidad de regresar del trabajo a mi casa, donde se encontraban Norma, mi esposa, y mi pequeña hija Gaby, entonces de once meses de edad; Fernanda aún no nacía. Me aseguré que estuvieran bien, aunque ya lo había hecho telefónicamente desde la mañana, y las llevé a la casa de un hermano de Norma. Luego me enfundé mi uniforme scout, con camisola blanca de miembro de clan (en la asociación a la cual orgullosamente había pertenecido, y posteriormente retorné por el resto de mi vida scout, la camisola blanca es usada por las secciones mayores, como recordatorio de que debemos buscar la perfección, claridad y pureza).

Me dirigí a la zona de la Alameda Central, donde se encontraban varios edificios derrumbados, entre ellos el hotel Regis; el tránsito en la ciudad era un caos total. Tuve que “abandonar” mi automóvil cerca del Monumento a la Revolución para caminar hasta el Regis, adicionalmente en llamas. Ahí, observé que ya trabajaba un gran número de hermanos scouts y guías de diferentes grupos y asociaciones, con quienes me integré. Acordonamos la zona, apoyamos a la gente que salía de entre los escombros, lavamos ojos y heridas, hicimos vendajes, distribuimos cubre bocas y agua, auxiliamos a los paramédicos de la Cruz Roja y otras instituciones con las camillas que transportaban lesionados; finalmente, con una cuadrilla integrada de manera espontánea con otras diez personas —entre soldados, bomberos, paramédicos, voluntarios y scouts—, como a las once de la noche tuve la gran satisfacción, honor y orgullo de ingresar, aunque no sin miedo, al edificio para ayudar a rescatar a una mujer casi inconsciente, de aproximadamente treinta años de edad, con múltiples fracturas en ambos brazos y policontundida (ahí aprendí el término).

•Octavio Alfonso Colado Hernández,
entonces ex clanero del Sector 2, Scout de América, A. C.

Todavía me acuerdo del locutor de Radio Éxitos que mandó el mensaje. Lo dijo así: “A todos los scouts que puedan ayudar, sabemos que

practican la escalada y el rappel: repórtense con su equipo en los edificios que quedaron de pie, pero sin escaleras”.

Nuestro primer servicio fue en la glorieta de Insurgentes: ahí subimos a cerrar las válvulas de unos tanques de gas, llamados *salchichas*. Lo hicimos y nos fuimos al Hospital General, donde necesitaban mucha ayuda; en el camino, sobre avenida Cuauhtémoc, nos pidieron que rescatáramos a unos muchachos atrapados dentro de un edificio. Pese a que subimos rápido a donde se encontraban, no pudimos hacer nada por ellos porque les cayó encima la losa de un piso.

•Gregorio López Vázquez,
entonces jefe de clan del grupo 60, provincia Gustavo A. Madero

Llegó un camión de la Ruta 100 que nos llevó a mis compañeros de tropa, claneros y dirigentes del parque España a Tlatelolco, pero ahí había mucha gente y no necesitaban más apoyo; después de varias vueltas, terminamos atrás de los multifamiliares Juárez, en un kínder, donde se estaba montado un refugio para los damnificados.

Ahí hicimos de todo: ayudábamos a preparar comida, nos turnábamos para ir a los escombros a remover tierra y pedazos de losa; ahí estábamos los scouts de México, scouts marinos, tradicionalistas, guías de México: no importaba el apellido, todos éramos scouts llevando a cabo un “Siempre listos”, ayudando “en lo que se pueda”. Usábamos la pañoleta para cubrirnos la nariz y la boca, porque aún no llegaban los cubre bocas. Usábamos cubetas para pasar tierra o lo que fuera. Había bolsas negras, muy grandes, donde se colocaban algunos restos de personas que se iban rescatando. Hubo dos momentos en los que alguien gritó pidiendo silencio, porque se escuchaba algo. Fueron momentos que parecieron eternos; después del segundo grito de “¡Silencio!”, alguien gritó “¡Por aquí!”

Media hora después, fue pasando por nuestras manos una camilla improvisada donde transportaban a una niña cubierta de polvo. No se distinguían sus facciones, pero estaba viva. Cuando giré la cara para ver a quienes estábamos ahí, instintivamente abracé al que tenía a mi lado. Todos hicimos lo mismo y las lágrimas marcaban una serie de líneas en nuestras caras, llenas de polvo gris.

•Fernando Ortiz Salinas, entonces tropero del grupo 159, provincia Cuauhtémoc

Un scout entregó a un miembro del Ejército unos centenarios que encontró en el multifamiliar Juárez; a mí me tocó participar en el rescate del cadáver de un hombre que al parecer se estaba bañando. Para sacar sus restos se le tuvo que amputar un brazo.

•Javier Ibarra Martínez, entonces jefe del grupo 281, provincia Coyoacán

Fui a comprar unas pilas en la papelería frente a mi casa, para escuchar las noticias por un radio portátil que conservaba; cuando empezamos a oír todo lo que pasaba en la ciudad, mencionaron que se había caído un edificio en la colonia Santa María la Ribera, donde vivía mi papá. Once años atrás se separó de mi mamá y vivía con su segunda mujer y tres hijos, con quienes yo mantenía una relación afectiva a escondidas de mi mamá y mis tres hermanas. No me contestaron cuando marqué por teléfono y me empezó a dar una angustia terrible.

Yo vivía en Popotla y fui a verlo en mi Volkswagen, a media cuadra antes de llegar estaba bloqueada la calle y vi mucha gente corriendo asustada. Estacioné mi carro y caminé para llegar al edificio donde vivía: estaba totalmente derrumbado. Desde una caseta telefónica le avisé lo ocurrido a mi hermana, pidiéndole que se pusieran los uniformes scouts y fueran a la Cruz Verde a ver si lograban averiguar algo. Le proporcioné la dirección donde me encontraba, diciéndole que me quedaría a ayudar al rescate de las víctimas y que más tarde me buscaran ahí.

Sentí una enorme sensación de soledad al acercarme al derrumbe para meterme entre los escombros a buscar alguna señal que me indicara dónde podía estar mi papá. Había un hueco grande donde me metí, gritándole; gritaba con desesperación e impotencia. Les pedía a la gente que estaba afuera callarse para poder oír algo: sólo se escuchaban los gritos de otras personas que hacían lo mismo que yo.

Con mucha cautela, alguien me indicó dónde iban colocando los cadáveres rescatados hasta el momento, unos treinta cuerpos puestos en la banqueta, tapados con ropa de cama también extraída del derrumbe. Fue terrible ver las caras desfiguradas de aquellas personas, entre la que reconocí a una vecina de mi papá, hija de la portera, de unos trece años de edad. Al no encontrarlo, regresé a ayudar con la esperanza de que siguiera vivo.

Empezaron a llegar otros familiares para ayudar; alguien trajo de regreso de la escuela a mis medios hermanos Carlos y Jorge: su mamá los llevó antes de las siete de la mañana, por eso sobrevivieron. Más tarde llegaron mis hermanas con mi uniforme scout, otros integrantes de nuestro grupo y la mala noticia de no haber encontrado a mi padre en la Cruz Verde, por lo que sólo podía estar en el derrumbe. Al caer la noche ya se habían encontrado más cadáveres, pero también se había rescatado viva a una persona. Los scouts de mi grupo consiguieron que les prestaran el estacionamiento de la tienda El Sardinero, ubicada en la esquina, para guardar y preparar la comida que le empezaron a dar a todos los voluntarios que ayudaban. Fue tanto el apoyo de la gente que donó alimentos y tan bueno el trabajo de los scouts de mi grupo en prepararlos, que después me enteré que pasaron camiones a llevarles comida a los voluntarios que participaban en las labores de rescate en el edificio Nuevo León de Tlatelolco

•Alberto Rodríguez Luna,
entonces dirigente del grupo 219, provincia Miguel Hidalgo

Una sacudida me sacó de la cama, seguido de un estruendo que sacudió todo el edificio Campeche, a unos pasos de Reforma; al salir, me encontré con una espesa cortina de polvo y un penetrante olor a humedad que anunciaban la caída de un titán. Donde nunca entraba el sol, porque el Nuevo León lo tapaba, había mucha luz entre el polvo que todavía flotaba en el aire. Con dolor e incredulidad alcancé a ver el edificio derrumbado, con cuerpos por doquier; con la sangre helada comencé a jalar personas sin vida. Fui el primer scout que llegó al lugar a intentar rescatar a José Marca, nuestro jefe de clan.

•Gerardo Carballo Reyes, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Yo vivía en la Juárez, en un edificio de dos pisos en la esquina de Génova con Reforma; tenía locales comerciales abajo, y dormía con mi familia en la trastienda. Todavía no era scout y me arreglaba en el baño para irme a la prepa 4, cuando vi a mi perrita nerviosa.

—*Sandy*, tranquila, al rato te saca mi papá —alcancé a decirle antes de sentir una fuerte sacudida.

—Está temblando, ahorita pasa —me dijo mi papá mientras se levantaba de su cama; el resto de mi familia había salido.

Escuchamos un ruido y nos colocamos bajo el marco de la puerta del baño para el cuarto, donde nos abrazamos. Mi papá me jaló hacia la puerta del departamento que daba a la calle, pero no alcanzamos a salir al descuadrado y quedar bloqueada. Nos regresamos para la cocina para intentar salir por otra puerta que había en la terraza, pero ya no pudimos hacer nada al caerse su parte trasera, arriba de la cual estaba una recámara y el baño, quedándonos atrapados. Gracias a Dios no quedamos bajo los escombros, pero ya no pudimos salir de ahí; mi perrita, que venía atrás de nosotros, no pudo alcanzarnos al quedar sepultada por unos tabiques que se desprendieron del techo.

Entonces me cayó encima la herrería de una ventana y sentí un golpe en el brazo, seguido de dolor y la sensación de que llovía. Fue mi papá quien se percató que sangraba por una varilla que se me había enterrado, impidiéndome moverlo.

Pasó un buen rato hasta que escuchamos gritos preguntando si había alguien dentro del edificio.

—¡Aquí estamos! —empezó a gritar mi papá, a su vez.

—¿Pueden salir?

—No, porque se venció la puerta que da hacia la calle.

No sé cómo lograron entrar hasta donde estábamos —luego supimos que existía otra salida por Reforma, pero estábamos tan aturridos que no la vimos. Eran tres muchachos uniformados, uno de ellos con lo que parecía un paliacate amarrado alrededor de la cara.

—¿Están bien? ¿No les pasó nada? —preguntaron.

—Algo le pasó en el brazo a mi hija —les contestó mi papá, quien me lo había envuelto con un trapo.

Me sacaron primero, colocándome en la banqueta a donde llegó un paramédico a revisarme el brazo con el fierro enterrado, que ya me dolía; uno de los muchachos regresó al edificio a rescatar a mi papá mientras otro se quedó conmigo.

—Tranquila, ya estás con nosotros. No pasa nada.

Yo me sentía muy mareada; el muchacho que me acompañaba me dijo que no se movería de ahí, poniéndose a platicar conmigo hasta que llegó un auto particular a recogerme, al no haber ambulancias disponibles. Se fue conmigo y mi papá, quien estaba bien, y estuvo con

nosotros hasta que llegamos a la Cruz Roja de Polanco. Había muchísima gente en la explanada de la entrada, donde estuvimos un rato. Todo el tiempo aquel muchacho estuvo platicando conmigo para no dormirme, hasta que llegó una enfermera a revisarme y dar la indicación de ingresar al no parar la hemorragia.

—Ahora sí te voy a dejar en paz —me dijo, antes de retirarse.

Adentro me recostaron en un camilla colocada en un pasillo, me pusieron la vacuna contra el tétanos y un doctor me tranquilizó diciéndome que ya podía dormirme; me desperté como a la dos horas y ya tenía mi brazo curado.

•Claudia López Bremont, actual integrante del grupo 43, provincia Cuauhtémoc

Gracias a su condición extremadamente delgada, Mario Rosas pudo pasar por un hueco hasta el baño de un departamento donde estaban prensadas dos jovencitas, desnudas: una atrapada por las piernas y otra del tórax; al no poderlas sacar, le pidieron que no las dejara solas. Varias personas lo consideraron un héroe, porque se quedó toda la noche sin soltar a las muchachas, las cuales requerían de su apoyo para soportar el dolor y miedo que sentían. Con la ayuda de grúas lograron sacarlas por la mañana: una de ellas perdió su pierna y la otra falleció días después, por compresión, fracturas de tórax y hemorragia interna.

•Felipe Salvador Mendiola y Martínez, entonces dirigente de Scout de América; actual presidente de la Federación Mexicana de Escultismo

Logramos llegar a la calle de Tehuantepec, frente al Centro Médico Nacional: encontramos el edificio donde vivían mis familiares totalmente destruido. Horas más tarde, empezamos a ubicarlos enterrados entre los escombros.

•Raúl Olivier Grande, entonces director nacional de la Asociación Mexicana de Scouts

Seguimos sacando gente como hasta las doce de la noche, acabamos molidos: nos subíamos, nos asfixiaba el humo y tenías que bajarte; entonces nos daban leche materna en unos conos que llenaban en un contenedor. No me tocó sacarlos pero sí pasar en la cadena humana a varios bebés, unos vivos y otros muertos. Erika Salomón Ornelas, otra de las integrantes de mi grupo, también estaba en la cadena y gritó al

pasar un bebé envuelto en una sábana; al ir a ayudarla, me percaté que estaba quemado y con la cabeza casi degollada.

•José Luis Cárdenas Cortés, entonces tropero del grupo 96, provincia Gustavo A. Madero; actual jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Era una enfermera de la que no recuerdo su nombre, pese a preguntárselo. Nos relevamos para tratar de llegar hasta donde estaba; alguien, no sé si era ingeniero, nos advirtió del peligro de mover los escombros sin apuntalarlos antes o, de alguna forma, estabilizar los huecos que íbamos abriendo. La enfermera me decía que podía verme desde donde estaba, aunque nunca pude tener contacto visual con ella. Tenía que mantenerse hidratada y alguien me pasó una naranja; se la acerqué por un hueco en el cual me dijo estaban sus manos libres, diciéndome también que ella la pelaría. Sin duda sabía de la importancia de mantener su mente activa en tales circunstancias.

Irónicamente, al tratar de llegar hasta donde estaba, rodeamos el espacio y pudimos sacar a otras personas con vida, así como retirar los cuerpos de otras con menos suerte. Ya no estuve presente cuando lograron sacarla relativamente en buenas condiciones, sin necesidad de perder alguna extremidad y con altas posibilidades de recuperarse de sus heridas; al menos eso fue lo que me dijo dos días después Enrique Guido, otro *socoscout* de Cruz Ámbar.

•Juan Carlos Pérez Cruz,
entonces clanero del grupo 13, provincia Benito Juárez

Yo vivía en la azotea de un edificio en la calle Independencia, atrás de la Alameda Central, donde mis padres eran los porteros; cuando empezó el sismo nos quedamos en el patio de la azotea, esperando a que se cayera el edificio o el hotel de al lado; después que pasó, me puse mi camisola y pañoleta para empezar a sacar a todos los inquilinos del edificio.

Cuando ya todos estaban afuera, vi que la mitad de un edificio cercano se había venido abajo; me acerqué y, como unas personas me vieron con mi uniforme, me pidieron ayudarlos a sacar a dos personas adultas. Me dijeron el piso donde estaban, pero pues yo veía que ya no existía.

Total, subí.

Asomándome por una pared en ruinas les pedía a los de afuera que me dijeran por dónde estaban las personas atrapadas. Me dirigí hacia el lugar que me indicaron, donde ya no había paredes ni puertas, nada, sólo escombros y muchas chispas de corto circuitos, como en las películas de submarinos.

Después de unos minutos, encontré a una señora lastimada de la espalda; la puse sobre una puerta que estaba ahí tirada, amarrándola para que no se me cayera.

Me dijo que su esposo estaba al lado.

—Mire, ahí sólo hay un muro caído y no creo que haya sobrevivido —le respondí.

—Búscalo y baja su cuerpo.

Bajé a la señora y, antes de salir, varias personas me ayudaron con la puerta sobre la que la coloqué; regresé a buscar al señor a quien, por suerte, encontré entre dos camas y el muro encima, sin que le pasara nada.

Al bajarlo me ayudó un policía que, al salir del edificio y después que al señor lo tomaron sus familiares, me dijo:

—Acompáñeme, joven.

—¿A dónde? —le pregunté.

—Está usted detenido.

—¿Por qué?

—Porque puso en riesgo su vida y, en lugar de dos muertos pudieron ser tres.

—Pero qué tal: fuimos tres vivos.

Me llevaron a la Octava Delegación donde, después de unos minutos, me dijo el que atendía:

—Vete, gente como tú necesitamos.

Me salí de ahí para regresarme al hotel Regis, donde sacábamos puros muertos; en el Hospital General no me dejaron entrar, tampoco en el edificio de Tlatelolco por orden de Plácido Domingo, así que sólo me dediqué a ayudar a desalojar la zona donde vivía, hasta que me echaron los de la Marina.

•Juan Carlos Ruiz López,
entonces dirigente del grupo 14, provincia Iztapalapa

De inmediato la población civil se organizó improvisando estaciones de auxilio. La gente que podía donaba artículos y contribuía como le fue posible al esfuerzo de recuperación; esto incluyó mover piedras a mano, regalar linternas, cascos de protección, etcétera. Automóviles civiles se tornaron en vehículos de auxilio. Líneas de personas movían medicamentos para ser inspeccionados y posteriormente ser suministrados. Las primeras acciones organizadas fueron realizadas por los grupos scouts de las localidades afectadas, mismas que fueron sostenidas durante varios meses con la atención de damnificados.

•Wikipedia, entrada del “Terremoto de México de 1985”

A los pocos minutos de ocurrido el terremoto hubo respuesta de urgencia de los Scouts de México y de otras agrupaciones escultistas que, sin recibir llamada alguna, acudieron a sitios peligrosos para ayudar a recuperar personas vivas y a sacar cuerpos de las casas derruidas. Mientras tanto, el gobierno del Distrito Federal tuvo una reunión de cabildo para atender la emergencia como hasta las once de la mañana, y no permitió el ingreso del Ejército a colaborar hasta después de las tres de la tarde, al verse rebasados y determinar que no podían actuar por sí solos.

•Raúl Olivier Grande, entonces director nacional de la Asociación Mexicana de Scouts

Entrada la noche me fui a la oficina nacional de la Asociación de Scouts de México, en la calle de Córdoba número 57, para reportarme. Recibí instrucciones para regresar a la Asociación al día siguiente, y me fui a casa. Toda la colonia Roma, Doctores y la Obrera fueron profundamente castigadas por el sismo, sin luz y, seguramente, sin agua; caminé por la calle de Durango hasta Cuauhtémoc: dentro de la fragilidad que se percibía en muchas de las edificaciones, esta última avenida era la que contaba con luz mercurial color naranja, vehículos de auxilio, ambulancias, carros de bomberos y patrullas con las sirenas y torretas a todo lo que daban, recorriéndola en ambos sentidos. Parecían escenas tomadas de una película de guerra, como si hubiesen bombardeado aquella parte de la ciudad. Hasta ese momento recordé que había salido de casa en compañía de Pablo, mi hermano, y hacía varias ho-

ras que no sabía nada de él. Preocupado, continué caminando porque no podía hacer nada, más que encomendarlo a Dios, así que así seguí mi camino hasta llegar a casa, bien entrada la noche. Gracias a Dios, Pablo, ya había regresado.

•Francisco Emanuel Banda García, entonces colaborador de la oficina nacional de la Asociación de Scouts de México

Nos reunimos en nuestro local para dirigimos hacia el centro de la ciudad, donde la crudeza de la tragedia en aquel escenario terminó por hacer desistir a la mitad de nuestra tropa. Nos dividimos en grupos para empezar a rascar entre los escombros; cuando encontrábamos gente muerta nos llenaba una frustración inmensa, impotencia de no haber podido salvarla y una aguda desesperación por buscar más sobrevivientes. De pronto, entre el silencio, oíamos voces, gritos, apenas algunos ruidos que anunciaban signos de vida; entonces, sin importar la hora, lugar o cansancio me invadía la desesperada obsesión por sacar aquellos hombres, mujeres, niños, bebés, ancianos. Rascábamos con manos y uñas hasta saberlos a salvo; entonces todo valía la pena y eso nos daba ánimos para seguir. Seguir, seguir y seguir.

No recuerdo cuántos días permanecí ahí, buscando, rascando, sacando vivos y muertos, sólo recuerdo regresar a casa de vez en cuando para cambiarme de ropa y comer algo, verduras, fruta y pan, y mi incapacidad para siquiera oler la carne: una nostalgia nauseabunda me impidió comerla aquellos días y aún tiempo después.

•Sergio Quiroz Martínez, entonces subjefe de tropa del grupo 254, provincia Tlalpan

Cuando mi amiga se recuperó se fue sin llevarse lo que aún quedaba de sus pertenencias. Nunca más la volví a ver. Yo, asustada, envolví en unas sábanas lo que pude y fueron por mí después de muchas horas; ahora era damnificada y regresé a vivir con mi mamá.

•Martha Patricia Salgado Condado, actual integrante del grupo 320, provincia Cuauhtémoc

Cuando acababa el “turno” en los escombros, ayudábamos de cualquier otra manera; a mí me tocó dirigir el tráfico, un muchacho de dieciséis

años con el uniforme cubierto de polvo y el silbato scout en la boca. Yo no tenía ni idea de cómo dirigir hacerlo, sólo sabía que había que dejar pasar unos cuántos vehículos de cada lado, alternadamente.

—¡Te van a atropellar! —me gritaban algunos peatones.

—¡Deja que la gente que sabe haga su trabajo! —me regañaban otros.

No recibí un solo insulto de los automovilistas; nadie me “aven-tó” el carro. Todos esperaron a que les diera el paso.

•Fernando Ortiz Salinas, entonces tropero del grupo 159, provincia Cuauhtémoc

Después de algunas horas decidimos retirarnos; luego de caminar unas cuadas llegamos a una zona donde ya circulaban los automóviles y vimos pasar una pick up con scouts que también traían raspones y varias capas de polvo por el trabajo realizado. Al reconocernos, agitaron sus manos para saludarnos. Les respondimos con el saludo scout y ellos hicieron lo mismo.

•Gerardo Castillo Rotuno,
entonces jefe de tropa del grupo 170, provincia Tlalpan

Ya instalado en la colonia Roma, previa vacuna antitetánica y sirviendo hombro con hombro con los militares, llegaron unos amigos de mi grupo y otras personas que no conocía; eran como veinticinco, todos con la tristeza en la cara y el ánimo y fortaleza que da el querer servir cuando eres scout.

El coronel a cargo de la zona me comentó que a los muchachos les asustaba un poco que les inyectaran la antitetánica, pero que los motivaría verme de ejemplo. Le comenté que ya me la habían puesto, a lo que sólo me respondió:

—Usted es su líder.

Cerré la boca y me inyectaron de nueva cuenta.

•Armando Espinosa de los Monteros Reyna,
entonces jefe del grupo 101, provincia Gustavo A. Madero

Viernes 20 de septiembre

Al día siguiente, la dinámica fue la misma. Yo vestí nuevamente mi uniforme y partí directamente al Centro Médico; los scouts teníamos acceso directo no sólo a este sitio sino a todos donde sólo permitían entrar a rescatistas, personal médico y autoridades. Dividí mi tiempo entre las ruinas del hospital y el estadio del Seguro Social. La escena en este último me marcó para toda la vida: centenares de cadáveres alineados sobre el pasto y decenas de personas cubriéndolos con hielo, para evitar su pronta descomposición. Recuerdo haber visto otros scouts ayudando en diferentes labores, pero lo cierto es que los rescatistas continuaban llevando cadáveres y la situación se hacía cada vez más crítica.

•José Gaspar Gaitán Yáñez,
entonces jefe del grupo 120, provincia Gustavo A. Madero

Nadie medía el riesgo de estar parados en lo que, horas antes, fue un edificio, ante la posibilidad de quedar atrapados por algún derrumbe o si se presentaba alguna réplica del sismo. La preocupación de la mayoría era cuando se detectaba una fuga de gas, pues todos corríamos alejándonos del lugar, hasta que algún valiente cerraba la llave o retiraba el tanque causante del pánico generalizado. Todos teníamos muy fresco en la memoria lo que el gas era capaz de provocar, pues no tenía ni un año que media colonia quedara arrasada en San Juanico.

Durante una de aquellas alertas de fuga, escuchamos los ladridos de un enorme siberian husky, atrapado en el balcón del tercer piso del edificio que se encontraba en la esquina de Xola y Andalucía, con el edificio contiguo recargado en su costado que, por supuesto, habían desocupado tras el sismo.

Después de ponernos a salvo, nos detuvimos a observar el desesperado ir y venir del animal buscando la manera de salir de ahí, aunque nadie parecía percatarse de ello; Héctor y yo subimos, primero a la cornisa del edificio, y de ahí nos pasamos de balcón en balcón has-

ta llegar a donde estaba el perro, quien desde luego no dudó en mostrarse amigable y dócil para quien le prestara un poco de atención. No fue una operación muy elaborada, y sólo había que bajar de balcón en balcón nuevamente al animal, que en ese momento parecía pesar media tonelada.

Así que nos pasábamos de mano en mano al canino de un piso al otro, mientras unos polis nos gritaban letanías para que nos bajáramos y dejáramos al perro; eso llamó la atención de la gente, quienes nos comenzaron a echar porras y a animar para completar el rescate. Los de azul, en vez de ayudar, seguían insultándonos y amenazándonos, como si no se les diera. Otros amigos del grupo se acercaron y lo recibieron, una vez que llegamos de nuevo a la cornisa; entonces apareció una vecina que se ofreció a cuidarlo en su casa mientras alguien lo reclamaba. Nuestro nuevo amigo no dudó en regresar a agradecernos, a su modo, el ayudarlo a salir de ahí.

•Rafael Águila Villasana, entonces tropero del grupo 165, provincia Benito Juárez

Al siguiente día, acudimos en camionetas llenas de muchachos y muchachas scouts de toda la provincia Iztacalco a la zona de Tlatelolco. El panorama era sobrecogedor: edificios derrumbados y cientos de personas organizadas de manera natural, como si supieran qué hacer, igual en tareas complicadas y riesgosas como en las más sencillas, como llevar agua y alimentos a quienes trabajaban. Las emociones colectivas eran muy intensas: de la misma manera que podía sentirse el miedo y angustia por el desastre, junto con la zozobra de que siguieran los derrumbes, también podía palpase una solidaridad y amor al prójimo que nunca antes había experimentado.

Me integré a un equipo asignado a quitar escombros. Se hicieron filas interminables de personas, civiles y scouts de todas las edades, que pasaban piedras de mano en mano. Recuerdo que hubo un momento aterrador cuando alguien avisó que se derrumbaría una pared y la gente comenzó a correr en estampida hacia donde yo estaba; el miedo me inundó y corrí desaforada junto con la multitud para protegernos.

Al ver la magnitud del terremoto, conforme caminaba de regreso a casa aquel día, y encontrar por mi camino edificios cercanos a mi casa hundidos, otros tan dañados que después tuvieron que demoler-

se, bardas caídas, calles cerradas, el transporte paralizado, la gente en la calle con miedo de entrar a sus casas esperando una réplica, tomé conciencia del dolor ajeno; sentí mi corazón sobrecogerse por la angustia y el terror con que las personas compartían sus experiencias, el ambiente lleno de historias de pérdida y sufrimiento incomprensibles hasta ese momento, en mi juventud.

•Adriana Mancilla Cruz, entonces clanera del grupo 107, provincia Iztacalco

Roberto Caballero, hijo de un amigo scout del mismo nombre, ya fallecido, me habló el viernes por teléfono porque salí en *El Sol de México* cuando acababa de sacar al doctor Medina Bueno del Centro Médico:

—Sergio, vente porque estoy organizando un centro de acopio y necesito que me ayudes.

Desde el día anterior lo había montado en su casa, en la calle de Gabino Barrera 92, en Santa María la Ribera, donde los scouts de su grupo —él era el jefe— empezaban a recibir ropa, despensas, agua, con el problema de no haber manera de repartirlo a los centros de distribución. Todas las habitaciones y rincones de la casa de dos pisos y un patio muy grande, como son las casas porfirianas, se emplearon para guardar y clasificar cosas. Roberto mandó a hacer una lona, que decía ACOPIO SCOUT PARA LOS DAMNIFICADOS, y la gente iba a llevar cosas al tiempo que los scouts recorrían las casas de los alrededores, pidiendo más. Había pañoletas de distintos colores, por lo que calculo que había otros dos o tres grupos, de ochenta a cien scouts, a los que se sumaron más conforme pasaba el tiempo. Había señoras que preparaban comida para los que estábamos ahí.

Yo conocía a Mario Vázquez Raña [1932-2015], director de *El Sol de México*, a quien fui a ver a sus oficinas para solicitarle vehículos para transportar lo que reuníamos; de inmediato nos prestó cuatro combis del periódico, con choferes y todo. Yo iba a bordo de una de ellas para supervisar la entrega y distribución de lo que reuníamos, porque en otros centros de acopio se empezaron a volar las cosas.

•Sergio Andrés Fernández Vázquez,
entonces integrante del grupo VII, provincia Miguel Hidalgo

Al otro día nos fuimos a la delegación Venustiano Carranza, de ahí nos mandaron en microbuses a prestar auxilio por la Obrera, donde había gente que no quería salirse de sus casas y departamentos en ruinas. Algunos logramos convencerlos, mientras los que no quisieron abandonar sus pertenencias les dejamos alimentos.

•Irma Reyna Sosa, entonces directora de la Agrupación Mexicana de Escultismo

A la mañana siguiente estábamos puntuales en el local del grupo; entre hombres y mujeres éramos unos veinte scouts, todos entre los catorce y los diecisiete años. Yo contaba con dieciséis y mi hermano con quince. Caminamos desde nuestro local, en la colonia Del Valle, hasta los multifamiliares Juárez, en la colonia Roma Norte. Ahí de inmediato nos integramos a una fila humana para remover escombros; sin embargo, a los pocos minutos nos dijeron que mejor nos dedicáramos a organizar los objetos rescatados entre los escombros.

Fue así que organizamos libros, discos, objetos personales y ropa. Fue una jornada agotadora donde sólo nos detuvimos un rato para comer. Había momentos en los que se pedía silencio absoluto a todos los presentes al escucharse alguna voz de auxilio bajo los escombros. Fuimos testigos del rescate de personas aún vivas que salían con el cuerpo completamente cubierto de polvo; también vimos de cerca cómo los equipos de rescate extraían cuerpos sin vida. Cuando sucedía esto, una mirada entre nosotros era suficiente para mandar un mensaje de asombro y enorme tristeza a la vez.

•Raúl Sánchez Vaca, entonces tropero del grupo 77, provincia Benito Juárez; actual director de la Región Scout Interamericana

Fuimos a prestar nuestros servicios a la Unidad Juárez el día de la réplica; entonces, tener uniforme scout era como tener fuero real, porque éramos muy respetados. Entre que buscábamos qué hacer ahí, peínamos la zona: había un edificio de departamentos arriba de un paso a desnivel de una calle que corría paralela a Cuauhtémoc, lo que se me hacía muy moderno. Aquel edificio se hizo mierda pero el desnivel quedó intacto. Todavía Memo Ramírez Díaz *el Muppet*, y yo cometimos la imprudencia de meternos en el paso a desnivel, abajo del

edificio colapsado: morbosos, no podíamos creer que se hubiera caído y el desnivel siguiera intacto.

El Muppet fue de los que le entraron al rescate de los cuerpos que sacaban de los edificios: sacaban brazos, sacaban piernas, obviamente sin haber manera de identificarlos. Llenaban una bolsa que luego etiquetaban con la hora y lugar donde recogieron aquella pedacería, y eso era lo que se llevaban.

Yo me fui con Arturo Pérez Puente, *el Panqué*, arriba del techo de una tienda Conasupo que había en el lugar, donde unos veinte scouts se dedicaban a clasificar todos los objetos de valor que salían de un edificio que se había colapsado de lado, como regla, por lo que resultaba fácil entrar por las ventanas de sus departamentos. Nos llevaban todas las cosas de valor, que clasificábamos: libros, cuadros, fotografías —centenas, miles—, vajillas, dinero, pulseras y relojes que apilábamos en distintos lados. Las bajábamos a mano o dentro de las mochilas que llevábamos, el Panqué llevaba la suya, al cerco militar montado abajo, para entregárselas a un soldado raso; las colocábamos en el piso o simplemente nos decía dónde ponerlas, sin saber nunca más su destino.

Dentro de las cosas que bajaban intactas del edificio había cualquier cantidad de botellas de licor de los que se acostumbraba tomar en aquella época: rones, Bacardí y ron Potosí; brandis, como el famoso Bobadilla 103; whisky, Johnny Walker etiqueta roja, el único que por entonces podía tomarse importado. Había tres o cuatro scouts que les dio por la rapiña alcohólica y empezaron a llenar sus mochilas con botellas, sin llevarlas al cerco. Se volvió un botín entre quienes por entonces les daba por emborracharse con los amigos, andar faroleando, y vieron la oportunidad de surtirse de bebida gratis; gente que estaba clasificando otras cosas se pasó a la parte de los pomos para llevárselos, por eso se hizo evidente que se los estaban robando.

El Panqué se indignó y les dijo hasta de lo que se iban a morir; yo le pregunté a un colega scout, que estaba frente de mí, robando evidentemente, que cómo era capaz de tomarse la mitad de una botella de brandy sabiendo que la otra mitad se la había tomado alguien que, seguramente, ya estaba muerto.

—¿A qué te sabe eso? ¿Cómo te lo vas a tomar?, ¡por favor! —le decía a uno de ellos, ni siquiera a manera de reclamo.

Me contestaba con bravatas:

—Ya están muertos, ¿qué más te da, pendejo?

Cuando otros scouts vieron que la recriminación no surtió efecto, decidieron sumarse a la rapiña: atiborraron sus mochilas y se largaron. Llegaron más botellas del edificio —no podía creer que salieran tantas chingaderas, ésa era la palabra— pero, ante las protestas de quienes nos quedamos, los que llegaron al relevo de su clasificación no continuaron robándose las y las cosas volvieron a tomar su cauce normal.

•Gerardo Gabriel Reyes Rodríguez,
entonces clanero del grupo 230, provincia Benito Juárez

Nuevamente nos volvimos a juntar el viernes, y nos dirigimos otra vez a los multifamiliares Juárez; íbamos caminando, cuando fuimos detenidos por personal del Ejército. Nos preguntaron qué hacíamos ahí y les respondimos que prestábamos servicio. Dudaron un momento, pero nos permitieron pasar. Nos comentaron que estaban restringiendo el acceso pues tenían reportes de rapiña que, lamentablemente, viviríamos posteriormente.

Las actividades realizadas aquel día fueron iguales al anterior, aunque había mucha más gente ayudando y se encontraron más sobrevivientes. Ya por la tarde-noche, Alejandro Quintana (*Míster*) y Edgar Kröttsch, mi jefe y subjefe de tropa, me llamaron para ir de nuevo a prestar servicio. Nos dirigimos luego a las instalaciones del DIF, [Desarrollo Integral de la Familia] donde acomodamos insumos que llegaban a este centro de acopio; estuvimos algunas horas antes de regresar a nuestras casas.

•Sergio Pérez Delfín Landeros,
entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Por la mañana, en la esquina de Castilla y Xola, apareció una señora de unos cincuenta años y aspecto humilde, con su delantal y largas trenzas negras llenas de polvo. Sabíamos que perdió todo porque su casa estaba donde echaban el escombros que salía de los edificios más grandes. La vi buscar entre los restos de la tienda que hubo en aquella esquina arroz, sólo arroz; al final, otros scouts le consiguieron unas cuantas bolsas de aquel ingrediente, a lo que la señora, después de agradecerse los, les pidió que la ayudaran a colocar unos ladrillos. Extrañados, lo hicieron antes de marcharse de ahí.

Yo iba a seguir ayudando a remover escombros, cuando la vi levantar su particular “castillo”; al salir, horas después, muerta sed y hambre como los demás, la señora se había agenciado una enorme olla para cocinar, en plena calle, kilos y más kilos de arroz para todos los presentes. No se lamentaba de su suerte: no lloraba, decía, porque podía salar el arroz y luego tendríamos más sed y requeriríamos del agua, que casi no había.

Llegó el Ejército esa misma mañana para sacarnos del lugar a punta de rifle; recuerdo a un médico que se quedó discutir, a grito pelado, con un soldado que lo encañonaba sobre una montaña de escombros, hasta que el militar le cortó cartucho. No dejó de gritarle mientras bajaba. Los militares sólo cumplían órdenes, acordonando las toneladas de escombros de donde salían gritos pidiendo ayuda. Nosotros les seguimos reclamando a gritos hasta que, al fin, uno de ellos se colgó el rifle al hombro y empezó a quitar escombros, y luego otro. Sólo quedaron tres soldados de guardia, que siguieron en posición de firmes sin dejarnos pasar.

La Señora del Arroz, como empezamos a decirle, se acercó a otra scout y a mí para pedirnos que fuéramos donde tenía la olla en la que había preparado unos ochenta kilos de comida: nos dio platos servidos para repartirlos entre los soldados que, al principio, ni bajaron la vista, por lo que tuvimos que dejárselos a su lado, en el suelo. Pero tenían hambre y miedo, como todos. Entonces fue con quien parecía ser el superior de ellos; no sé qué le diría, pero el otro bajó el arma, sonrió y mandó llamar a otro soldado que ya devoraba su plato. A partir de ahí se turnaron para comer y vigilar; al final, permitieron que los scouts siguiéramos a la búsqueda de supervivientes, hasta que llegaron los bulldozers.

•Ariela Rangel Cuenca,
entonces tropera del grupo 165, provincia Benito Juárez

A la mañana siguiente nos reunimos muy temprano en el local de grupo, bañados y con ropa cómoda —camisola scout, pañoleta y pantalón de mezclilla, para trabajos rudos—, para subirnos a una camioneta que antes cargamos con los víveres recolectados. Nos dirigimos al deportivo Los Galeana, que quedaba a diez minutos de la casa; cuál fue nuestra sorpresa al ver el gimnasio y fuera de éste al Ejército que ha-

bía montado grandes carpas y un enorme comedor. Si mal no recuerdo, junto con el señor Nicolás nos presentamos con el teniente Moreno, quien de antemano nos dio las gracias por nuestro apoyo y servicio a la Nación; luego nos dijo que ayudaríamos en la cocina para alimentar a las personas que llegaran, además de destinarles un catre y cobijas, limpiar baños y hacer brigadas para trasladar alimentos para las personas que trabajaban en las zonas de los derrumbes, como Tlatelolco y la Villa.

Éramos como unos treinta en la tropa y nos dividimos en dos para trabajar un día sí y otro no, para tener fuerzas porque la chamba era mucha; recuerdo que la luz iba y venía por ratos, el teléfono no funcionaba, ni tampoco el sistema de agua; en cada esquina de la colonia empezaron a poner tinacos muy grandes que llenaban con pipas: tenían varias llaves alrededor para que de ahí tomaran el agua. La delegación regaló linternas y baterías, y toda la información de lo sucedido la obteníamos de la radio porque la televisión no funcionaba bien, por lo variable de la energía eléctrica. Así pasó casi un mes; poco a poco los militares se hicieron cargo del asunto y nuestro albergue y comedor fueron desmantelados.

•Daniel Avedaño Ortega, entonces
tropero del grupo 13 de la ciudad de México, Asociación Mexicana de Scouts

Nos reportamos al día siguiente en la delegación Benito Juárez, donde estaban todos los clanes de la provincia. Ubico al buen Alejandro Carreto, subcomisionado de clanes, tomando lista de los que llegábamos; eran como las diez de la noche cuando llegaron ambulancias por voluntarios para ir a la zona de Tlatelolco. Nos subimos ocho camaradas del clan San Pedro Quovadis: Fermín Martínez, Roberto Díaz, Ricardo González, Ricardo Bucio, Gerardo Flores, Manolo Bueno, el novio de Claudia y un servidor; dentro de la ambulancia varios de nosotros aprendimos a inyectar, con naranjas y jeringas que nos dieron, además de que llegamos a tomar signos vitales, entablillar y vendar gente.

•Octavio Espinoza de los Monteros Arcocha,
entonces clanero del grupo 154, provincia Benito Juárez

Alrededor de las dos y media de la madrugada del 20 de septiembre, de entre los escombros del mismo hotel Regis fue rescatado el cadáver de un hombre de unos cuarenta y cinco años, al cual le faltaba una pierna. No la encontramos.

•Octavio Alfonso Colado Hernández,
entonces ex clanero del Sector 2, Scout de América, A. C.

Llegué el viernes por la mañana a la Asociación y me quedé todo el día. Su ambiente era muy movido: mucha gente entrando y saliendo, muchas llamadas telefónicas, muchos gritos. Había llamadas de todas partes, de scouts y no scouts; había llamadas de gente que quería aportar dinero pero no se lo querían dar al gobierno, porque no le tenían confianza. Se recibió buen dinero con la que se abrió una cuenta específica y la propia Asociación, así como las asociaciones scouts de otros países, aportaron dinero para la construcción de unas casas.

•Antonio Pozzi Pardo, entonces
presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Volvimos a la zona siniestrada del Hospital General el 20 de septiembre. Éramos seis integrantes, todas mujeres: cinco chicas de tropa y una dirigente. Nos asignaron al puesto de socorro para recibir y separar las medicinas que llegaron. En la Casa Scout existe una fotografía que ratifica esta acción, donde las muchachas portan cubre bocas.

•Martha Zamudio Díaz, entonces dirigente del grupo 100, provincia Benito Juárez

Mencioné que sufrimos de la rapiña; esto fue cuando, entre los materiales del DIF que llegaron, vimos algunas lámparas tipo Coleman de baterías que, incluso, comentamos cómo nos hacían falta en el grupo. La tentación se hizo presente, pero nuestros principios y ley se pusieron al frente y todo quedó en sueños. Luego, al acomodar las cosas, preguntamos por aquel equipo y otros más que también llegaron: se presentó una nube de amnesia, porque nadie supo de lo que hablábamos. Nuestra conciencia quedó limpia, el grupo sin lámparas pero con el espíritu scout a todo lo que da.

•Sergio Pérez Delfín Landeros,
entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Ya en la madrugada, nos dirigimos a Paseo de la Reforma donde estaba el hotel Continental del cual se había derrumbado una parte del edificio y se pensaba que aún había gente dentro, por lo cual se nos pidió silencio; al cabo de un momento vimos que sólo era el viento que movía las cortinas de los cuartos de hotel. Nuestra participación fue poca pues ya habían cortado el paso, así que nos dirigimos al Hospital General y Centro Médico, donde se necesitaba mucha ayuda. Recuerdo que se nos pidió guardar silencio porque los perros buscaban sobrevivientes. Fue algo que espero no se repita jamás: no escuchar ni una persona hablar, ni un carro circular sobre la avenida Cuauh-témoc. También se pidió que nadie encendiera algún cigarrillo, al haber un fuerte olor a gas que invadía la zona; al saber esto, le pedí a un policía apagar su cigarro. Se negó diciendo que si su otro compañero lo apagaba, él lo haría también. Desafortunadamente no era gas sino cuerpos que ya se encontraban en estado de descomposición.

•Jesús Manuel Sánchez Parra,
entonces clanero del grupo 321, provincia Iztacalco

Al día siguiente, desde tempranito, vecinos, hermanos y scouts fuimos a los multifamiliares; al vernos uniformados, los rescatistas nos asignaban tareas de organización.

—No dejen pasar personas aquí.

—Las pertenencias se amontonan allá.

—Tienen que hacer que las personas nos ayuden a quitar éste cascajo y llevarlo para allá —etcétera.

Pasaban las cuatro de la tarde cuando vi a un joven sentado en un área que me pidieron despejar; al acercarme, le pregunté si quería ayudar o bien me dijera qué hacía ahí. Su contestación me heló la sangre:

—Estoy esperando: toda mi familia está ahí —y señaló los escombros del edificio C-4 de los multifamiliares Juárez.

Tragué saliva y le dije que podía quedarse ahí, pero que no se acercara porque había rescatistas trabajando dentro de los escombros.

Hasta que me fui, aquel joven continuó en ese lugar. Firme, estático.

•Alan Israel Estrada López,
entonces jefe de tropa del grupo 320, provincia Cuauhtémoc

Al día siguiente, mis padres no me permitieron volver a salir para ayudar; sólo tras el segundo sismo que llegaron a buscarme dos troperos de la patrulla Koalas me dejaron salir. Me puse mi viejo uniforme y fui con ellos a dar servicio. Llegamos a un albergue colocado en la explanada de la estación de Buenavista, donde ubicaron a varios de los habitantes de Tlatelolco y algunas viejas vecindades dañadas de la Guerrero; allí estuvimos cerca de seis horas organizando cobijas, armando catres y sirviendo de comer.

Con autorización del señor Horacio, papá de dos muchachos de Koalas a quien, además, le pedí que le avisara a mis padres en cuanto regresaran a la colonia, me fui caminando de nuevo al edificio Nuevo León, donde estuve tres días apoyando a varios grupos scouts que hicieron presencia en Tlatelolco; el señor Horacio fue varias veces a ver cómo estaba, llevándome la comida que me mandaba mi madre.

•Humberto Villafuerte Álvarez,
entonces ex tropero del grupo 132, provincia Tlalnepantla

Nos fuimos a la colonia Roma a levantar escombros. Las cosas que sacábamos eran de uso cotidiano pero, sumándoles la tragedia, resultaban terriblemente dolorosas. Mi amigo Ricardo Carranco me dio un calendario con calcomanías donde señalaban que había nacido un bebé hacía tres meses; estábamos contemplando los dibujitos cuando alguien gritó que habían encontrado una cuna, con el bebé dentro; destrozada, me fui de las excavaciones. Pasé por uno de los puestos voluntarios de comida, dándome cuenta que tenía un hambre atroz. Me formé para que me pusieran en la mano una tortilla con una cucharada de arroz y otra de frijoles. Me senté en la banquetta a comer: estaba delicioso; en ese momento, del edificio de enfrente sacaron a uno de los famosos “bebés milagro”. Fue como una inyección de esperanza. Aunque seguiría encontrando cosas malas, nada podía compararse con la alegría de atestiguar salvar una vida.

•Gabriela Martínez Peña, entonces
tropera del grupo 149, provincia Miguel Hidalgo

El segundo temblor ocurrió cuando terminamos nuestra junta de patrulla; la verdad, ni lo sentí.

•Carlos Arturo Rivero Verano, entonces
tropero del grupo 2 de Pachuca, provincia Hidalgo



Fototeca, Hemeroteca y Biblioteca "Mario Vázquez Raña"

Tuve pesadillas con los gritos de la gente atrapada bajo los escombros.



Fototeca, Hemeroteca y Biblioteca "Mario Vázquez Raña"

No recuerdo cuántos días permanecí sacando vivos y muertos.



Fototeca, Hemeroteca y Biblioteca "Mario Vázquez Raña"

Nos organizamos para recolectar comida y ropa para llevarla a los centros de acopio.



Andrés Garay Nieto

Los recuerdos de aquellos días permanecen sepultados en la memoria.



Andrés Garay Nieto

De manera espontánea, los scouts salimos a la calle para hacer nuestro lema una realidad.



Llegaron las brigadas médicas con las que se colaboró en la aplicación de vacunas antitetánicas.



Fototeca, Hemeroteca y Biblioteca "Mario Vázquez Raña"

Nos volcamos hacia los demás "sin pensar en recompensa".



Javier Espinosa Hernandez

Baden-Powell, otro damnificado del terremoto.

Llegada la noche varios del clan nos movimos a la colonia Anzures en un coche para recoger garrafones de agua, cuando nos alcanzó el segundo temblor —la réplica, dicen los que conocen. El pánico fue mayor al conocer el tamaño de lo que ocurrido el día anterior. Se colapsó más el tráfico porque todos los semáforos de la Verónica Anzures, Santa Julia, San Rafael y Santa María dejaron de funcionar. Por cinco horas tuvimos que dirigir el tránsito sobre Marina Nacional, a la altura de plaza Galerías.

•Hugo Santiago González,
entonces jefe de tropa del grupo IV, provincia Miguel Hidalgo

Habiéndome anotado en la lista de los voluntarios de aquel sitio especialmente como scout, regresé al día siguiente al derrumbado edificio de San Luis Potosí y Tonalá tan pronto salí del trabajo; al llegar, había un control absoluto de silencio, pues se escucharon voces y se tenía la firme intención de rescatar a los sobrevivientes. Sobre la avenida Yucatán estaba un enorme tanque estacionario encendido para quemar el gas del interior y evitar alguna explosión: la antorcha iluminaba un amplio radio y, al caer la noche, permitió ver con cierto fulgor. La labor continuaba siendo manual, aunque se había profundizado bastante a comparación de la noche anterior. La pared posterior estaba inclinada peligrosamente y aún no llegaba la maquinaria pesada; la mayoría formábamos un círculo y movíamos cuidadosamente los escombros. Dos personas tendidas en el piso trataban de comunicarse hacia abajo y escuchar algo, para enfocar la búsqueda y no esforzarse inútilmente en otras zonas. De pronto inició la réplica del sismo y apenas tuvimos tiempo de retirarnos unos metros, cuando se desplomó la pared trasera, aplastando y rellenando el foso. Estrépito, pánico y una nube de polvo que impedía respirar y ver. Todo había terminado. No pudimos más y muchos lloraron abrazados al saber que la naturaleza manifestó de nuevo su fuerza. El parte de las autoridades fue que cinco personas murieron aplastadas por el segundo derrumbe, el cual presenciamos incapaces de hacer algo.

•Héctor Lauro Guisa de Alba, entonces
subcomisionado de Manadas de la provincia Benito Juárez

No había energía eléctrica y, por seguridad de todos, nos reunimos en el kínder habilitado como albergue; ahí estábamos, muy cerca de la entrada, cuando vino el temblor de la noche. Lo poco que podíamos ver se convirtió en nada, cuando una nube de polvo nos envolvió, al tiempo de escuchar un ruido que nunca olvidaré: acababa de derrumbarse otro edificio del multifamiliar, a unos cien metros de nosotros.

•Fernando Ortiz Salinas, entonces tropero del grupo 159, provincia Cuauhtémoc

Habían pasado veinticuatro horas de arduo trabajo, ayudando por todos lados; parecía que a cada paso se levantaría más polvo. Veíamos más casas dañadas y muchas personas lesionadas. En el ambiente comenzaba a sentirse un olor pocas veces percibido; también la temperatura se hacía más baja a cada minuto. Los edificios en pie eran abandonados y las calles parecían los de una ciudad fantasma; escaseaba la luz y las comunicaciones estaban dañadas. Era un milagro encontrar línea en alguna caseta telefónica pública.

Decidimos concentrarnos en la Unidad Habitacional Tlatelolco, ayudando a quienes aún estaban ahí y removiendo escombros para buscar sobrevivientes; de vez en vez, encontrábamos algunos vecinos que, como nosotros, ayudaban en lo que fuera posible, además de ofrecernos agua, alimentos y abrigo. En algún momento, llegó un vecino que necesitaba ayuda para mover a su familia; tenía una persona lesionada y le resultaba imposible hacerlo solo. Tres de nosotros lo acompañamos a su departamento, en el edificio Molino del Rey, frente al parque, uno de los que conocíamos como “chaparritos”. Desde el día anterior estaba sin luz y algunas de sus paredes agrietadas, por lo que parecía que en cualquier momento se vendría abajo.

Comenzábamos a maniobrar en las escaleras para bajar a la persona lesionada, cuando todo comenzó a ser intenso y desconcertante: estábamos a la mitad de la réplica del movimiento del día anterior. Duda, terror, incertidumbre, desesperación, llanto, gritos, todo mezclado con una delirante sensación de querer alcanzar la salida sin saber cuánto falta para hallarla. Aquellos segundos fueron solo la menor de las preocupaciones. No había luz, teníamos un lesionado que no dejaríamos a su suerte, el cubo de escaleras era estrecho y otros vecinos intentaban abandonar el edificio. Fue un verdadero milagro que lo-

gráramos regresar a nuestro local que estaba cruzando la calle; el alarido que emitían las pocas personas que, todavía, se encontraban en los edificios parecía un coro ensordecedor. El terror del día anterior, sumado a lo sucedido en ese momento, provocó escenas que la conciencia ha tratado de dejar en el olvido. Aquel día comprendí que cada segundo puede parecer una eternidad, aún antes de avanzar las manecillas del reloj.

Cuando por fin nos encontramos de vuelta en la mitad del local, descubrimos que cada uno traía consigo dos personas, como adheridas; algunas con raspones, otras con heridas, todas con el rostro desencajado. Si pensarlo, las dejamos donde se encontraba el resto de nuestra patrulla y regresamos al edificio por más personas que gritaban por ayuda. ¿Lo pensamos? No. Sólo el reflejo nos movió de nueva cuenta. Pasada la media noche, por fin pudimos reunirnos todos, llenos de polvo y sudor. El cansancio hacia mella en nosotros, pero nos manteníamos unidos.

• Jorge Antonio Cordero Jiménez,
entonces tropero del grupo 223, provincia Cuauhtémoc

Al llegar la oscuridad regresamos al parque donde nos reuníamos con el grupo scout, cuando sucedió la réplica del temblor. Todos nos abrazamos llenos de temor, y mis padres llegaron al parque para llevarnos a casa.

• Raúl Sánchez Vaca, entonces tropero del grupo 77,
provincia Benito Juárez; actual director de la Región Scout Interamericana

La réplica me agarró dentro de un auto con varios dirigentes saliendo de Valle de Aragón, sobre la Avenida Central, rumbo a una reunión que convoqué en casa de unos padres de familia en Villa de las Flores: llegaron unos veinte dirigentes de los grupos de la Unidad CTM Risco, Villa de las Flores, Aragón, Ecatepec y alrededores. Salimos de la reunión con un programa más elaborado de lo que cada grupo tenía que hacer. Durante la semana posterior seguimos solicitando ropa y demás apoyo en mi zona, y los camiones que mandábamos ya iban destinados a determinados centros de acopio.

• Irma Reyna Sosa,
entonces directora de la Agrupación Mexicana de Escultismo

Al otro lado de la línea telefónica, con una voz llena de preocupación, Mirna me preguntaba si yo estaba bien después de platicarle lo que hicimos aquel día.

—Logramos abrirnos paso entre los escombros descendiendo en diagonal como veinticinco metros, ayudados de un marro y un arco con segueta para romper lo que pudimos de concreto y cortar las varillas que impedían el paso.

Recuerdo el cable de escalada que llevaba como la “línea de vida” que me ataba a mis compañeros del clan de rovers San Vicente de Paul, quienes me apoyaban en la entrada del angosto túnel.

—¿Es el edificio donde vivía Rosa María y su familia, verdad?

—Un edificio de nueve pisos que encontramos completamente colapsado, techos sobre pisos: todos los niveles convertidos en un gigantesco sándwich, donde no sabíamos cuánta gente quedó atrapada, Rosa María, su mamá y hermanos incluidos. Sólo llegué a sacar algo de ropa de un clóset de su departamento, hecho añicos.

—¿Sólo ropa?, ¿no pudieron encontrar a nadie vivo? —alcanzó a susurrar Mirna.

—Te juro que creí reconocer unos pantalones de peto de mezclilla que eran de Rosy; la luz del día se retiró y nosotros también con ella. No contábamos con iluminación artificial dentro del túnel por donde, con dificultades, avanzamos arrastrándonos. Ya no pudimos hacer más, ya no pude...

Fue la última frase que alcanzó a escucharse antes de cortarse la llamada. Pasaban las siete de la tarde del 20 de septiembre de 1985: la réplica más fuerte del terremoto del día anterior sacudió de nuevo la ciudad de México y supe entonces que Dios tenía algún plan para mí más allá de ese día. De haber sucedido el temblor hora y media antes, me hubiera encontrado dentro del túnel, el cual colapsó, como puede comprobarlo al día siguiente.

Rosa María era una compañera de la universidad a la cual había pretendido en vano durante más de un año antes de conocer a Mirna. Sin embargo, en ese tiempo pude conocer a su hermana Bertha: ellas dos, junto con su mamá y uno de sus dos hermanos, perecieron en aquel edificio del multifamiliar Juárez.

•José Adrián Reyes Fragoso,
entonces jefe del grupo 230, provincia Benito Juárez

Al día siguiente, llegamos a la ciudad de México y Roberto se despidió porque tenía que ver a su familia. Yo me fui directo a la zona del hotel Regis; aunque ya habían pasado veinticuatro horas del terremoto, se sentía un ambiente pesado. Me encontré con muchas personas que, hombro con hombro, ayudaban sin importarles nada más. Como cientos de personas, tomé un bote y me puse en la fila para pasarlo y regresarlo, quitando escombros; el concepto que se tenía en esos tiempos de ver a una persona uniformada como scout te daba un reconocimiento entre toda la gente, que se dirigía a mí cuando daban la noticia de haber encontrado una persona: nos gritaban para que apoyáramos en su rescate.

Pasaron las horas; a cuántas personas ayudé, no sé.

Al llegar la noche, el personal del Ejército mexicano cambió de turno; con otros dos hermanos scouts, nos arrinconamos en la esquina de una casa para descansar, cuando se produjo la réplica del temblor. Nos quedamos frente a frente, uno de ellos empezó llorar como nunca he visto en mi vida a una persona hacerlo; nos dimos un abrazo y seguimos en nuestras tareas de rescate. Al cabo de unas horas volvimos a vernos y nos fuimos a la misma esquina para descansar. Teníamos las manos todas maltratadas, llenas de cortadas, con sangre seca, el uniforme lleno de lodo y el estómago vacío por llevar más de veinte horas sin comer nada; en ese momento, inexplicablemente aparecieron cobijas y alimento, y después de un rato nos dormimos.

•Juan Bernardo Pastrana García,
entonces jefe de tropa del grupo 14, provincia Toluca

Al día siguiente, con mi ahijado rover, Manuel Dávalos, nos fuimos caminando desde la Condesa hasta el Hospital Juárez porque sabíamos que allí había gente de mi grupo; sin embargo, no los localizamos. A nuestro regreso, encontramos unas personas que nos pidieron hacerle llegar algo a un pariente hospitalizado en la calle de Álvaro Obregón, confiando en que, al ser scouts, cumpliríamos la misión y no nos aprovecharíamos de la situación. Cumplida la petición, avanzamos por Álvaro Obregón hacia la colonia Condesa; al pasar por la calle de Sonora y Parque España, nos pusimos a apoyar el tráfico, que estaba hecho un desastre; en este lugar fue justo donde comenzó el segundo temblor. Mi mayor miedo era que por el pánico los autos que está-

bamos deteniendo se nos echaran encima, lo cual no ocurrió. Desde allí se veían cortos circuitos que iluminaban el cielo, procedentes del centro de la ciudad.

Yo creo que el daño del segundo día fue más en lo psicológico. A la gente que estaba en la calle le aconsejábamos que pasara mejor al Parque España, ya que era más fácil que les cayera algo flojo de los edificios, que un árbol. De allí nos fuimos a mi casa donde me encontré con que teníamos fugas de gas por donde yo vivía, además de que no había servicios.

•Luis Lach Herrera, entonces clanero del grupo 92, provincia Benito Juárez

Estaba en la sala Baden-Powell cuando empezó la réplica y sentí un pavor espantoso, después de todo lo que había visto; durante el temblor del día 19, que me agarró en mi casa en San Jerónimo, no sentí prácticamente nada. Todos los edificios de la zona empezaron a tronar; se fue la luz, la gente que estaba en la calle gritaba, y también la que estaba en el edificio. No sé cuánto duró aquella sacudida, pero se me hizo larguísima. Entonces me dije a mí mismo: “No seas pendejo, vete de aquí porque te vas a morir”.

Y así, calladito, sin decirle nada a nadie, me bajé las escaleras y me fui hasta la calle de Puebla a recoger mi coche y me fui a mi casa. Los demás se quedaron, muy valientes.

•Antonio Pozzi Pardo, entonces presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Desde temprano, me dirigí el viernes a la Oficina Scout Nacional, donde me encontré con Anita Herrera, Marcelino Gracia, Chava Padilla [1954-2012] y otros colaboradores. Todo el día atendimos llamadas telefónicas de clanes y grupos que querían sumarse a la ayuda. La instrucción era canalizar aquellos esfuerzos, cuando comenzamos a recibir y organizar víveres, ropa y medicina para enviarla a los albergues. Además de lo que ya había visto hasta el momento, la información proporcionada por las personas que llegaban reportaba daños en los alrededores: la Escuela Secundaria Pública Número 3, otra escuela en la glorieta de Las Cibeles, el edificio de la Secofi [Secretaría de Comercio y Fomento Industrial], los Televiteatros, un edificio de departamentos en la

esquina de Orizaba y Zacatecas que se había caído de lado, otro en Álvaro Obregón e Insurgentes.

El edificio de la Oficina Scout también quedó dañado y, aunque luego lo remodelaron, permanece a la fecha ligeramente recargado en el edificio contiguo. En la esquina suroeste del cruce de Córdoba y Durango se encuentran las oficinas del Arzobispado de México, un edificio más alto con amplios ventanales, mismos que se rompieron casi en su totalidad. Por varios días se pudieron observar las ventanas con los vidrios rotos y las cortinas al vuelo.

La réplica del sismo nos tomó a todos por sorpresa. Nos alistábamos a evacuar el edificio, cuando vi pasar al licenciado Antonio Pozzi, nuestro presidente y jefe scout nacional quien, a toda prisa, bajaba las escaleras. Recuerdo que sólo atiné a gritarle:

—¡No te vayas, Toño, el capitán muere con su barco!

—¿Morir en el barco?, ini madres! —me respondió sin detenerse rumbo a la calle.

•Francisco Emanuel Banda García, entonces colaborador de la oficina nacional de la Asociación de Scouts de México

Después de tanto tiempo, mi mente sólo me deja recordar a algunos de mis amigos del clan Calypso, con quienes estuve de servicio el 20 de septiembre: Arturo Sáenz Rodríguez y Hugo Cuenca Pardo. Nuestra labor se enfocó al acopio de víveres y medicinas en el Colegio Angloamericano de la calle de Jalapa, en la colonia Roma; habíamos muchos scouts en ese edificio, hasta que la réplica hizo que todos entraran en pánico. Tuvimos que hacer una cadena humana para impedir que saliera la gente corriendo porque la fachada del edificio de doce pisos de enfrente se caía y hacían corto circuito los cables de energía eléctrica. Recuerdo la imagen del cielo rojo de aquella noche, el destello de cables y, de repente, la oscuridad al terminar la réplica. Todo era un caos, gente corriendo aterrorizada.

Fue entonces que un scouter me dijo:

—Corre y lleva estas velas dos cuadras más adelante, donde veas unas monjas.

No dudé en correr a entregarlas; al regresar, otro dirigente scout me advirtió:

—No sé cómo le hagas, pero necesitamos velas para atender a la gente que se lastimó.

Me fui con algunos de mi clan a la iglesia de Puebla y Orizaba. Toqué fuerte la puerta, de la cual salió el párroco; le pedí velas, las cuales me negó. Le expliqué para qué las necesitaba, y aun así me las negó. No recuerdo cómo las conseguí al final, sólo recuerdo encontrarme en el parque plaza Río de Janeiro, donde había mucha gente asustada, la cual no quería, o no podía, regresar a sus casas, por lo que nos enfocamos a ayudar a la gente que se encontraba allí. Me recuerdo corriendo de un lado a otro con garrafones de veinte litros, dándoles agua; después, pasadas las horas, llegaron camiones que se llevaron a la mayoría, dejando el parque vacío.

• Jesús Manuel Sánchez Parra,
entonces clanero del grupo 321, provincia Iztacalco

Los siguientes días mi papá estuvo en la Asociación ayudando a coordinar; el viernes 20 le reportaron que unos chavos de Tlaxcala habían venido a México a ayudar y no aparecían. Finalmente los encontraron en la central camionera de la Tapo, a donde fue a recogerlos. Resulta que nunca habían venido a México y se perdieron.

• Gustavo Alcocer Peralta, entonces
ex dirigente nacional de la Asociación de Scouts de México

Nos pidieron que fuéramos a dejar donaciones de ropa, alimentos y cobertores a la colonia Roma y al Centro Médico. Nos subimos en un camión de volteo que un señor facilitó para movilizar todo; circulábamos por la ciudad sin prácticamente detenernos, a pesar que las calles no contaban con semáforos por falta de energía eléctrica. En algunos cruces importantes había policías dirigiendo el tráfico, en otras calles se veían a scouts procurando agilizar los vehículos o personas que se acercaban a las zonas afectadas, apoyando en albergues y centros de información, siempre haciendo algo por los demás.

Vimos por diferentes rumbos de la capital edificios colapsados, gente en llanto y desesperación buscando a sus familiares, equipos de rescate y personas que la apoyaban en cualquier forma posible, el ulular de las sirenas se escuchaba sin descanso. Para nosotros era gratificante ver en cada lugar siniestrado y por toda la ciudad a esos chicos de pantalón corto y pañoleta haciendo lo que fuera por ayudar; en cada lugar al que llegábamos para entregar o recoger material, nos

encontrábamos a scouts que seguramente ni conocíamos pero que nos saludábamos con un gesto de hermandad y solidaridad, como al menos yo nunca había experimentado.

Al llegar al Centro Médico, el camión se dirigió a la parte posterior del estacionamiento, en la esquina de Cuauhtémoc y Antonio M. Anza; era prácticamente de noche, los reflectores iluminaban gran parte del hospital de especialidades atravesando la calle que se había venido abajo; eran las siete treintaisiete de la tarde cuando comenzó el segundo bamboleo. La gente alertaba: “¡Está temblando otra vez!”, y el miedo se apoderaba de todos. Desde la caja del camión de volteo donde nos encontrábamos vimos a la gente escapar de los escombros del hospital donde trabajaban a marchas forzadas para sacar a los sobrevivientes; algunos corrían a lugares abiertos, otros se refugiaban donde podían. Yo no le quitaba la vista de reojo a un enorme árbol que se balanceaba sobre nuestras cabezas. Se escuchaban rezos en súplica porque parara.

El chofer y dueño del camión se disculpó con nosotros pues, a falta de teléfonos, tenía que ir hasta Chalco a ver a su familia. Nosotros comenzamos a correr sobre el eje vial hacia el sur, dirigiéndonos hacia nuestras casas, pero la solidaridad nuevamente se hacía presente en forma anónima: un par de autos se detuvieron para ofrecer llevarnos lo más cerca posible de nuestro rumbo.

—Es lo menos que podemos hacer por ustedes que han estado ayudando sin descanso —nos dijo una joven pareja.

•Rafael Águila Villasana, entonces tropero del grupo 165, provincia Benito Juárez

Mueren dos scouts en la réplica: se les cae una barda en la Roma, por una de las calles que dan a Álvaro Obregón, posiblemente Michoacán. Una persona llegó a nuestro centro de acopio en Santa María la Ribera, a decírnoslo: se murieron dos chamaquitos como de catorce años, con unos uniformes como los que traen ustedes. Fui en mi camioneta a recuperar los cuerpos, pero ya se los habían llevado. Habían estado ayudando a sacar piedras para sacar gente en una casa y con la réplica les cayó encima el resto de la barda.

Uno de los depósitos de cadáveres estaba en la delegación Cuauhtémoc, donde tenían unas salas enormes con hielo en que metieron

los cuerpos, más de cien: caras como platos, con los ojos saltones, otros con las tripas de fuera, otros sin brazos, sin piernas... puta madre. Ahí me puse a buscar dos muchachitos con uniforme. Yo y mucha gente que buscaba a sus seres queridos; estuve como cinco horas y no los encontré. Dimos el informe a la Asociación de Scouts, pero no sabíamos a quién más avisarle porque no sabíamos quiénes eran. Inmediatamente la Asociación de Scouts y el Ejército nos prohibieron que siguiéramos con el centro de acopio. Los scouts que ahí colaboraban lloraban, porque ya no los dejaron trabajar.

Finalmente los encontraron en el Parque Delta, donde también llevaron muchos cadáveres que colocaron en la cancha de béisbol. Yo ya no alcancé a ir porque me enfermé, eran demasiadas impresiones.

• Sergio Andrés Fernández Vázquez,
entonces integrante del grupo VII, provincia Miguel Hidalgo

Al día siguiente, nos enteramos por la radio de banda civil que varios hermanos scouts fallecieron durante el segundo sismo, en el cumplimiento de su deber.

• Felipe Salvador Mendiola y Martínez, entonces dirigente
de Scout de América; actual presidente de la Federación Mexicana de Escultismo

No recuerdo ningún scout muerto en servicio: de haber sido así, me habría enterado y se hubiera reconocido. Sí, en días posteriores, se prohibió la participación de lobatos a sugerencia de Javier Fernández, subjefe scout nacional.

• Antonio Pozzi Pardo, entonces
presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

El segundo sismo se llevó las vidas de muchos rescatistas, entre ellos muchos scouts.

• Humberto Villafuerte Álvarez,
entonces ex tropero del grupo 132, provincia Tlalneptla

Nuestro jefe de grupo, Federico García Sancho, tenía contactos con el DIF, por lo cual se le pidió a todo el grupo 321 enfocarse a ayudar allá en el acopio de víveres, en el cual se participó activamente durante al

menos dos semanas. Una de las labores encomendadas fue suministrar agua en bolsas de plástico selladas, de las que se usaban para la leche de la Conasupo [Compañía Nacional de Subsistencias Populares]; eran miles de bolsas de a litro, que transportábamos en una camioneta del DIF a las zonas afectadas por el sismo.

Una de ellas fue Tepito, donde la falta de agua la convirtió en una zona de guerra al grado que, cuando se nos acabó, la gente empezó a agredirnos con piedras hasta que salió un señor quien, con voz de mando, aplacó a la multitud diciéndole que nos dejaran en paz porque no teníamos la culpa, y aquel trabajo lo hacíamos altruistamente.

Como pudimos salimos de aquella zona, a donde no volvimos a ir.

• Jesús Manuel Sánchez Parra, entonces clanero del grupo 321, provincia Iztacalco

Me percaté de haber llegado al piso del departamento de mi papá al encontrar los restos de una cuna de latón; al continuar la remoción de escombros, me horrorizó encontrar un zapato de bebé. Al palparlo relleno de tierra, pensé que era un pie de Rodrigo, el más pequeño de mis medios hermanos. Al amanecer del sábado me mandaron a dormir; se me cerraban los ojos al manejar de regreso a casa. Hacia la una de la tarde me despertaron a gritos: habían encontrado los cuerpos de mi padre y su familia. Al regresar a las ruinas del edificio donde vivían, supe que lo hallaron abrazado a su mujer, tratando de proteger a Rodrigo. Todos los presentes me consolaban. Vi cómo cargaron los cuerpos en unas bolsas que subieron a una camioneta para trasladarlos a un deportivo por la delegación Cuauhtémoc. Me fui con ellos mientras mi tío tramitaba los certificados de defunción; al llegar, los depositaron en el piso poniéndoles unos números y tarjetas con sus nombres. Ahí vi la cara de mi padre por última vez.

Me senté al lado de las bolsas. La gente pasaba y me pedía permiso para ver los cadáveres; les decía que eran mis familiares, pero insistían en verlos para quedar tranquilos.

• Alberto Rodríguez Luna, entonces dirigente del grupo 219, provincia Miguel Hidalgo

Desde la mañana del viernes nos enteramos que Gerardo, uno de los troperos del grupo, estaba entre los atrapados en el Conalep [Conse-

jo Nacional de Educación Profesional Técnica]; de inmediato quisimos acudir al lugar, pero el instructor nacional de la ATSMAC [Asociación Tradicional de Scouts de México, A. C.], nos ordenó ir a donde se nos había indicado, al ya haber brigadas en el lugar donde sólo iríamos a causar desorden. Con resignación fuimos a Tlatelolco, según se nos había ordenado, donde seguimos participando en las labores que tenían que ver con facilitar el transporte de heridos, conseguir hielo para la conservación, transporte y custodia de medicamentos.

A cada momento nos llegaba información de nuestro hermano: por un scouter del grupo que logró colarse entre los rescatistas, supimos que estaba vivo y se comunicaba bajo los escombros por medio de la clave morse, aunque cada vez estaba más débil al estar atrapado en una zona de difícil de acceso que impedía su rescate. Finalmente, nos llegó la noticia que murió al meterse maquinaria pesada que acabó por derrumbar el lugar donde se encontraba.

Con gran pesar asistimos al funeral de Gerardo, nuestro scout. En el panteón sentimos cómo el peso de los acontecimientos nos caía con todo.

•Juan Alberto Rubio Vázquez, entonces jefe de tropa del grupo 2 de Azcapotzalco, Asociación Tradicional de Scouts de México

Nos fuimos de la Unidad Juárez después de las seis de la tarde, cuando ya no había luz. Regresé en mi coche a casa de mi ex esposa, quien entonces era mi novia, a contarles lo ocurrido, y a mostrarles las fotos que me había robado.

Yo me dediqué en el techo de la Conasupo a clasificar las fotografías de las familias que vivían en los departamentos del edificio colapsado al lado: de los hijos y abuelos, de las vacaciones en Acapulco; fotos color sepia con personajes con sombreros de hongo, corbatas de pajarita, vestidos de novia de los años veinte; fotos de estudio coloreadas a mano, donde ruborizaban a los niños, lo que ahora se les consideraría como *vintage* y me llamaron mucho la atención; me llevé veinte, luego de hacer mi selección.

La mamá de mi novia ni las quiso ver, indignada; la verdad, con mucha razón al ser igual de perverso que robarse las botellas. Igual eran un botín.

La familia de mi novia estaba tan espantada que habilitaron la estancia de su casa como dormitorios, para salir en chinga en caso de otro temblor; en chinga pasó media hora cuando fue la réplica, que fue mucho más horrible que el terremoto original, porque ya teníamos el antecedente de lo que podía ocurrir. Fue una histeria tremenda porque no estaba mi suegro: empezó a tronar un transformador en la calle, se fue la luz, mi cuñado, quien no podía entrar a la casa, rompió un vidrio de la puerta para poder entrar. Todo mundo se puso a llorar, empezó a rezar, un trauma terrible.

Acabando la réplica, la conciencia me remordió a fondo; hasta lo relacioné con un castigo divino: eso me pasó por pinche rapiñoso. Agarré en ese momento las veinte fotos —recuerdo la cantidad porque las conté—, las rompí y luego tiré en la coladera que estaba fuera de la casa.

•Gerardo Gabriel Reyes Rodríguez,
entonces clanero del grupo 230, provincia Benito Juárez

Para el viernes, todo el grupo estaba colocado en la fila para sacar escombros de los edificios Juárez, cuando encontramos una mota verde.

Atónitos y con el corazón aún más arrugado, continuamos trabajando con la esperanza de encontrar vivo a su propietario; al día siguiente, únicamente regresó el clan, pero tampoco supimos nada de nuestro hermano scout que perdió su mota.

•Ulises Godoy Ríos, entonces
jefe de manada de lobatos del grupo 247, provincia Azcapotzalco

Los días posteriores

Pasados algunos días, una vez que el sentido de urgencia pareció haber llegado a su fin y cuando la posibilidad de encontrar más sobrevivientes bajo los escombros resultaba remota, una sensación extraña nos invadió: el Ejército, la policía, los bomberos y grupos profesionales de rescate —incluyendo algunos llegados del extranjero— tomaron las riendas de la situación y, poco a poco, fueron haciéndonos a un lado. Estábamos en una segunda etapa de la catástrofe y, gradualmente, los scouts nos sentimos desplazados. Ya no éramos tan necesarios como antes, ya no podíamos acercarnos a las ruinas para intentar sacar gente de allí, pues la mayoría estaban cercadas por precaución. Las autoridades no dieron las gracias y nos dijeron que podíamos irnos a nuestros locales, que no teníamos los conocimientos ni la experiencia requerida para una labor tan especializada. Eso provocó cierto enojo entre aquellos scouts que, al principio de la catástrofe, habíamos actuado por nuestra cuenta y de manera espontánea. Habíamos salido a las calles, como muchos otros civiles, ante la incapacidad del gobierno, el cual fue tomado por sorpresa, incapaz de reaccionar de inmediato ante una situación que claramente los rebasó. Esa sensación de enojo era comprensible, pero resultaba injustificada: habíamos hecho lo que teníamos que hacer cuando fue necesario. Estuvimos “Siempre listos”, tal como reza nuestro lema. Ya no podíamos hacer más; ahora era el turno de las fuerzas institucionales.

Había llegado el momento de retomar nuestra vida, aun cuando la crisis no hubiera concluido del todo. Era necesario ceder el lugar a los rescatistas con sus perros, a los médicos y enfermeros, a la maquinaria pesada. Sin embargo, no resultaba fácil volver a lo que habíamos sido antes. Durante esos primeros días, las clases se habían suspendido en las escuelas, la rutina diaria se había roto, nuestras actividades de siempre se habían pospuesto, teníamos un nuevo propósito y nos entregamos a él en cuerpo y alma. ¿Cómo regresar a nuestra vida de siempre después de lo que habíamos vivido? ¿Era posible? Lo cierto es que regresamos, volvimos a la escuela, a la rutina doméstica y a nuestras activi-

dades scouts. Sin embargo, algo había cambiado, aunque no lo supiéramos en ese momento. La generación que vivió el temblor, los que éramos niños y jóvenes entonces, conocimos no sólo la fuerza terrible que podía adquirir la naturaleza, sino también que esa fuerza no era algo remoto y ajeno, sino que podía actuar en nuestra propia ciudad, nuestro propio barrio, nuestra casa. También conocimos la fuerza de la camaradería, la amistad y la capacidad de trabajar unidos cuando la situación lo requería

•Luis Bernardo Pérez Puente,
entonces dirigente del grupo 230, provincia Benito Juárez

Para el sábado yo seguía en los multifamiliares Juárez; a las cuatro de la tarde regresé al local de mi grupo en la plaza Río de Janeiro. Lo que vi me impactó tanto que aún lo tengo presente como si fuera aquel día: toda el área libre del parque estaba llena de tiendas de campaña, era un inmenso y desorganizado campamento de civiles que improvisaban cocinas en anafres, sin dejar espacio para caminar.

No hubo junta ese sábado.

•Alan Israel Estrada López,
entonces jefe de tropa del grupo 320, provincia Cuauhtémoc

Los primeros días estuvimos conmocionados, al igual que toda la ciudad; sin embargo, nos organizamos para comenzar a recolectar comida y ropa para llevarlas a los centros de acopio, que no se sabía dónde estaban por el descontrol existente. Total que decidimos llevarlos al DIF que quedaba cerca de la Unidad Habitacional Villa Panamericana, donde vivíamos. Ahí nos enteramos que hacía falta mucha ayuda en el Hospital Juárez, pero no permitían que fueran menores de quince años, por el peligro que representaba.

Con toda esa información recabada, la Corte de Honor decidió que nos dividiríamos el trabajo: la tropa femenil y los scouts menores seguirían con la recolección dentro de la Unidad, y los mayores iríamos a ayudar. Ya organizados, como una semana después del sismo fuimos a la zona del Hospital Juárez, primero en metro hasta la estación San Antonio Abad, de donde caminamos. Al llegar, miembros del Ejército nos impidieron el paso: estaban sacando los grandes tanques de nitrógeno y oxígeno del cuarto de máquinas, y había riesgo de explosión. Nos desanimó un poco que no nos dejaran ayudar y regresamos a nuestras casas.

Pidieron que nos retiráramos por la calle 5 de Febrero para regresar al metro; en el camino nos encontramos un edificio que estaban evacuando, donde vimos a una señora mayor llorando porque los vecinos no la ayudaban a sacar sus cosas, ofreciéndonos nosotros a hacerlo. Resultó que vivía en el último piso de un edificio de los años cuarenta, con una escalera muy estrecha; subimos con un vecino de la señora que nos comenzó a dar sus cosas para sacarlas a la calle. Poníamos una sábana o cobija sobre la mesa del comedor y amontonábamos cosas para hacer un atado que luego cargábamos sobre los hombros. El problema fue cuando tocó sacar los tanques de gas: eran dos, como de sesenta kilos cada uno. Mi subguía y otro de los muchachos de nuestra tropa se llevaron el primero; yo me hice el valiente y me eché el otro tanque al hombro. Gran error: no podía bajarlo por las escaleras por sus dimensiones, por lo que tuve que esperar a que subieran a ayudarme

•Arturo Enrique Mora Vázquez,
entonces tropero del grupo 257, provincia Coyoacán

Después de varios días ya éramos pocos, pero aún conservábamos la esperanza de encontrar alguien con vida bajo los escombros, y eso me impedía parar hasta que mis padres optaron por ya no dejarme ir. Supongo que me notaron afectado por el cansancio, la escasa y ocasional alimentación y, por supuesto, psicológica y emocionalmente.

•Sergio Quiroz Martínez, entonces subjefe de tropa del grupo 254, provincia Tlalpan

Un comisionado se acercó a nosotros a decirnos que se requería ayuda en el Parque Delta del Seguro Social: el parque de béisbol era una enorme morgue y hacia allá nos dirigimos a recibir y ordenar los cadáveres guardados en bolsas de plástico negras. Se trataba de retrasar la putrefacción mediante bloques de hielo pero, con el transcurrir de las horas, los olores eran nauseabundos y algunos no los soportaron. Otros permanecemos ahí, después recibiendo cajones de madera y tratando de ayudar a organizar la confusa información entre quienes traían cadáveres, quienes los recibían y los colocaban ordenados por zonas de localización, edad y sexo.

•Héctor Lauro Guisa de Alba, entonces
subcomisionado de Manadas de la provincia Benito Juárez

Algunos nos juntamos el lunes 23 para ir de nuevo al Centro SCOP, que habíamos adoptado como base; ahí servimos comidas, dimos primeros auxilios básicos —cortaduras, ampollas, etc.—, y atendimos las peticiones de las Señoras Voluntarias de la Cruz Roja que iban a ayudar, lo cual era todo lo contrario al ser tantas que no había orden. Nos coordinábamos con los scouts de otros grupos que iban canalizados directamente de parte de la Asociación.

Terminamos nuestro servicio al mediodía y regresamos a casa; por la tarde, otros chicos de tropa que no fueron por la mañana me hablaron para saber si iría con ellos. Nos juntamos y, nuevamente, emprendimos el camino a “nuestra base”; a las seis de la tarde, todas las voluntarias de la Cruz Roja ya se habían ido junto con los scouts, pues esas eran las instrucciones que había de parte de la Asociación de Scouts de México. Como buenos seguidores de las reglas, nos quedamos hasta más tarde para seguir prestando ayuda a los trabajadores que laboraban las veinticuatro horas en las tareas de remoción de escombros.

Como a las diez de la noche nos retiramos; cuando íbamos por el Eje Central para tomar el trolebús, vimos cómo de la parte media del colapsado edificio de Comunicaciones caía papel. Su caída era muy particular, hoja tras hoja; de haberlas tirado los trabajadores que estaban arriba, habría sido de montón. Eso me llamó la atención y lo comenté con quien venía y, luego, a un oficial de la Policía Federal de Caminos que estaba en la calle; éste, con la lámpara de alógeno que traía en su patrulla, alumbró el lugar donde caía el papel. Lo que vimos fue una mano que lo aventaba: era un superviviente que logró llegar hasta aquel lugar, y con el papel hacía señales para que lo rescataran. El oficial reportó el hecho y los equipos especializados se encargaron de su rescate, el cual nos confirmaron al día siguiente que regresamos.

•Sergio Pérez Delfín Landeros,
entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Durante la mañana, mientras desayunábamos, nos dimos cuenta que ya había muchas manos en Tlatelolco: había llegado Plácido Domingo a colaborar, lo que atrajo mucha gente, aunque muchos sólo querían estar al lado del famoso tenor y cerca de las cámaras de televisión. Por eso

decidimos irnos a otro lado, donde hiciéramos más falta; así, llegamos al deportivo 18 de Marzo, donde sólo estaba habilitado un salón de unos diez por cinco metros, con dos estudiantes de enfermería y un médico, quienes atendían a unas quince personas. Todo estaba revuelto, medicamentos con alimentos y ropa. De nuevo nos dedicamos a separar y organizar todo. Llegaron más damnificados y unos voluntarios del Crea [Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud], a quienes organizamos en pequeñas patrullas para continuar trabajando. Para ese momento ya había mandado traer a mi Corte de Honor, para apoyar; sin saber cómo sucedió, para entonces ya era el responsable de aquel albergue, al que comenzaron a llegar camiones con damnificados, por lo que comenzamos a sacar listados con nombres y direcciones, así como antecedentes médicos. Luego entablamos pláticas con el delegado de la Gustavo A. Madero y el director del deportivo, para que nos proporcionara más espacio, así como gasolina para dos vehículos que usamos para conseguir y transportar agua y víveres, los cuales pertenecían a unos jóvenes del Crea.

La administración del deportivo terminó por abrírnos las puertas del gimnasio y un área alterna, que usamos como bodega. Para ese momento, ya teníamos ciento ochenta personas albergadas y veintitrés voluntarios, entre los jóvenes del Crea, un médico, cuatro estudiantes de enfermería y miembros del pentatlón, así como Ricardo, Víctor —un guía de patrulla que permaneció conmigo todo el tiempo, y ahora es el jefe de tropa de mi grupo— y yo, en representación de los scouts.

Llegaron camiones con catres, cobijas y ropa, así como medicinas y alimentos; realizamos excursiones a Chapultepec, con los niños y jóvenes albergados, y organizamos una fiesta de xv años para una niña que perdió a sus padres en el edificio Nuevo León.

•Eduardo Guillermo Bravo Suárez,
entonces jefe de tropa del grupo 355, provincia Coacalco

La misión encomendada a la provincia Toluca fue conseguir alimentos, ropa y, sobre todo, llevar agua en el transcurso de la noche o madrugada al puesto de socorro instalado por autoridades civiles y scouts en el Monumento a la Revolución. Así lo hicimos por varios días y noches hasta que una llamada de la Secretaría de Gobernación

puso fin a nuestros esfuerzos, prohibiéndonos seguir apoyando a nuestros hermanos en desgracia. Aducían que el gobierno de la República se haría cargo de todo. Nos quedamos con tres toneladas de alimentos y cerca de diez mil prendas de vestir, entre pañales, ropa para bebés, niños y niñas, jóvenes y adultos, cobijas, etcétera, que atiborraban nuestras oficinas scouts de piso a techo. Todo eso fue entregado al albergue de las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta, en Toluca.

•Carlos Salim Abraham Jalil, entonces presidente de la provincia Toluca

Aquí en Morelia se empezaron a concentrar las donaciones afuera del Palacio de Gobierno; entonces, mi hermana Liliana —quien era guía intermedia del grupo 1 de guías de Morelia—asistió al llamado de su guiadora para ayudar. Pero no sucedía lo mismo en el grupo 14 de Scouts de México, donde yo estaba y nadie decía nada; como veía que ella se iba al servicio y sólo regresaba a la casa a comer algo o al baño, le dije que la siguiente vez partiría con ella, y así pasó.

Después, en la junta de clan, me dijeron: “Te vimos en la tele cargando cosas”, y como era el único de mi grupo en ese servicio, empezaron a participar los demás. Yo llevaba al interior del Palacio costales de frijol, arroz y otros alimentos sobre mi espalda; igual ayudaba a descargar lavadoras y refrigeradores donadas por algunas empresas a quienes se quedaron sin nada en sus casas.

•Virgilio Marines Mota,
entonces clanero del grupo 14 de Morelia, provincia Michoacán

Como muchos scouts, fui a presentarme en el albergue instalado en el deportivo de la delegación Benito Juárez, donde brindamos apoyo en búsqueda y rescate, acciones de logística.

—¿Quiénes manejan? —preguntó una voz, y al poco tiempo nos vimos llenando pipas de agua en el parque de Álamos, para llevarlas a distintas colonias. Nunca fui alta y nunca me sentí tan pequeña como al conducir una pipa.

•Quetzalli Vázquez Castañeda,
entonces lobatera del grupo 9, provincia Benito Juárez

Al día siguiente, al igual que los subsiguientes que no asistí a mi oficina, me reuní en una “base rover”, de las muchas que se instalaron en la

ciudad; ésta, se ubicó en el hospital Colonia, muy cerca del edificio de Teléfonos de México, en Parque Vía. Ahí se organizó un centro de acopio de ropa, medicinas, agua y alimentos. Las cocinas del propio hospital fueron utilizadas por el Ejército para preparar comida caliente. Me tocó participar en la recepción, clasificación y empaquetado de insumos y donativos en especie pero, sobre todo, como a otros voluntarios que contábamos con automóvil propio, se me asignó la tarea de distribuir los grandes peroles de comida caliente a los lugares donde trabajaba la gente en las labores de rescate, así como quienes habían perdido sus hogares y que, por muy diversas razones, no estaban en los albergues de las colonias Roma y Doctores, el Hospital Juárez, Centro Histórico, etcétera.

Salía con mi coche lleno de raciones y regresaba con aquellos enormes utensilios vacíos; me los cambiaban por otros llenos y así, sucesivamente, cinco o seis veces al día.

• Octavio Alfonso Colado Hernández,
entonces ex clanero del Sector 2, Scout de América, A. C.

El clan continuó ayudando en el Rubén Leñero con los servicios de apoyo en la entrada y la canalización de familiares a las áreas de hospital y la morgue. La llegada de montones de medicamentos por parte de la gente que quería ayudar, provocó que empezaran a llenarse los almacenes del hospital. Su almacenaje implicaba catalogarlos en vigentes y obsoletos para, después, separarlos por orden alfabético.

Algunos miembros de clan opinaron que el apoyo al hospital era insuficiente; con la opinión de los que participamos en el Rubén Leñero y la evaluación de resto del consejo de grupo, se tomó la decisión de buscar una mejor forma de enfocar la disposición de servicio de los muchachos tropa y de clan.

La casa de la familia Jurado, miembros de clan y scouters, había sido desocupada poco tiempo atrás: era un departamento grande en el número 257 de la calle Salvador Díaz Mirón, muy bien ubicado para el área de donde se movía el grupo, Santa María la Ribera y la propia colonia Santo Tomás, donde se encontraba. Fue el lugar perfecto para la principal tarea de servicio proporcionada por el grupo: un centro de acopio, anunciado con una gran lona que cruzaba toda la calle. Los mismos vecinos empezaron a llegar con víveres y agua al lugar, generando la confianza de que la decisión había sido la correcta; se hi-

cieron grupos para recorrer calle por calle a recolectar víveres y medicinas. La respuesta fue contundente: todos querían ayudar, aportando lo que tenían y deseaban compartir. Los equipos integrados entre los muchachos de tropa y clan eran bien recibidos en todas las puertas que tocaban y, aunque fuera algo pequeño, siempre les daban algo para el centro de acopio.

Luego seguía la tarea de selección, clasificación y acomodo; aunque los alimentos solicitados no eran perecederos, se revisaba que no estuvieran rotos sus envases, las latas estuvieran abultadas o, en el caso de los productos lácteos, evitar que estuvieran vencidos. Los medicamentos fueron clasificados con el criterio adquirido en la experiencia del Rubén Leñero, manteniéndose sólo el inventario de lo vigente y apto para canalizar a quien lo necesitara. Posteriormente se amplió la recepción a ropa, lo que implicó mayor espacio y clasificación, separándose por género y grupo de edades, claro, sin olvidar que estuviera óptima para usarse.

Una vez acomodado todo lo recibido, procedíamos a distribuirlo. Tomamos los autos disponibles y empezamos a llevar las cosas donde veíamos que se necesitaban: hospitales, albergues y casas con problemas. Recorríamos las calles tanto cercanas al centro de acopio, como otras más lejanas.

También nos dimos cuenta que mucha gente no tenía dónde preparar los alimentos que les llevábamos, por lo que también empezamos a preparar comidas para entregarlas en las casas con problemas, principalmente. Conseguimos un radio de banda civil que nos permitió buscar más fácilmente dónde hacían faltan alimentos y ropa; por ese medio también nos ubicaron para hacernos llegar más alimentos e, inclusive, agua en toneles traídos por un grupo scout de Toluca para distribuirlos.

Todas estas labores las realizamos durante unos dos meses, después de los cuales nuestra comunidad, familias y nosotros mismos nos dispusimos a seguir con la reconstrucción de nuestro país, a través del estudio, el trabajo y esfuerzo individual.

•Hugo Santiago González,
entonces jefe de tropa del grupo IV, provincia Miguel Hidalgo

Organizados por edades y estudios, para saber dónde podríamos dar un mejor servicio, algunos de mis niños y niñas de tropa ayudaron a dar de comer en los albergues, repartir cobijas, hacer cantar a los niños ahí refugiados, separar medicamentos. Para ser honesta, no permití que ninguno apoyara en el rescate de cuerpos. La primera que no pudo con eso fui yo, al pensar en los recuerdos que les quedarían. Por tres días con sus noches ayudamos todo lo que pudimos. Por toda la ciudad dañada repartimos en camionetas cobijas y comida, y separamos medicamentos en la delegación Gustavo A. Madero.

•Erika Maliachi Lechuga,
entonces jefa de tropa del grupo 132, provincia Tlalnepantla

Debido a que la mayor parte del tiempo estábamos en la noche y siempre había movimiento, algunos vecinos se fueron uniendo a las veladas; alguno llevó su guitarra y se armó la tertulia; incluso, algunos de los trabajadores que llegaron con nosotros se relajaban con la fiesta que traíamos.

Algunas ocasiones, cuando alguno de nosotros estaba muy cansado, tendía una de las “bolsas para muerto” de plástico negro, para dormirse sobre de ella: era eso o sobre el piso, pues las colchonetas también desaparecieron.

•Sergio Pérez Delfín Landeros,
entonces tropero del grupo 281, provincia Coyoacán

Iba en el carro del clan al estadio de béisbol, sentada sobre las bolsas de hielo que conseguimos; la cajuela también iba a más no poder. No entendía para qué era el hielo hasta que entramos, previa vacuna, a lo que ahora es Plaza Delta: teníamos frente a nosotros tres montañas de hielo, ataúdes y cuerpos. Dejamos nuestra carga y nos fuimos desolados.

•Gabriela Martínez Peña,
entonces tropera del grupo 149, provincia Miguel Hidalgo

Además de hielo, los practicantes de Medicina le pusieron cal a los cadáveres para evitar su descomposición. Pero nadie les dijo que no lo hicieran en todas sus caras, las cuales tuvimos que limpiar con trapos los de mi clan.

Octavio Espinoza de los Monteros Arcocha,
entonces clanero del grupo 154, provincia Benito Juárez

Llegué nuevamente al estadio el sábado por la mañana. Uno de mis primos me comentó que estuviera alerta porque parecía que habían encontrado el cuerpo de Roxana y pronto la llevarían a aquella morgue improvisada. Dios fue generoso con ella y con nosotros: horas después la pude identificar y ya no me separé de ella hasta que mis familiares llegaron al estadio con un humilde ataúd de madera y una camionetita pick up para trasladarla a un velatorio.

Sin darme cuenta, esa tarde un reportero de la revista *Interviú* tomó una fotografía donde aparece un sacerdote orando por los muertos, personal médico cubriendo los cadáveres con hielo y yo, al fondo, con mi uniforme scout al lado de mi prima, quien yacía con su cara tranquila e intacta. Recuerdo que dos scouts de la tropa de nuestro grupo me ayudaron a colocarla suavemente en el ataúd: ella había sido su subjefa de manada, su *Darzee*; era momento de rendirle un rápido homenaje y despedirla porque partía al campo del reposo y de la dicha.

•José Gaspar Gaitán Yáñez, entonces jefe del grupo 120, provincia Gustavo A. Madero

Me avisaron en la casa de mi tía que el 22 de septiembre se velaría a la familia Marca en una funeraria cercana al monumento a la Madre; mi jefe de clan fue rescatado diecisiete horas después de derrumbarse el Nuevo León, donde estuvo su departamento, falleció fuera del edificio. Su esposa Teresa, comisionada guía; su hija Mónica, guía mayor, y su hijo José Alfredo, seisenero, los encontraron hasta el sábado 21 por la tarde, en el cubo del elevador. Siempre recordaremos a Pepe Marca con sus charreteras verdes y cordón de mando, a la antigua usanza scout, con su perfil vasco y sonrisa bonachona, caminando en Meztitla con sus rovers.

•Raúl García Díaz, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Otro día nos reunimos cinco integrantes de la Corte de Honor: Eduardo Castro Medina, nuestro jefe de tropa; José Luis Morales Martínez, mi subguía de patrulla, José Martín Tielve Herrera, Alejandro Silva Mijangos y un servidor. Nos fuimos por la línea 3 del metro hasta el Hospital General, donde no nos querían dejar pasar por requerirse cuadrillas de

seis personas con un responsable mayor de edad, del que había que dar el nombre. Resultó que en la fila había un señor que nos preguntó si podía juntarse con nosotros; le respondimos que sí, con mucho gusto. Así fue como Don Toño —como dijo que se llamaba— se unió a nuestra patrulla.

A la semana y media de estar ayudando llegaron las grúas a levantar una losa de lo que era la Residencia de Médicos; durante las maniobras pidieron gente para utilizar los rotomartillos porque, quienes los operaban, estaban muy cansados; José Martín, mi subguía, terminó por operar una de aquellas máquinas.

Terminada la maniobra de retirar la losa, nos subimos como hormigas a los escombros; al llegar arriba me quedé congelado al ver un cadáver recostado en su cama, con unas tablas encima. Un socorrista de la Cruz Roja o del ERUM, la verdad no me acuerdo, me dijo:

—Quita el pie porque estás pisando una tabla que no nos deja liberar el cadáver.

Lo quité para retirar la tabla y destapé otro cadáver. Le dijimos a un soldado:

—Aquí hay otro cadáver.

—Ha de ser cuate de éste —nos contestó, arrojándonos una bolsa para guardarlo dentro. Lo destapamos totalmente y apareció un tercer cadáver.

Luego no me acuerdo de lo que pasó, hasta que me estaban reanimando en el área de comidas.

•Arturo Enrique Mora Vázquez,
entonces tropero del grupo 257, provincia Coyoacán

Nos asignaron una escuela que se habilitó como albergue en la calle de Monterrey, en la colonia Roma. Lo manejamos entre tres grupos scouts y creo que hicimos un trabajo estupendo. Dimos albergue a muchas personas que abandonaron sus viviendas en malas o aparentemente malas condiciones; pudimos negociar apoyos de comida, visitas de la Cruz Roja para atender a personas en malas condiciones de salud y entregar información a la policía; recuerdo cómo estos últimos, gente de origen humilde la mayoría, era domingo y no tenían idea donde estaba su familia y en qué condiciones, porque estaban acuartelados.

Recuerdo que el albergue nos fue recogido por las juventudes priistas, supongo que para decirle a las estructuras de su partido que

encontraron a varios grupos scouts que habían hecho una gran labor... o para decir que ellos la habían hecho. No hay que ser mal pensados.

•Luis Lach Herrera, entonces clanero del grupo 92, provincia Benito Juárez

Nos presentamos normalmente a la sesión de la tropa del sábado, en la escuela José Ibarra Olivares, en el centro de Pachuca. Al comienzo de la junta, el jefe de tropa mandó llamar a la Corte de Honor, por lo que había una gran expectación entre los demás elementos de la tropa. ¡Estábamos seguros que de ahí saldríamos a apoyar en las labores de rescate!

No obstante, cuando los guías regresaron, nos dieron la noticia: no sé quién lo decidió, pero el jefe de tropa les dijo que sólo los guías de patrulla, que contaban con unos dieciséis años, y los rovers del grupo irían a México. Los demás nos quedaríamos. Una gran frustración e impotencia nos invadió; sentíamos que faltaríamos a nuestro deber scout si no acudíamos a ayudar en la mayor hora de necesidad de nuestro país. ¿Dónde quedaba el “Siempre listos”?, ¿el “combatir sin miedo a que me hieran”? ¿Cuándo, si no era en ese momento, podríamos ponernos al servicio de la Patria y de los demás?

Pobre de Guillermo, nuestro jefe de tropa, yo creo que jamás había estado en medio de una turba de adolescentes enardecidos como nosotros; él, que cada semana nos hablaba del honor, del servicio a los demás, del dar sin esperar recompensa, del heroísmo, etcétera, no nos dejaba ponerlo en práctica. Le dijimos de todo: citamos pasajes de *Escultismo para muchachos* y de *La vida de B-P en cuadros*, en los que se hablaba de los deberes y el heroísmo de los scouts de nuestra edad. Nada sirvió. Nos quedamos en Pachuca.

Entonces no había centros de acopio ni cosas por el estilo, comenzaron a organizarse después de aquel terrible evento, pero recuerdo que, como estaban pidiendo víveres y apoyo, fui con mis papás, y luego con algunos miembros de la tropa, a dejar cobijas. Eso palió un poco nuestros frustrados anhelos de servicio scout.

Al sábado siguiente nos enteramos que los guías de patrulla tampoco fueron a México, sólo lo hicieron los miembros del clan. Y cuando les preguntábamos qué habían hecho, no nos quisieron contar.

•Carlos Arturo Rivero Verano, entonces tropero del grupo 2 de Pachuca, provincia Hidalgo

De los siguientes días lo único que recuerdo, grosso modo, fue que ya no tembló, las cosas se volvieron más tranquilas, los scouts empezaron a tener problemas con el Ejército, que a fuerza quería mandar y no sabía cómo, y los scouts, desgraciadamente, sí sabían cómo. Nos empezamos retirar de las zonas de desastres para trabajar en los albergues y centros de acopio. Fue muy meritorio para los scouts: demostraron que podían organizar a la gente y trabajar, a favor de ella, ordenadamente. El problema era que el Estado no tenía grupos de rescate; la Cruz Roja los tenía, pero insuficientes, y los scouts en el Distrito Federal éramos muchos.

A finales de ese año se realizó una evaluación en el Consejo Nacional, donde Gustavo Alcocer Mota presentó un informe; el único reconocimiento a los scouts fue dado por el presidente de la República. Me contactaron y en la residencia oficial de los Pinos hubo un evento donde el presidente le dio un diploma y una medalla a varias organizaciones, los scouts entre ellos. Hubo otro evento donde, por su parte, la Asociación reconoció a otras organizaciones, como la Cruz Roja, y personas como el tenor Plácido Domingo, quien no asistió por andar fuera de México, aunque sí fue su familia.

•Antonio Pozzi Pardo, entonces presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Los días siguientes fueron diferentes, pues aún y cuando acudimos al mismo lugar donde estuvimos ayudando, ya estaba acordonado y sólo permitían el paso a personal del Ejército y los servicios de rescate. Fuimos enviados a la escuela Benito Juárez, habilitada como albergue, donde realizamos diversas acciones: desde ayudar a preparar comida para todos los que ahí eran atendidos y ponerle juegos a los niños, hasta dirigir el tráfico en la parte exterior de la escuela, pues llegaban muchos automóviles con gente buscando a sus familiares.

Al transcurrir de algunos días regresamos a clases, con lo que interrumpimos las acciones realizadas en aquel albergue. Debo afirmar que todo lo realizado en aquella ocasión nos cambió la vida a todos los scouts que nos sumamos a la ayuda. Pudimos poner nuestro granito de arena para dar apoyo a quienes sufrieron las terribles consecuencias del terremoto que sacudió nuestra ciudad. Experimentamos en carne pro-

pia lo que el servicio significa; de una manera totalmente altruista dimos todo lo que nos fue posible por llevar algo de alegría a quienes sufrían.

•Raúl Sánchez Vaca, entonces tropero del grupo 77, provincia Benito Juárez; actual director de la Región Scout Interamericana

Luego acudí con mi sección a ayudar en albergues, donde acarreamos agua, víveres, cobijas y ropa, organizamos despensas que se repartirían a los damnificados. Fui parte de miles de personas que buscaron el modo de aportar algo de sí ante semejante catástrofe. Para mí, el aprendizaje más importante fue entender el “servicio” como parte esencial de mi vida, portar mi uniforme scout con el orgullo inmenso de saberme parte de un movimiento con la capacidad de salir de los juegos en apariencia infantiles para volcarse hacia la sociedad en el momento requerido. ¿Cuándo? Todos los días, a cada hora, en todo momento. ¿Dónde? En mi casa, la escuela, mi trabajo, la fila del banco, el parque, el mercado. ¿Cómo? Con el corazón en la mano y la certeza de que, por pequeña que sea la acción realizada, sumada a cada una de las realizadas por otros, transformarán el mundo en que vivo por uno mejor al que recibí.

•Adriana Mancilla Cruz, entonces clanera del grupo 107, provincia Iztacalco

A finales de octubre de aquel año fui con mis papás a la Tienda Scout, entonces ubicada en la planta baja del edificio de Córdoba 57, en la colonia Roma. Desde la loma del cerro del Tepeyac, para bajar a Indios Verdes, me sorprendió el olor de la ciudad: a carroña.

•Carlos Arturo Rivero Verano, entonces tropero del grupo 2 de Pachuca, provincia Hidalgo

Fuimos testigos en Tlatelolco de la rapiña que empezaba a presentarse; cuál no fue mi sorpresa al regresar de pasar el reporte a uno de los comisionados de la ATSMAC, de encontrar a mis muchachos rodeando a unos tipos que llevaban cosas robadas en una especie de camioneta. Bordón en mano, les impedían el paso, situación que molestó a los tipos. Me sumé a la presión para impedir el robo cuando, afortunadamente, llegó un camión del Ejército y se hizo cargo de los ladrones.

Otra ocurrió cerca del Monumento a la Revolución donde, por unas horas, les encargaron a dos miembros de nuestro futuro clan la custodia de un campamento donde se hacía acopio de medicamentos. Ya era de noche cuando otros cuatro compañeros nos dirigimos al lugar para verificar la situación. Llegamos en el momento oportuno: un grupo de maleantes con armas blancas intentaban llevarse medicamentos por la fuerza, sobre todo exigían los jarabes para la tos. Sin pensarlo presentamos resistencia y fuimos auxiliados por unos policías que tenían su unidad en una esquina de la zona; con situaciones similares nos hicimos de no pocos enemigos.

•Juan Alberto Rubio Vázquez, entonces jefe de tropa del grupo 2 de Azcapotzalco, Asociación Tradicional de Scouts de México

Hubo gente que se disfrazó con camisolas de los Boy Scouts de América y, diciendo que pertenecía a nuestra asociación, robó muchísimos víveres, medicinas y casas de campaña, entre otras cosas.

•Jesús Manuel Sánchez Parra, entonces clanero del grupo 321, provincia Iztacalco

A los cinco días del terremoto vimos que se empezaban a desaparecer cosas de la Asociación porque entraba mucha gente; entonces el Consejo Nacional tomó el acuerdo de retirar los objetos valiosos. Yo todavía tengo una bandera que los scouts polacos le dieron a la Asociación: de un lado tiene el águila mexicana y el águila polaca bordadas en seda, y del otro la virgen negra de Czestochowa. Me la dieron luego de firmar un contrato de comodato. La llevé a mi casa y la puse en un marco entre dos vidrios. Ya me cambié de casa y les dije que fueran a recogerla, pero nunca han ido.

•Antonio Pozzi Pardo, entonces presidente y jefe scout nacional de la Asociación de Scouts de México

Pasaron algunos días y las autoridades, poco a poco, restringieron el acceso a las construcciones derrumbadas al no haber ya muchas esperanzas de rescatar más gente con vida. Entonces empezaron a rescatar cosas: recuerdo un edificio donde había que bajar como diez pisos por el cubo del elevador para localizar una caja fuerte; entré y todavía ha-

bía movimiento de losas. Tuvimos que dejarlo a los soldados, pues el riesgo era muy grande.

•Ángel Martínez Herrera, entonces tropero del grupo 128, provincia Coyoacán

Luego estuvimos cinco días en la Unidad de Estudios Avanzados del Politécnico, donde tenían dieciocho líneas conectadas al satélite de Pemex que comunicaban al Canal 11, porque Televisa se había caído. Aquí nos dedicamos a dar los avisos hacia toda la República mexicana de la gente que sobrevivió en el Distrito Federal. Ni nosotros supimos entonces la magnitud de aquel servicio a la nación. Teníamos cinco pilas gigantes de hojas con nombres de personas desaparecidas y sus características, así como el lugar donde estaban a la hora del terremoto. Otra lista era de los muertos concentrados en el parque del Seguro Social, algo interminable. Otra lista registraba a las personas rescatadas que estaban en hospitales; otra era de los edificios caídos. Todo manejado por niños de tropa de entre diez y diecisiete años y medio de edad que, cuando ya no podían más, los acomodábamos en el piso después de quedarse dormidos con el teléfono en la mano. Mc Donald's, Kentucky y el gerente de Conasupo Metropolitana, mi jefe de entonces, nos llevaron comida al enterarse que llevábamos ahí varios días, sin comer.

•Erika Maliachi Lechuga,
entonces jefa de tropa del grupo 132, provincia Tlalnepantla

Por finales de octubre, todos los directores de las agrupaciones scouts recibimos una invitación para presentarnos en las oficinas del Seguro Social, en Reforma: en un auditorio nos dijeron que querían reunir a nuestras agrupaciones para hacernos un homenaje por la labor prestada durante el sismo, con un campamento en el balneario de Oaxtepec. A raíz de eso, nos reunimos periódicamente para organizarlo, en unas oficinas del ISSSTE que están frente al Monumento a la Revolución. Todo lo que dieron de comida en aquel campamento, fue por parte del ISSSTE y el Seguro Social; inclusive, en las reuniones de organización nos llevaron una degustación de alimentos para ver lo que escogíamos, y durante el campamento llegó un camión lleno de pollos rostizados calientes, que se echaron a perder.

•Irma Reyna Sosa, entonces
directora de la Agrupación Mexicana de Escultismo

En noviembre, todavía en labores de reconstrucción, se escuchó por la radio la invitación a una mega reunión de todas las agrupaciones de muchachos que practicaban el escultismo y participaron en las labores de rescate y servicio comunitario durante los sismos de septiembre. El ISSSTE, con la colaboración del IMSS y por conducto de la subdirección de su Fomento Deportivo, a cargo del el ingeniero Alfonso Ramón Bagur, convocaba al Primer Campamento Homenaje a Escultistas, a realizarse del 13 al 15 de diciembre de 1985, en el Centro Vacacional de Oaxtepec.

Llegamos el día del evento al punto de reunión en Plaza de la República, donde estaban las oficinas del ISSSTE y nos esperaban los camiones que nos trasladarían a Oaxtepec; arribamos al lugar cantando “Live is Life”, con letra de nuestro grupo, y empezamos a recorrer los campamentos ya instalados desde la mañana, asombrándonos la calidad técnica con la que los scouts tradicionales armaron el suyo bajo la dirección del doctor Carlos Galán [1945-2004], quien parecía un orgulloso militar girando instrucciones de un lado a otro: alto, espigado y perfectamente uniformado. Al caer la tarde y con un cielo despejado, podían apreciarse camisolas grises, beige, blancas, azules y verdes; en algunos casos, playeras con tan sólo una pañoleta alrededor del cuello y una flor de lis como distintivo. Hermanados todos a través de un ideal, pasamos las horas anotando teléfonos, preguntando e intercambiando parches y experiencias. Convivencia y no competencia era lo que reinaba en aquel ambiente de camaradería entre los muchachos y muchachas que, sonrientes, mostraban su brazalete de identificación en la muñeca.

En un extremo de la zona de acampar se izaron los banderines, en un pabellón construido con astas bandera dispuestas en un círculo que rodeaba una gran roca, con un espacio vacío para colocar una placa en honor al movimiento esculta mexicano. Por la noche, se encendió una fogata con antorchas llevadas desde los cuatro puntos cardinales, que alcanzaron los siete metros de altura: era el “fuego de la unidad” que concentraba el espíritu anidado en los jóvenes de la Agrupación Mexicana de Escultismo, la Asociación Escultista Mexicana Caballeros y Guías Aztecas de Hacienda, la Asociación Mexicana de Scouts, la Asociación Mexicana de Scouts, la Asociación de Guías de México, la Asociación de Scouts de México, la Asociación Scout de

América, la Asociación Tradicional de Scouts de México, el Cuerpo de Exploradores Mexicanos, los Pioneros del ISSSTE, el Centro Nacional de Adiestramiento en Campismo Crea, la Dirección General de Educación Física y los representantes de la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

El sábado se realizó la ceremonia de reconocimiento con el arribo de las autoridades y honores a la bandera, después sería la presentación de los miembros del presidium, la explicación de los motivos que llevaron a organizar aquella reunión, entrega de placas a los grupos escultistas presentes en el evento, palabras de agradecimiento, entrega de presentes a las autoridades, exhibiciones de actividades que demostraban la forma cómo el movimiento esculta de México había servido durante los terremotos del 19 y 20 de septiembre, canto de la unidad, traslado de las autoridades para la develación de la placa y, por último, el retiro respetuoso de las autoridades. Durante la demostración y remembranza del servicio prestado, se realizaron: sencillas prácticas de rescate, primeros auxilios, parado de tiendas y transportación de agua en cubetas.

Después de la comida, al fin pudimos contar con un tiempo razonable para tener verdaderas actividades de convivencia entre organizaciones; posteriormente, arriamos bandera, cenamos y el profesor Ángel Ortiz inició los cánticos de la fogata: con su peculiar estilo, atrajo poco a poco nuestra atención hasta involucrarnos totalmente en la mística que encierra el encanto del espíritu scout. Fue en ese momento cuando supe que “¡Oh qué feliz!” era creación suya, como otras tantas canciones ya olvidadas por los jóvenes de hoy.

Los representantes de asociaciones nos reunimos después de la fogata para, entre otras cosas, sugerir una próxima asamblea el 28 de enero de 1986, en el campo escuela Tantocob, para la reactivación y rectificación de estatutos de la Federación Mexicana de Escultismo; se solicitó capacitación para mejorar la calidad de dirigentes; mayor respeto en las demostraciones afectivas de los noviazgos en campamento; mejor pulcritud en el uniforme al izar la bandera. También se presentaron quejas por los pollos servidos durante la comida y, quizá la más importante: se lamentó que el evento de mediodía hubiese tenido, más bien, tintes políticos. Fue en aquella histórica junta donde conocí a Irma Reyna, Raúl Oliver, Ernesto Belloc, Rafael Gutiérrez, Sonia Vara de Favela, Antonio Pozzi y Alejandro Cepeda, entre otros.

Tuvimos un pequeño tiempo el último día para realizar actividades de convivencia o recreación en la tirolesa y las albercas, antes de comenzar a retirar el campamento; después de la comida, se nos convocó a la clausura en el pabellón de las banderas, junto a la placa conmemorativa ya instalada. Al día siguiente, tan sólo una pequeña nota saldría en el diario deportivo Ovaciones (“Se clausuró el ‘Campamento’ Homaje a los Escultistas del País”), donde se informó de la asistencia de 7,386 campistas albergados en 1,231 tiendas de campaña, y que “a partir de esta fecha, de acuerdo con un convenio con el IMSS, todos los Scouts de México, debidamente uniformados, podrán acampar en un área específica de las instalaciones del Centro Vacacional de Oaxtepec”.

•Felipe Salvador Mendiola y Martínez, entonces dirigente de Scout de América; actual presidente de la Federación Mexicana de Escultismo

Tuvimos el mejor albergue del Distrito Federal, y el único manejado por jóvenes. Hubo algunos malos entendidos, ya que seleccionábamos la ropa y, aquella que no servía, la sacábamos por la noche para quemarla; algunas inconformidades, al no haber suficientes catres, los cuales repartíamos entre las personas que realmente los necesitaban. Hubo historias de terror, incluidos algunos ruidos inexplicables y hasta apariciones; hubo noviazgos entre los voluntarios y cosas de esas.

Todo esto no le gustó al gobierno y, literalmente, nos quitaron el albergue el 25 de noviembre. Reubicaron a las personas en diferentes albergues de la ciudad; a Ricardo y a mí nos mandaron un oficio, firmado por el presidente Miguel de la Madrid, para que nos presentáramos en el Campo Militar Número 1 a recibir la medalla 19 de Septiembre al Mérito Civil, la cual rechazamos y hasta rompimos el escrito, ya que el scout hace las cosas sin pensar en recompensa (¿qué tontos, verdad? ¡Qué idealistas!) También recibimos el nombramiento como Brigada Permanente 19 de Septiembre aunque, al final, nos quitaron el albergue.

Las caras de tristeza de los damnificados al despedirse de nosotros, las miradas de gratitud y una medallita del Sagrado Corazón que me dio una señora de sesenta y cinco años, fueron el colofón de esta historia iniciada el 19 de septiembre y que culminó el 25 de noviem-

bre de 1985. De aquella brigada que formamos, varios de sus integrantes partieron después en un avión Hércules para apoyar a los damnificados por el huracán Paulina. Yo perdí la universidad: por faltas me dieron de baja.

•Eduardo Guillermo Bravo Suárez,
entonces jefe de tropa del grupo 355, provincia Coacalco

La mañana del 21 seguimos con el peregrinar de botes llenos de escombros, apoyando también en la tarea que me marcó de por vida: la recolección de cuerpos. Como al mediodía me llamó la atención un muchacho bien vestido que pasaba de un lado a otro: se inclinaba a recoger algunas piedras para llevarlas una cuadra abajo, repitiendo la misma operación por espacio de una hora.

Me acerque a saludarlo y fue así como conocí a Tomás, un chico con síndrome de Down quien, muy cordial, me saludó antes de comentarme:

—Estoy con mi México.

Le pregunté de dónde era y si vivía por la zona o tenía algún familiar en el lugar; me respondió que vivía en Bosques de Reforma y se salió de su casa para “estar con su México”; mi sorpresa fue total ante aquel chico quien, solo, acudió dispuesto a apoyar a quienes lo necesitaban en aquel momento. Le pedí que me ayudara sin despegarse ni un instante: él me cuidaría y yo a él.

Al caer la tarde, unas personas de la Cruz Roja nos preguntaron si ya habíamos comido porque, a unas cuadras, había un albergue donde podíamos hacerlo y descansar; a mi querido Tomás le brillaron los ojitos y nos fuimos directo a comer, después curaron sus manos y nos aseamos un poco antes de ponernos a ayudar dentro del albergue en lo posible. Apoyamos en pequeñas curaciones, cantamos con los niños para quitarles un poco la tensión; en fin, un mundo de tareas, pero siempre con una sonrisa.

Al día siguiente un voluntario de la Cruz Roja me preguntó por mi hermano Tomás; le comenté lo sucedido con él, ofreciéndome a llevarlo a su casa después de desayunar, aunque no tenía idea dónde vivía. Terminadas nuestras tareas asignadas llegaron sus papás: se abrazaron, lloraron y rieron. Me presenté con ellos y, conmovido, em-

pecé a platicarles todo lo que había hecho su hijo; al despedirme, me ofrecieron un aventón hasta Toluca.

•Juan Bernardo Pastrana García,
entonces jefe de tropa del grupo 14, provincia Toluca

Al tiempo, el pulso de la ciudad retomó su ritmo. Las clases se reanudaron, aunque, durante los siguientes meses, algunos de nosotros recorrimos albergues para levantar censos y revisar largos listados para intentar reunir familias separadas por la confusión.

•Quetzalli Vázquez Castañeda,
entonces lobatera del grupo 9, provincia Benito Juárez

¿Cuántas veces nos hemos mofado de los pequeños niños con pantaloncitos y corbatitas en el cuello, que se divierten y aprenden todos los sábados en cualquier parque o local? ¿Cuántas veces no hemos dicho que es una élite la que asiste a estos grupos scouts? Pues son los mismos que, desinteresadamente, colaboraron aún a sabiendas que corrían peligro. Son muchachos de pensamiento sano, que no se atreven a proferir malas palabras o que guardan celosamente los valores de otras personas. Se han señalado en los diversos medios de comunicación que gente astuta y voraz se dedica a saquear los campamentos o tratar de ayudar llevando víveres a los damnificados y nunca llegaron a su destino. Pues los Scouts llevan su cargamento a donde se les indique y colaboran en lo que se les pide. Armando Hernández, del grupo scout 154, comentó que no dejan entrar a las zonas del derrumbe, ni colaborar, si no llevan el uniforme. Ello implica que la ayuda de los Scouts es necesaria, así como la de todos que desinteresadamente han colaborado y seguirán ayudando en la reconstrucción de México, que es tan grande como su gente. Ante el dolor y la desesperación que en momentos les entra a estos muchachos, sacan fuerzas al pensar que un ser humano está en desgracia; muchos no han acudido a clases, porque les es más importante ayudar en estos momentos que ir a la escuela. Están conscientes que aprendiendo es como salen adelante, pero en estos momentos que atraviesa el país, es primordial tender la mano al hermano en desgracia.

•Bessie Jo Mayoral, “Siempre Listos”, publicado en el suplemento “El Día de los Jóvenes” del periódico *El Día*, 30 de septiembre de 1985

Pude ver uniformes de diferentes colores y diseños; infinidad de pañoletas de gran número de grupos, tanto del Distrito Federal como del resto del país, y aún del extranjero. Muchos scouts, guías, caballeros y guías aztecas, escultas, pioneros, pentatletas, amigos del bosque, exploradores, etcétera, nos dimos cita. Como si un “jefe imaginario” hubiera utilizado el silbato para realizar un llamado —“largo-corto-largo-corto-largo-corto”—, al que todos acudimos a servir.

• Octavio Alfonso Colado Hernández,
entonces ex clanero del Sector 2, Scout de América, A. C.

Desde ese día, y como dos o tres semanas más, mi madre trabajó incansable en la delegación, organizando cuadrillas —ella era, además, parte del equipo de la provincia Benito Juárez— y yo ayudé, casi todos los días, acomodando los donativos que llegaban de zapatos, ropa y limpiando las áreas comunes de trabajo, para que los voluntarios pudieran trabajar. Todo ese tiempo lo hice portando mi uniforme scout, que no volvería a usar hasta veinte años después, cuando me reintegré al Movimiento en Tijuana, donde resido desde 1986.

• Isadora Yurina Pimentel Landero,
entonces gacela del grupo 154, provincia Benito Juárez

Pasaron los días y sólo quedaba remover escombros y rescatar los últimos cadáveres; luego de nuestro último día de servicio llegué con mis compañeros del futuro clan del grupo al lugar donde sería nuestro local. Estábamos más flacos, muy ojerosos y algo había ocurrido en todos nosotros que nos comunicábamos sin palabras. Aún permanecía en el ambiente ese sonido de tragedia, silbante, pesado. Sacamos una bandera nacional rota, recogida entre los escombros cercanos al Monumento a la Revolución, para colocarla en el baúl donde guardábamos las cosas preparadas para el próximo 12 de octubre, la fecha dispuesta para la fundación, mientras pensábamos en el lema de clan: *servir*.

Cerramos el baúl y todos lloramos de una manera que, desde entonces, sabemos que también es válida entre los hombres y brinda fortaleza y descanso al espíritu.

• Juan Alberto Rubio Vázquez, entonces jefe de tropa del grupo 2 de Azcapotzalco, Asociación Tradicional de Scouts de México

Murieron otros scouts en el sismo, entre ellos el hijo de Polo y Tere Montes de Oca, comisionados del distrito 3 de la provincia Miguel Hidalgo, quien murió en el derrumbe del Conalep.

•Alberto Rodríguez Luna,
entonces dirigente del grupo 219, provincia Miguel Hidalgo

Pude salir del hospital una semana después, percatándome hasta entonces de la magnitud de todo lo ocurrido; cuando ya pude moverme bien empecé a averiguar quiénes nos habían rescatado. Los vecinos me dijeron que fueron unos scouts. Luego, me fui a repartir agua atrás del metro Cuauhtémoc, donde hubo muchísimos edificios caídos y mi tío ayudaba a sacar escombros; ahí encontré una chica scout a quien le conté lo que me ocurrió, y me dijo que los integrantes del grupo 152 habían estado ese día ayudando en la zona donde vivía.

Averigüé que ese grupo se reunía en la Plaza Río de Janeiro y un sábado de octubre fui a visitarlo; al contarles lo que había pasado, entre varios de sus integrantes me dijeron que el chico que me acompañó al hospital podría ser Ricardo Malvárez Álvarez, un muchacho que estaba por acabar la preparatoria y falleció en la réplica del 20 de septiembre.

No vi tampoco a los otros dos muchachos que entraron a mi casa a rescatarme con mi papá porque, me explicaron, muchos scouts no regresaron al grupo después del terremoto.

También me dijeron que la mamá de Ricardo le estaba organizando una misa para el 19 de octubre en la iglesia de la Sagrada Familia, a la que asistí; también estaban su hermana y hermanos mayores, una tía y muchos scouts uniformados. Fui con mi papá, quien le explicó a la señora lo que nos había pasado, y ella nos confirmó que había sido su hijo, quien alcanzó a platicárselo. También nos contó que el 20 de septiembre un primo le avisó que Ricardo murió en la Merced, junto con un bombero y un paramédico, sorprendidos por la réplica dentro de una vecindad donde había gente atrapada, y que terminó por venirse abajo.

Hice una bonita amistad con la familia y me invitaban a la misas que le dedicaban, al principio mensualmente; las hicieron en varias iglesias: la de la Sagrada Familia, la Votiva, la de la Coronación. La última fue en 2005, poco después de morir la mamá. La tía me dijo que la hermana

de Ricardo se casó y se fue para Monterrey, a donde también se fue el hermano a buscar trabajo. Jamás los he vuelto a ver.

•Claudia López Bremont,
actual integrante del grupo 43, provincia Cuauhtémoc

Pese a que estaba muy chico, no recuerdo a nadie llamado Ricardo Malvárez Álvarez. Lo corroboré con Carlos Eduardo Arévalo Garduño y Mario Jaimes Buitrón —miembros de la tropa de expedicionarios y clan de rovers de mediados de los ochenta—, así como con los ex troperos Jaime Alberto Reyna López y Ángel Salvador Guevara Sánchez. Ninguno recuerda una persona con ese nombre, ni alguien del grupo que muriera durante las labores de servicio del terremoto.

•Javier Álvarez Solorio, entonces
lobato y posterior jefe del grupo 152, provincia Cuauhtémoc

Semanas después, cuando los peritajes impusieron evacuar los edificios dañados, realizamos mudanzas relámpago que depuraron nuestras destrezas en embalaje, estibación y eslingas realizadas de alturas mayores a cuatro pisos, al no haber elevadores. Fueron tres semanas de actividad continua; los descansos fueron durante la comida, el aseo y los momentos que dormimos en el campamento.

Se perdió contacto con algunos amigos y conocidos, ante la incertidumbre de su acomodo futuro; en aquellos días, al no tener bodegas para guardar el equipo utilizado, éste fue disgregándose y perdiéndose. Posteriormente, también se habilitaron albergues en los deportivos de la unidad, donde fueron conducidos los damnificados, encomendándonos las tareas de organización para los alimentos, aseo y esparcimiento, situación que se mantuvo durante otros tres meses. Éramos damnificados y rescatadores alternadamente; éramos scouts enfrentados a la adversidad, con las actividades que nos son propias de la vida al aire libre y la organización comunal. Eran momentos en que la oración scout, más que reflejar buenas intenciones, se hacía presente en las acciones que realizábamos: “Señor/ enséñame a ser generoso/ a servirte como lo mereces/ a dar sin medida/ a combatir sin miedo a que me hieran/ a trabajar sin descanso/ y a no buscar más recompensa/ que saber que hago tu voluntad”.

•Daniel Peña Jaramillo, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Jamás imaginamos la respuesta descomunal de la gente que, como un pequeño hormiguero, empezó a responder: llevaban desde una cobija o una bolsa con ropa, hasta carritos de mandado repletos de diferentes objetos. Afortunadamente, el grupo tenía un local techado y seguro donde pudimos clasificar y resguardar todo lo que llegaba; en todo momento tuvimos prendidos los radios walkie talkies para saber lo que la Cruz Roja requería y canalizar lo que recaudábamos. Todos los integrantes de nuestro grupo apoyaron: desde las mamás que nos hicieron tortas hasta quien dejó de trabajar por varios días para llevar agua y ropa a diferentes colonias en su camioneta. Nuestro uniforme regresaba a casa todos los días con muchas capas de polvo y tierra, y al siguiente día estaba limpio y planchado; algunos regresaron a la escuela y, en cuanto se desocupaban, corrían a su casa para uniformarse y pasar a nuestro local de grupo para lo que tocara hacer aquel día, y jugábamos tochito en los ratos que algunos nos quedábamos haciendo guardia.

• Gerardo Castillo Rotuno,
entonces jefe de tropa del grupo 170, provincia Tlalpan

Desde entonces

Marzo de 1986, junta del Consejo Nacional

Ivo Stern informa que para el programa de reconstrucción de casas dañadas por el temblor de septiembre del año pasado, Canadá tiene dispuestos 1,000 dólares canadienses; Austria, 5,500 schilins; Australia, 2,000 dólares australianos. [Nota del autor: Estas cantidades se destinarán para ayudar a familias scouts que hayan sido damnificadas por el temblor del año pasado.]

Abril de 1986, junta ordinaria del Consejo Nacional

Ivo Stern informa de un donativo de 10,000 dólares que hizo la Asociación de Scouts de Japón. Se resuelve que esa cantidad se conserve en dólares y que una cantidad similar se use respetando la intención del donante.

Febrero de 1987, junta extraordinaria del Consejo Nacional

Con respecto a los donativos recibidos a raíz de los sismos, el Consejo toma el siguiente acuerdo:

El Consejo Nacional autoriza al tesorero nacional pasar los donativos que recibió esta Asociación para los damnificados por los sismos de septiembre de 1985 a Cuentas de Orden.

Había habido una pregunta por parte de las asociaciones que habían enviado dinero para ayudar a los damnificados por el sismo de septiembre de 1985. Se informa lo siguiente:

Sobre la aplicación de los donativos hechos por otras asociaciones scouts del mundo para los damnificados por los sismos de septiembre de 1985, el plan está en marcha y seis familias disfrutan de estos.

Octubre de 1988, sesión extraordinaria del Consejo Nacional

Sobre el dinero recibido por algunas asociaciones scouts a favor de miembros de la Asociación que resultaron damnificados por los sismos de septiembre de 1985 se comenta que la cantidad recibida fue de

\$10,000,000 pesos mexicanos; en la actualidad el monto total es de \$32,130,160. Esta cantidad deberá ser aplicada, a más tardar en diciembre del presente año, a quien o quienes reúnan los requisitos establecidos.

Abril de 1989, junta del Consejo Nacional

José Luis Vargas informó que ya entregó las llaves de la casa a la señora que fue la beneficiaria del fideicomiso formado con las aportaciones de algunas asociaciones scouts para scouts que hubieran perdido su casa en los sismos que azotaron la ciudad de México. Se aclaró que esta fue la única persona que reunió todos los requisitos que se habían pedido para ese otorgamiento.

•Fernando Soto-Hay y García [1933-2010]. Tomado de *Los scouts en México a través de los años* (Asociación de Scouts de México, 2010)

Recuerdo el temblor por varias razones:

Recién cumplí veintidós años.

Terminaba mi carrera universitaria.

Era jefe de un clan de rovers y quería dar un buen ejemplo a los demás; a veces lo lograba.

Nunca había sentido un temblor de tanta intensidad ni duración, ni espero volver a sentirlo nunca.

Nunca había visto un muerto más que en la televisión; entonces vi muchos, y algunos los agarré.

Nunca había visto tanto dolor en gente cercana a mí.

Nunca vi antes gente tan valiente hacer actos de heroicos, ninguno mío, ni tanta dispuesta a ayudar de cualquier manera a otras personas desconocidas; yo sí lo hice.

Me presenté a trabajar tres semanas después: ayudé a sacar documentos de los edificios dañados donde estaban mis oficinas, a donde nadie más quería subir por el temor a que se derrumbaran. Me dieron un premio por eso, que ni sé dónde está.

Tuve pesadillas por varios días con los gritos de la gente atrapada bajo los escombros; por varios meses me alteró el sonido de las ambulancias. No puedo olvidar los recuerdos tristes.

Nunca he vuelto a tomar un yakult en mi vida.

•Armando Reyes Fragoso,
entonces jefe de clan del grupo 230, provincia Benito Juárez

Lo que me dejó una marca que aún perdura fue la primera noche que transportamos agua potable desde la ciudad de Toluca hasta el Monumento a la Revolución. Llegamos a la una de la mañana al cruce de las avenidas Reforma y Juárez, donde todo estaba casi en total oscuridad, con edificios derrumbados, llamas producidas por tanques de gas que no llegaron a explotar, trabajadores cortando fierros y estructuras metálicas con sopletes, cables haciendo corto circuito, bomberos tratando de controlar incendios, policías y militares cuidando las vallas de protección, ciudadanos deambulando como zombis con la esperanza de recuperar con vida a algún pariente o amigo de entre los escombros. No se escuchaba nada: sólo veía en la penumbra cómo se desarrollaban las cosas en completo silencio, hasta que una ambulancia lo rompió con su sirena abierta al salir por la calle de Juárez hacia Reforma; entonces me di cuenta que estaba llorando de impotencia al no poder ofrecerle a tantos hermanos atrapados en los escombros más que agua para quienes luchaban por rescatarlos. Mi acompañante permanecía mudo, con el rostro pálido y desencajado, sin respuesta a lo que veía.

No sé cuántas noches mi esposa veló mi intranquilo sueño que sólo el tiempo me ayudó a superar, sin olvidarlo nunca.

• Carlos Salim Abraham Jalil, entonces presidente de la provincia Toluca

Fue el Super Bowl de los scouts: organizamos, ayudamos, apoyamos. Fuimos útiles, honorables y respetables cuando nuestra comunidad así lo exigió.

• Ángel Martínez Herrera, entonces tropero del grupo 128, provincia Coyoacán

De manera espontánea, los scouts salimos a la calle para hacer nuestro lema una realidad: Siempre listos para servir. Pusimos en práctica lo que la mayoría sabíamos hacer: nudos, amarres, primeros auxilios, transporte de lesionados, mensajería, apoyo a damnificados, atención en los centros de acopio. La sociedad nos vio vivir nuestra Promesa y Ley. Maduramos como movimiento juvenil y, a partir de ahí, orientamos algunas de nuestras actividades sabatinas a labores de acción ante desastres naturales y de rescate.

Nunca tendremos la preparación total ante un episodio natural tan fuerte como el sismo de 1985; hoy, en la vida civil, participamos en simulacros; tenemos, aunque de manera elemental, una conciencia de la prevención ante la fuerza desbordada de la naturaleza. Hemos sido rebasados por burócratas quienes se ostentan como Protección Civil a nivel nacional. Pero nosotros, los sobrevivientes, llevamos muy dentro la satisfacción de haber sido útiles cuando se nos requirió, y eso nos permite desanudar las puntas de nuestras pañoletas y dejar un legado a los muchachos escultistas de hoy.

• Héctor Lauro Guisa de Alba, entonces subcomisionado de Manadas de la provincia Benito Juárez

Desde el principio te machacan con lo que esperan de ti en adelante, recordándote todo el tiempo la engorrosa frasecita, grito de batalla con que saldríamos al mundo a la búsqueda de doncellas asediadas por dragones, o de perdida una ancianita que todavía se deje ayudar a cruzar la calle sin pensar que le vas a agandayar el bolso.

Y es que debíamos ser ejemplo de la sociedad en general y la juventud en particular: la bronca fue que siempre nos hablaron en abstracto. Se veían tan motivantes los dibujos del manual de Macazaga: el scout sacando del lago al zoquete ahogado, para después revivirlo con respiración de boca a boca. O aquél muchacho de impecable uniforme enfrentando a bordonazos al feroz perro que ataca a la aterrada niña, sin despeinarse. Siempre debíamos estar preparados para convertirnos en héroes en cualquier momento, pero nunca nos dijeron exactamente cómo.

Porque la fórmula mágica nomás sirvió al principio. No era necesario el llamado por la radio solicitando scouts con cuerdas y mosquetones en el colapsado Centro Médico, para saber que lo primero por hacer era buscar la caseta telefónica y calarnos la armadura en forma de camisola para protegernos contra todo mal.

Si nos comportamos a la altura de lo indicado por el Manual, ni duda cabe. Pero que al término de aquellos aciagos días de septiembre regresáramos a casa con la satisfacción del deber cumplido, en eso, junto con los demás habitantes de una ciudad que nunca volvería a ser la misma, nos la pelamos al descubrir que las historias de héroes con final feliz sólo las encuentras en las películas de Disney.

• Arturo Reyes Fragoso, entonces tropero del grupo 230, provincia Benito Juárez. Tomado de *Volver a nacer. Memorial del '85* (La Jornada Ediciones, 1995)

Inicié el 19 de septiembre con peculiar inocencia y lo terminé mil años más vieja por el dolor atestiguado; el sismo me dejó aprendizajes, experiencias, cicatrices visuales y emocionales. Resignifiqué los conceptos de solidaridad, ciudadanía, cultura de la prevención; también enfrenté conceptos inexistentes hasta entonces en mi geografía emocional: misoginia e “historia oficial”. Conocí a mis mejores amigos, con quienes comparto el transitar por la vida. Fue cuando la Promesa, repetida sistemáticamente, se tornó tangible; cuando “ayudar al prójimo en toda circunstancia” se volvió prioritario.

• Quetzalli Vázquez Castañeda,
entonces lobatera del grupo 9, provincia Benito Juárez

Aquel acontecimiento fue un parteaguas en mi vida: me cambió de residencia, me cambió de amigos y, sobre todo, me cambió la sensibilidad hacia los demás. Desde entonces, cada vez que alguna persiana en complicidad con el aire me sorprende con su movimiento inesperado, mi corazón salta al pensar que no es “otro temblor más”.

• Gil Peña Jaramillo, entonces clanero del grupo 31, provincia Cuauhtémoc

Antes en la calle nos hacían burla —niños, muchachos o adultos—, señalando nuestro uniforme, bordón, pañoleta o silbato; después del temblor dejaron de hacerlo. Un compañero de mi escuela que vivió en una zona afectada lo comentó, diciéndome que ya no podía molestar a quienes, sacrificando incluso su vida, demostraron tanta fuerza para afrontar una emergencia, y lo hicieron bien.

• Fernando Ortiz Salinas, entonces tropero del grupo 159, provincia Cuauhtémoc

Llegué a Tlatelolco en el año de 1978. Me parecía un lugar muy bonito, con mucha luz, espacioso, muchos árboles y donde era posible salir a jugar con toda seguridad; mis primeros años están coloridos porque había muchos niños. Ingresé a las Guías de México, en la Séptima Compañía que se ubicaba para sus actividades en la explanada del metro Tlatelolco. Siempre tuve buenos momentos y en el temblor los perdimos.

Fui una espectadora, ¿que podías hacer a los trece años? Era una niña. Pude haber hecho más pero no podía dejar sola a mi madre. Los

dos primeros días los dediqué a ver noticias y llevar el café que preparábamos entre las dos al parque de La Pera, donde estaba el local del grupo 31 de la Asociación de Scouts de México, en el que mi mamá fue su vocal; ahí, la familia Peña Jaramillo, con hijos scouts e hijas guías, establecieron un albergue y organizaron un centro de información que daba soporte a quien lo pidiera, hasta que nos evacuaron a todos el viernes 20 de septiembre. Platicaba con los niños desalojados, como parte del apoyo moral que brindábamos a las personas concentradas en aquel lugar, donde todos nos conocíamos. Mi hermano Raúl —quien me lleva seis años y formaba parte de aquel grupo scout— participaba en diversas labores de apoyo en otras zonas afectadas de la ciudad, lo cual me daba satisfacción.

Un año antes, durante la explosión de San Juan Ixhuatepec, las guías trabajamos en un albergue que se instaló en Tlatelolco; lo hicimos de manera coordinada y pudimos ayudar mucho más. Creo que las guías y scouts de México dieron lo que debían dar; es una cuestión muy sensible porque, a pesar de haber sufrido la pérdida de nuestra seguridad y, algunos incluso, de sus hogares y seres queridos, dimos lo que pudimos: manos trabajadoras, un abrazo, apoyo, consuelo y palabras de aliento en el momento justo.

•Adriana García Díaz, entonces guía intermedia de la Séptima Compañía, ciudad de México, Guías de México

Desde entonces no había vuelto a ese lugar, hasta hace poco: donde estuvieron los condominios derrumbados ahora existe un centro comercial, aunque también sigue una parte del parque. La zona está enrejada y no hay nada que recuerde a las personas que ahí fallecieron.

•David Vargas Bastida, entonces clanero del grupo 160, Cuautitlán Izcalli

Tenía catorce años y cursaba tercero de secundaria; en el sur no hubo los destrozos que ocurrieron en otras partes, pero la ciudad entera estaba herida. Un radio de pilas nos sirvió para enterarnos que edificios en el centro de la ciudad, así como hospitales como el General se habían caído. El menor de mis tíos, entonces de diecisiete años, tomó una pala y pico y se fue por dos o tres días, a ayudar. Después nos contaría de los brazos y piernas que sacó de entre los escombros.

Aquellos días sin agua ni luz, con una fuerte réplica al otro día, con un olor cada vez más fuerte que en su momento no supe qué era —tiempo después, me enteré que provenía de cuerpos en descomposición—, con incertidumbre y miedo, fueron los más tristes de mi adolescencia. Descubrí que era el vacío que se siente cuando hay frustración por no haber hecho más. Obviamente, mi abuela no me dejó participar por ser menor de edad y mujer. Lo único que pude hacer fue participar en el acopio organizado por mi escuela; después de eso, tratamos de continuar con la vida. Recibimos en la secundaria a otros estudiantes reubicados porque sus planteles quedaron dañados.

Poco después, una compañera nos invitó a varias muchachas a ir a los scouts. Yo no sabía qué era eso. Por curiosidad fui a mi primera junta el sábado 12 de octubre de 1985, por la tarde; el local del grupo 34 de Coyoacán estaba dentro de las instalaciones de la secundaria 101 “Ludwig Van Beethoven”, mi escuela. El efusivo recibimiento de las muchachas scouts, sus uniformes, juegos, gritos e historias me cautivaron desde el primer instante; ese mismo día me enteré de la participación de algunos miembros de aquel grupo, ya extinto, en las labores de rescate de los temblores del mes anterior. Poco a poco conocería más anécdotas de lo que puede hacer un scout, que siempre está listo para servir.

• Alicia Olivares Elizalde, ex integrante del grupo 34, provincia Coyoacán

Nuestra respuesta fue sorprendente al volcarnos hacia los demás “sin pensar en recompensa”. Me dejó marcado y, lamentablemente, muchas familias scouts quedaron profundamente lastimadas. Fue un gran aprendizaje. Para mí ha sido una de las acciones de servicio más trascendentes y espontáneas que hemos brindado como movimiento juvenil. También fue el inicio en México de una cultura de la protección civil y el surgimiento de una gran cantidad de grupos de ayuda para casos de emergencias. ¿Estaremos listos para responder ante otra emergencia de dimensiones similares?

• Francisco Emanuel Banda García, entonces colaborador de la oficina nacional de la Asociación de Scouts de México

Desde hace algún tiempo, el pabellón de banderas en el Centro Vacacional de Oaxtepec fue desmontado y la placa desapareció de su lugar; en ella, a nombre del Instituto Mexicano del Seguro Social y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, con el apoyo del Gobierno del Estado de Morelos, se agradecía la presencia de las agrupaciones reunidas en los siguientes términos:

REALIZARON EL CAMPAMENTO HOMENAJE A ESCULTISTAS EN EL CENTRO VACACIONAL DE OAXTEPEC MORELOS DEL IMSS EN DONDE CONVIVIERON 5000 NIÑOS Y JÓVENES COMO UN RECONOCIMIENTO A LA LABOR ALTRUISTA EN BENEFICIO DE MÉXICO.

•Felipe Salvador Mendiola y Martínez, entonces dirigente de Scout de América; actual presidente de la Federación Mexicana de Escultismo

Tal vez la frustración de no poder ayudar en aquella ocasión me hizo integrarme, años después, al cuerpo de socorristas de la Cruz Roja Mexicana en Pachuca. Fue eso, o que entonces utilizábamos un uniforme caqui muy parecido al de los soldados, el cual era muy útil a la hora de ligar.

•Carlos Arturo Rivero Verano, entonces tropero del grupo 2 de Pachuca, provincia Hidalgo

Recuerdo un artículo de *La Jornada* realizado por Jaime Litvak, un gran antropólogo mexicano ya fallecido, donde hacía un análisis de la sociedad civil que emergió de la tragedia del terremoto, dedicándole a los scouts un momento de su atención. Señalaba, si mal no recuerdo, que esos muchachos de los que siempre se hacía mofa en la sociedad fueron héroes y que él, en lo particular, les rendía tributo a todas aquellas personas anónimas vestidas de pantalón corto y pañoleta. Y sí, la sociedad no nos volvió a ver de la misma forma.

•Luis Lach Herrera, entonces clanero del grupo 92, provincia Benito Juárez

Karl Marx escribió que hay momentos que los pueblos necesitan de héroes, por lo que si no los tienen los inventan; de ahí que saliera la Pulga, los Topos o la imagen de Plácido Domingo. Pero más allá de lo puramente circunstancial, en mi humilde punto de vista, los scouts es-

tuvimos a la altura de las circunstancias, gracias a la organización, disciplina, conocimientos técnicos y, sobre todo, compromiso que en lo individual y colectivo teníamos de “ayudar al prójimo bajo cualquier circunstancia”. No es posible señalar a un héroe scout en particular al haber sido cientos, si no es que miles —si sumamos los hermanos que organizaron centros de acopio y de ayuda en los estados de la República e, incluso, otros países—, los que trabajamos sin buscar otra recompensa más que saber que estábamos haciendo la santa voluntad del *Primer Scout*.

• Juan Carlos Pérez Cruz,
entonces clanero del grupo 13, provincia Benito Juárez

No mamen, cuál heroísmo. Sólo fue la necesidad imperiosa de reafirmar nuestra condición de seres humanos.

• Arturo Reyes Fragoso, entonces tropero del grupo 230, provincia Benito Juárez. Tomado de *Volver a nacer. Memorial del '85* (La Jornada Ediciones, 1995)

No sé cuánto tiempo habrá pasado al salir de uno de los edificios a tomar aire, pues en las primeras horas no teníamos guantes, mascarillas ni absolutamente nada que nos protegiera de los escombros. Al estar parado junto a una ambulancia de alquiler, sin absolutamente nada en su interior, un hombre se dirigió a mí en forma alarmante:

—Tú, scout, tú sabes qué hacer, ayúdalo —al tiempo que subían a aquella camioneta un niño de escasos cinco años, recién rescatado de entre los escombros; estaba completamente cubierto de polvo y, sin decir una sola palabra, me miraba fijamente a los ojos.

Poco fue en realidad lo que pude hacer por él: cubrir sus heridas, limpiar su rostro y entablillar un par de fracturas a lo mucho, además de estar con él, hablarle y tratar de distraerlo de lo ocurrido, hasta que apareció una ambulancia de la Secretaría de Salud, en la que lo deposité para que se lo llevaran. Nunca supe qué fue de él o de su familia, pero lo recuerdo como si estuviera frente a mí. Me pregunto si hoy, a sus probables treintaicinco años de edad, todavía me guardará rencor por no haber hecho lo suficiente y ni siquiera haberle preguntado su nombre.

Después de treinta años, no sabe que soy yo quien le agradece a él abrirme los ojos a la necesidad de aprender a ayudar a quien lo nece-

site, y que la fragilidad de su cuerpo, sus heridas y soledad de aquel momento me han acompañado a lo largo de todo este tiempo, pues me recuerdan lo invaluable que es estar ahí para quien lo necesite, ser capaz de aliviar, aunque sea un poco, el dolor físico de una herida y sostener una mano como consuelo, cuando no hay nada más que ofrecer.

•Rafael Águila Villasana,
entonces tropero del grupo 165, provincia Benito Juárez

Hoy en día estoy a cargo de protección civil en mi trabajo.

•Juan Carlos Ruiz Lopez, entonces dirigente del grupo 14, provincia Iztapalapa

Vi cosas malas y cosas buenas en los derrumbes del 85.

Cosas malas como el gandayismo del Ejército que, después que los voluntarios franceses liberaran un cadáver y preparan todo para rescatar a otra persona viva, llegaron los soldados a cortarles cartucho para retirarlos y sacarla ellos, con todo y cámaras de la Secretaría de Defensa, ante las protestas y mentadas de madre de los demás presentes.

Cosas malas como el oficial del escuadrón de grúas que se desmayó y, cuando fuimos a atenderlo, lo descubrimos con ambos brazos llenos de relojes.

Cosas buenas como ver la solidaridad voluntaria del pueblo de la ciudad de México para ayudar a los desamparados y buscar gente entre los escombros.

Cosas buenas como los amaneceres desde el Hospital General y ver los volcanes en todo su esplendor, sin contaminación.

Cosas buenas como Don Toño, quien humildemente iba a ayudar cada noche y durante el día se iba a trabajar.

Cosas buenas como que nos dejaran entrar libremente al metro, hasta el vagón de adelante; las caras de todas las mujeres que iban a trabajar, al vernos sucios y llenos de polvo y, aun así, algunas ofrecernos algo de la comida que llevaban para desayunar. Cosas buenas como que nos dejaran dormir sentados en el piso hasta la terminal de Universidad, y los conductores nos despertaran al llegar.

•Arturo Enrique Mora Vázquez,
entonces tropero del grupo 257, provincia Coyoacán

Así fue, yo lo viví. Nadie me lo platicó.

•Octavio Alfonso Colado Hernández,
entonces ex clanero del Sector 2, Scout de América, A. C.

Mirna es mi esposa, madre de mis dos hijos y abuela de mi nieta. Para la fecha del terremoto llevábamos cinco años de novios. Nos casamos al año siguiente y no he dejado de amarla desde entonces.

•José Adrián Reyes Fragoso, entonces jefe del grupo 230, provincia Benito Juárez

En 1962 se colocó un busto de Baden-Powell en el multifamiliar Juárez, resguardado después del terremoto en las oficinas del Sindicato de Hacienda, en Tlatelolco, específicamente en el Telpochcalli Nacional de Caballeros Aztecas; en enero de 1987, con la presencia de los presidentes de varias organizaciones escultistas y las autoridades de la delegación Benito Juárez, volvió a develarse luego de reubicarlo en el parque de las Arboledas, en la colonia Del Valle. Su base metálica muestra la siguiente inscripción:

CABALLEROS AZTECAS DE HACIENDA
ASOCIACIÓN ESCULTISTA MEXICANA
SECRETARIA DE HACIENDA Y C.P.
1945 MEXICO 1962

Adosada al pedestal se encuentra una placa, donde se lee:

BADEN POWELL
JEFE SCOUT MUNDIAL
1857-1941
FEDERACION MEXICANA DE ESCULTISMO A.C.
FUNDADORES:
AMIGOS DEL BOSQUE
MEXICANA DE SCOUTS
INSTITUTO ESCULTISTA MEXICANO
AGRUPACION MEXICANA DE ESCULTISMO
CABALLEROS Y GUIAS AZTECAS DE HACIENDA
MEXICO 20 DE NOVIEMBRE 1986

Tiempo después, la placa del pedestal fue robada y sustituida por otra equivalente. Desde hace algunos años, los jóvenes escultas que lo desean se reúnen en el parque donde se encuentra el busto del fundador del movimiento scout, para celebrar su natalicio, el 22 de febrero, en un evento conocido como el Día de la Fraternidad.

•Felipe Salvador Mendiola y Martínez, entonces dirigente de Scout de América; actual presidente de la Federación Mexicana de Escultismo

Han pasado treinta años y todavía recuerdo lo impactante que resultó vivir aquella tragedia. Me pregunto si estamos preparados para volver a trabajar hombro con hombro.

•Jesús Manuel Sánchez Parra,
entonces clanero del grupo 321, provincia Iztacalco

Sólo ayudamos “en lo que se podía”.

•Fernando Ortiz Salinas, entonces tropero del grupo 159, provincia Cuauhtémoc

Treinta años después

No hay conclusión. La historia no ha terminado. Los dos minutos que ensombrecieron el 19 de septiembre durarán mientras los sobrevivientes de ese día y de esta ciudad sigamos vivos. Nada volverá a ser igual. El terremoto fue la aterradora puntilla en la agonía del México que conocimos.

CRISTINA PACHECO, *Zona de desastre*

Los recuerdos de aquellos aciagos días de septiembre suelen permanecer sepultados en la memoria de los scouts que los vivimos, a diferencia de las correrías de campamento y otras fanfarronadas juveniles manifestadas al menor pretexto; de ahí la importancia de la presente obra, a momentos dolorosa, confesional y catártica para quienes nos involucramos en su realización.

Ya antes intenté plasmar los sentimientos y motivaciones generados por el terremoto entre los integrantes del movimiento fundado por Baden-Powell, al atender la convocatoria de *La Jornada* para publicar, dos décadas atrás, un testimonial colectivo que llevó por título *Volver a nacer. Memorial del '85* —imposible olvidar el término empleado en la invitación publicada en las páginas del periódico, cuyo recorte conservo en algún lado: “A los *sobrevivientes* de los terremotos de 1985”—, los cuales corroboré al revisar los testimonios de quienes, generosamente, respondieron a la invitación para elaborar la presente obra: el estupor inicial, seguido de la reacción espontánea, una vez revelada la magnitud de la tragedia, de salir a la calle dispuestos a llevar a la práctica los valores inculcados por el escultismo —a falta de armadura para enfrentar quiméricos dragones, corrimos a calarnos el uniforme en un gesto que hoy mucho encuentro de atávico—, y la impotencia al descubrir la pequeñez de nuestras acciones ante la magnitud del desastre acontecido en la ciudad y el dolor de sus habitantes.

Retomo una frase empleada para otra recopilación testimonial de alcances más modestos que realicé entre los scouts que prestaron servicio por las explosiones que devastaron el Sector Reforma, en Guadalajara, antecedente directo del presente libro: silbatazo sin respuesta perdido entre las ruinas de la memoria.

Obra polifónica donde se refleja el caos, incertidumbre y miedo prevalecientes tres décadas atrás, con situaciones contradictorias que, a la fecha, somos incapaces de dilucidar. ¿Fue la Oficina Nacional Scout o el Centro Médico donde se convocó por radio a realizar labores de rescate? Tampoco logramos saber con la certeza del dato verificable si fallecieron scouts en servicio durante la réplica del 20 de septiembre, como algunos aseguran de buena fe y muchos más quieren creer. (¿Necesitamos muertos con uniforme —y si fueron menores de edad, mejor— para exaltar nuestra divisa con orgullo? La motivación despierta un tufo carroñero que, quizá por lo mismo, resulta perturbadoramente atractivo.)

Le debo a mi amigo Ángel Martínez Herrera haberme embarcado en la organización de los actos conmemorativos de los treinta años del terremoto por parte de la Asociación de Scouts de México, de la que la publicación de esta obra forma parte y me llevó a trabajar durante varios meses con él, Jesús Israel Silva Pérez, Luis Alfonso Herrera Aguilar, Javier Espinosa Hernández y Raúl García Díaz, cabeza y espíritu del proyecto, quien lo propuso a la dirigencia nacional en los tiempos de Ana Lorena Gudiño Valdez, culminándose con el apoyo de su sucesor en la jefatura nacional scout, José Luis Cárdenas Cortés, al igual que de Víctor Raúl Blake Gómez, presidente nacional, y Alberto Rodríguez Luna, encargado de sus publicaciones.

Una obra de esta naturaleza sólo puede lograrse por la generosidad de numerosas personas; para empezar, de quienes compartieron por escrito sus experiencias. Su sinceridad conjuró el riesgo de caer en una panfletaria apología de los valores escultas. Andrés Garay Nieto nos facilitó material fotográfico, incluida la imagen utilizada para la portada del libro —la cual refleja de maravilla el espíritu y, de paso, el *look* de la época—, lo mismo que la Organización Editorial Mexicana. Mención aparte merece Francisco Emanuel Banda García quien, gracias a que asumiera el proyecto como propio, logramos reunir no pocos de los testimonios incluidos.

Para los interesados por conocer más sobre los acontecimientos abordados, existen tres libros fundamentales confeccionados al calor de los acontecimientos: *Ciudad quebrada*, de Humberto Musacchio (Océano, 1986); *Zona de desastre*, de Cristina Pacheco (Océano, 1986), y *Nada, nadie. Las voces del temblor*, de Elena Poniatowska (Era, 1988), así como un posterior análisis de las consecuencias sociales del terremoto a cargo de Carlos Monsiváis, “*No sin nosotros*”. *Los días del terremoto 1985-2005* (Era, 2005); aparte de brindar su testimonio para la presente obra, Sergio Andrés Fernández Vázquez publicó en edición de autor una novela basada en sus propias experiencias como rescatista, *Tonalli (destino). Segunda gran destrucción de la Ciudad de México-Tenochtitlan* (2009).

Yo mismo tengo un cuento inspirado en aquellos acontecimientos —“El canto triste de un silbato”—, donde registro la sensación de pérdida incorporada a mi vida por la catástrofe; escrito a finales de los ochenta e incluido en *Cuentos de una noche de campamento*, mi primer libro publicado en 1991, la empatía manifestada desde entonces por infinidad de lectores refleja el sentimiento colectivo de quienes nos involucramos en las labores de auxilio a las víctimas de aquel desastre con una pañoleta colgada al cuello, algo que a la fecha no deja de sorprenderme. Incluso, aquella trama surgida de mi juvenil imaginación alcanzó el sorpresivo rango de “leyenda de ultratumba” cuando, en 2014, el periódico *Excélsior* publicara una recopilación de “historias [...] llenas de misterio que por siglos se han transmitido de generación en generación hasta nuestros días con singular vigencia [¿?]”, con motivo de las fiestas de muertos, que incluía la de un scout “sepultado bajo toneladas de concreto” y cuyo silbato “aún se escucha al atardecer y atraviesa sutil el viento en las explanadas de la Unidad Juárez, en la colonia Roma”.

Más allá de la literatura, las cicatrices del terremoto permanecen presentes en el paisaje urbano, tanto en las ruinosas edificaciones todavía existentes en algunos puntos de la ciudad, como en los espacios abiertos desde entonces en Tlatelolco, multifamiliares Juárez y los linderos de la Alameda.

Lo dicho: silbatazo sin respuesta perdido entre las ruinas de la memoria.

ARTURO REYES FRAGOSO,
ciudad de México-Cuernavaca, estación de lluvias 2015

Índice

Magnitudes y reacciones
[5]

Antes
[7]

Jueves 19 de septiembre
[10]

Viernes 20 de septiembre
[55]

Los días posteriores
[88]

Desde entonces
[114]

Treinta años después
[127]

No hubo dragones. Testimonios scouts del Terremoto de 1985, mosaico donde se reflejan las acciones de toda índole realizadas por los integrantes del movimiento scout, luego que la ciudad de México sufriera los estragos de la sacudida de la corteza terrestre, terminó de imprimirse en septiembre de 2015 —en vísperas de los actos conmemorativos de aquella tragedia y las acciones que suscitó—, en los talleres de Rodríguez Hnos. Impresores, ubicados en Esterlinas 230, colonia Aquiles Serdán, Distrito Federal. La formación de interiores corrió a cargo de Fernando Martínez Ortega, y fue Arturo Reyes Fragoso, quien treinta años atrás iniciaba el último año de estudios preparatorianos, el encargado de su cuidado editorial.

Al estupor inicial siguió la reacción espontánea, una vez revelada la magnitud de la tragedia, de salir a la calle dispuestos a llevar a la práctica los valores inculcados por el escultismo —a falta de armadura para enfrentar quiméricos dragones, corrimos a calarnos el uniforme en un gesto que mucho tuvo de atávico—, y la impotencia al descubrir la pequeñez de nuestras acciones ante la magnitud del desastre acontecido en la ciudad y el dolor de sus habitantes.

